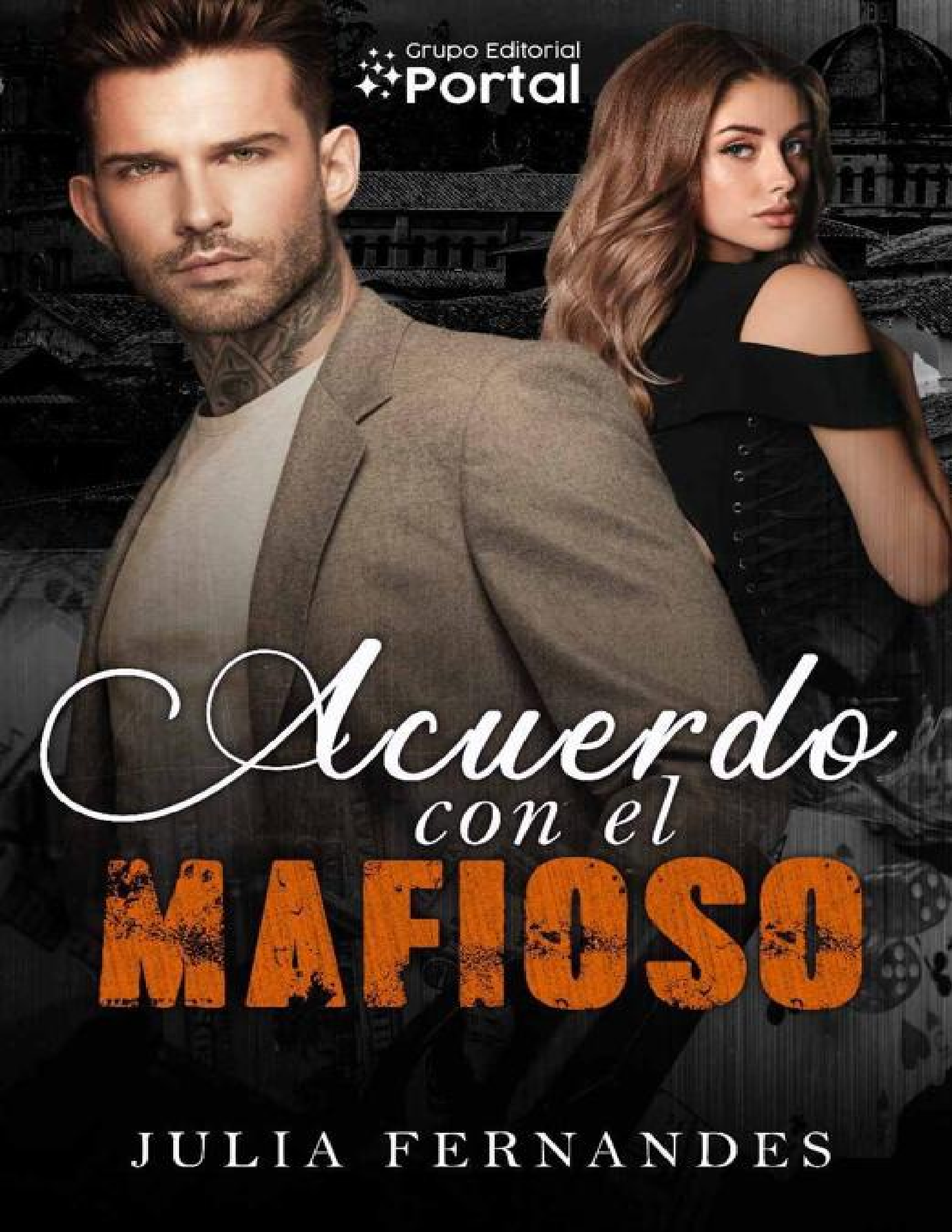




Grupo Editorial
Portal

Acuerdo
con el
MAFIOSO

JULIA FERNANDES

JULIA FERNANDES

Acuerdo
con el
MAFIOSO

Grupo Editorial
 **Portal**

Copyright ©2023 Grupo Editorial Portal

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra — física o electrónica — sin autorización previa del autor. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n° 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Portada

Dennis Romoaldo

Diagramación

Mylene Ferreira

Consulte

Hamilton Blumhagen

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

[Sinopsis](#)

[Dedicación](#)

[Nota del autor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Epílogo](#)

[Un mes después](#)

Sinopsis

Dirigiendo al cártel de droga que heredó de su padre, Andrés Maldonado era conocido en Barichara, Colombia, como: *dueño del miedo*. Dueño del miedo.

Solitario y tan atractivo como perverso, ocupaba sus noches con orgías y buscaba en mujeres al azar un sentimiento mayor que la lujuria momentánea, quería algo que pudiera calentar su frío corazón. Sin embargo, fue a la luz del día cuando una joven con una vena salvaje lo encendió, cuando casi lo atropella como nadie se atrevía en la ciudad.

Luz Ramírez vivía en la calle desde que quedó huérfana. A los diecinueve años, se encontraba entre días y noches de desesperación, sin saber cómo serían las siguientes horas de su vida. En un giro del destino, a pesar de que nunca había sido tocada por un hombre, acabó en el burdel de Alba Caldeiron, siendo subastada como virgen por el temido mafioso de la ciudad, al que antes se había enfrentado sin saber quién era.

Él no la tocaría si ella no quería y así llegaron a un acuerdo.

Y con esta unión acabaron teniendo que lidiar con un intenso deseo, sentimientos reprimidos y un acuerdo para mantener relaciones sexuales sin ataduras. Es más, a medida que convivían, fueron desentrañando una maraña de secretos y tramas que se mantenían en secreto y que pondrían en peligro al cártel de Los Maldonados.

Dedicación

Dedicado a João Paulo, Larah y todas las Marías.

Nota del autor

Hola, querido lector, ¡es un placer tenerte aquí!

Tengo que informarles de que la historia de Andrés y Luz está ambientada en la región de Barichara, Colombia. Para facilitar la lectura, he dejado algunos diálogos en la lengua nativa de la región, otras palabras en español y otras en portugués.

La intención no es presentar una historia real fiel al contexto histórico. Como se especifica en la ficha técnica, se trata de una ficción, los lugares y nombres son coincidencias y apporto elementos de la realidad para facilitar la imaginación del lector.

Así pues, no es una obra que pueda servir de referencia didáctica, al tiempo que alude a la realidad.

Espero que disfrute leyéndolo.

Julia Fernandes



Andrés

Prólogo

Con las manos en los bolsillos, miré seriamente la carretera que salía de Hacienda Maldonado.

A lo lejos, un imponente portón de madera adornaba la entrada, que conducía a la escalinata del balcón donde me encontraba, en una calle adoquinada rodeada de altas palmeras.

Le di un sorbo al *aguardiente*^[1] y la bebida ya ni siquiera me quemaba de lo mucho que había bebido en los últimos dos años. La cachaza colombiana era mi compañera, junto con las mujeres que llenaban mi casa en las fiestas que organizaba, para que me sintiera rodeado de alegría, que claramente no sentía.

Dejé la copa en la barandilla de la balaustrada que adornaba la terraza de la mansión y miré el reloj de mi muñeca, que indicaba que se acercaba la hora de otra fiesta.

Pensé en cancelar o incluso dejar que mis aliados se divirtieran con las putas que contraté para follar como animales. Ya que el alcohol, las drogas y las mujeres eran lo que animaba a todo el mundo. Sin embargo, por mucho que estuviera casi harto de esa vida, Alba Calderón, que se encargaba del entretenimiento masculino y traía a las mejores mujeres para que nos divirtiéramos, me aseguró que sería genial pasar otra noche con sus chicas.

No lo dudé, aunque ya había probado todo su menú, que luchaba por ser consumido por el jefe del cártel, me gustaba deleitarme con aquellas fogosas mujeres sedientas de mí y de mi dinero.

Pagué muy bien por las horas de placer que me dieron y exigí lo mejor.

El viento mecía las hojas de las palmeras y parecía que iba a llover. Aquel clima me transportó a mi infancia y me trajo recuerdos de cuando mi única preocupación era corretear por aquella granja.

Había vivido allí desde que tenía uso de razón. Conocía la historia de mi familia por el legado que me dejó mi padre, que la heredó de su padre y la compartió con su hermano. Tuvo que criarme solo después de que mi madre muriera al dar a luz.

Por él dirigí Barichara, un pequeño pueblo de Colombia donde mi padre se quedó con el apellido de mi abuela y renegó del Lozano de mi abuelo, dejándoselo todo a mi primo que dirigía el cartel de Los Lozanos en Salento.

El país estaba dividido en dos, mi primo Héctor Lozano estaba a cargo de su cartel y yo del mío. Juntos éramos responsables de todo el narcotráfico que salía de Colombia hacia el mundo, pero cada uno se mantenía en su espacio.

Un antiguo tratado, que incluso con la muerte de nuestros padres, mantuvimos para evitar una guerra por el poder y el territorio que acabaría en muerte, pero ya nos habíamos peleado unas cuantas veces.

Yo era el jefe del cártel de Los Maldonados. Estaba orgulloso de serlo y de la fama que llevaba en Barichara.

Dueño del miedo... Dueño del miedo.

Una cosa de pueblo, pero como su nombre indica, infundía miedo e imponía respeto. Una reliquia familiar.

Respiré hondo y lo solté, sin dejar de mirar la granja en la que estaba jugando. Pensé que, aunque me temían, me respetaban y tenía el poder que la mayoría de los hombres valientes desearían tener, me faltaba algo.

No sería hipócrita, sabía lo que era, sentía falta de emoción, de algo que me acelerara el corazón y que no fuera miedo, hambre de venganza, poder y dinero.

Bebí un generoso sorbo de cachaza y me tragué la rabia, un sentimiento que me acompañaba a menudo. Quería desquitarme con alguien, pero como legado de mi padre había aprendido que el cártel y yo sólo éramos dueños del miedo de quienes lo buscaban. No desquitábamos nuestra ira con inocentes y yo no permitía que mis leales hicieran a las mujeres más de lo que querían.

— *Patrón*, ha llegado el coche de Alba.

Tragué más cachaza y sonreí.

— Disfrutemos de la velada.

Una más... hasta que apareció algo o alguien que cambió el rumbo de cada una de ellas.



Luz

Capítulo uno

Me dolía el estómago de hambre y ni siquiera sabía dónde iba a dormir esa noche. El cielo se iluminaba repetidamente con relámpagos que anunciaban la llegada de fuertes lluvias, lo que aumentaba mi ansiedad y me provocaba dolor de estómago por la preocupación. Cada vez que llovía, era difícil encontrar un lugar donde dormir.

Caminé deprisa, llevando mi mochila a la espalda y una manta doblada en los brazos, junto con un trozo de cartón. Mis pasos eran rápidos, casi como un sprint, y ni siquiera miraba hacia otro lado, solo me concentraba en llegar a mi destino.

Justo delante de mí, vi a una familia bien vestida mirarme con desprecio y avanzar inmediatamente por la acera, apresurándose como si yo fuera portadora de una enfermedad. No sabían que era yo quien debía tenerles miedo por ser tan vulnerable y miserable. Además de sentir envidia por no tener una familia como aquella, que parecía sacada de un anuncio de televisión.

Me preguntaba por qué no me habían dado uno. Me lo dieron, pero Dios me lo quitó.

Miré en la dirección en la que iban y el hombre me devolvió la mirada, pidió a la familia que caminara más deprisa y entonces se dio cuenta de que debía de parecer un bicho.

La ropa raída que llevaba, que había ganado en un bazar para gente necesitada, ya estaba vieja de tanto usarla. Sólo tenía otros dos pares de ropa en la mochila: uno que me cambiaba al ducharme y un vestido que me ponía en ocasiones especiales, como para ir a la iglesia.

También llevaba una botella de agua, medio paquete de galletas que guardaba por si no encontraba más comida, una pastilla de jabón y mi documento.

Era todo lo que tenía

No siempre fue así, hasta los diecisiete años, cuando murió mi madre, viví en una casa. Estábamos los dos solos y, aunque estaba muy enferma, se esforzaba por mantenerme y se aseguraba de que estudiara a toda costa.

Terminé el último curso y a la semana siguiente falleció. Era como si estuviera esperando a que me graduara. Sin embargo, yo era menor de edad, no tenía trabajo y estaba sola en el mundo, así que acabé siendo desahuciada de la casa que alquilaba y enviada a una institución que era un infierno. Sólo estuve un mes y me escapé en cuanto pude, para no ser acosada por el director.

Por lo que yo sabía, le encantaban las vírgenes y me convertí en su objetivo.

Fingí estar enferma y cuando la cuidadora me llevó al hospital, escapé de la furgoneta llevando sólo mi documento, que ella tenía en una pequeña bolsa. Nada más.

Algunas de las chicas no tuvieron tanta suerte.

Suerte...

Ni siquiera sabía lo que era... sólo una palabra que significaba algo que nunca había tenido en mi vida.

En la calle aprendí a desenvolverme y esquivé el peligro lo mejor que pude; con diecinueve años, llevaba dos luchando por mantenerme con vida. Había aprendido por las malas.

Un relámpago iluminó el cielo y aceleré aún más el paso, sintiendo que los pulmones se me tensaban y las piernas me pedían un descanso, pero no podía mojarme, el día siguiente siempre era agotador cuando eso ocurría.

Me sentí mareada y me encontré a una cuadra del refugio de mujeres, que debía estar lleno a esa hora. Acabé perdiendo la hora tras conseguir un día de trabajo doblando cartones en una tienda del pueblo, lo que no estuvo tan mal, porque oí decir a una señora que las fincas cafeteras necesitaban recolectores y que incluso les daban cobijo en los alojamientos y comida.

Era perfecto para mí, aunque no tenía experiencia en la cosecha, pero aprendí rápido y estaba segura de que le pillaría el truco.

A duras penas, hambriento y cansado, me arrastré hasta la parte delantera del refugio, que, por supuesto, tenía cola. Me coloqué detrás de una mujer con un niño pequeño, que estaba de pie detrás de otra mujer con los ojos vidriosos, como si hubiera consumido toda la cocaína de Barichara. Y no era poca. Todo el mundo sabía que la ciudad estaba dirigida por el cártel de Los

Maldonados.

Esperé en la cola y recibí una sonrisa de la mujer con el bebé, correspondí y oí a un hombre fuerte, que parecía un guardia de seguridad, gritar que se habían acabado las plazas, que el albergue estaba lleno.

— No, por favor. Va a llover y no puedo pasar la noche bajo la lluvia con ella -la que llevaba un niño habló con desesperación e intuí su miedo.

— Lamentablemente no tenemos más vacantes. Lo sentimos.

— Me quedaré donde sea —. suplicó, pero el hombre volvió a negarse y armó jaleo.

Pensé en protestar, no por mí, sino por aquella madre, pero no tenía fuerzas y un debate me agotaría por completo, así que me limité a caminar un poco más y buscar un lugar a salvo de la lluvia.

Di un paso tras otro y respiré hondo para encontrar fuerzas. Cogí el agua y bebí un sorbo, como si el líquido pudiera calmar el hambre que sentía. Pensé que, ya que no podía conseguir sopa en el refugio, era el momento de comerme la galleta o gastarme el poco dinero que había ganado durante la jornada laboral, pero como el mercado ya había cerrado, sería mejor esperar hasta el día siguiente y ahorrar.

De fondo aún podía oír a la madre llorando y suplicando por una noche segura con su hija, y no sabía el final al que había llegado el drogadicto.

Seguí caminando, mejor dicho, arrastrándome, y recordé un espacio cerca de la Catedral de *la Inmaculada Concepción* donde podía refugiarme, pero cuando fui a cruzar la carretera, un coche a toda velocidad vino hacia mí y todo se oscureció.

Me desperté y me encontré en un dormitorio cómodo, con luces bajas y un buen olor a limpio. Me levanté y miré a mi alrededor, sintiendo que me venía un dolor de cabeza, pero ya estaba acostumbrada, me pasaba cuando pasaba demasiado tiempo sin comer.

Antes de que pudiera moverme, una mujer de unos cincuenta años, muy maquillada y

con ropa brillante, entró en la habitación llevando una bandeja con comida.

— ¿Cómo te sientes?

Lo analicé un momento, temiendo que me hiciera daño.

— Bueno, mentí. — ¿Dónde estoy? ¿Dónde están mis cosas?

— En mi casa y tus cosas están allí. — Señaló el sillón donde yacía mi maltrecha mochila. — Casi te atropellamos, pero antes de que el coche te tocara te desmayaste y como no podíamos llevarte al hospital te trajimos a mi casa. Conozco a un médico que vendrá pronto a verte.

— Estoy bien.

— Puedo ver claramente que no lo es. Considerando lo... delgada y... todo lo demás. — Torció la boca con desagrado. — Estás débil y te he traído algo de comida para ver si te da algo de color. Cuando hayas comido, hay una toalla y ropa limpia para que te duches.

Me analizó y su mirada estaba llena de lástima. Me incomodó y me pareció un sueño que alguien fuera amable conmigo.

— ¿Qué quieres a cambio?

La mujer juntó las cejas en señal de desacuerdo.

— Sólo ayudar como disculpa por casi atropellarte. — La miré con desconfianza. — Si quieres irte, eres libre de hacerlo, pero si quieres quedarte, después de comer y ducharte, estudiaremos las posibilidades.

Salió por la puerta y me dejó sin entender qué posibilidades había, pero me encontré muy hambriento y la comida olía de maravilla.

Lo devoré como si mi vida dependiera de ese plato, y así era. No recordaba la última vez que había comido comida fresca y caliente.

Después de disfrutar, fui a ducharme y me di cuenta de que, junto con la toalla y los artículos de aseo, la mujer también había dejado ropa interior y ropa limpia.

Me metí en la ducha y me di un largo baño, lavándome el pelo y cada parte de mi cuerpo, recordando cuando años atrás tenía esa simple ventaja y no la valoraba tanto como se merecía.

Usé champú, crema para el pelo, me enjaboné todo el cuerpo y me froté con un estropajo. Sentía que me quitaba la suciedad de la calle de la piel.

Fueron años de duchas rápidas, cuando lo hacía, en un refugio o de simple higiene superficial con agua y un paño húmedo. Sentía que vivir esa ducha era una bendición.

Me cambié rápidamente, un poco temerosa de que entrara alguien y los vaqueros y la camiseta ajustada que me entregaron eran la ropa más bonita que me había puesto en años.

Me miré en el espejo y sonreí. Para alguien que no tenía dónde pasar la noche, ser casi atropellado era algo muy bueno. Mi risa pronto se desvaneció al darme cuenta de que esta amabilidad probablemente tendría un precio. Aprendí de la vida que nada era gratis.

Oí ligeros golpes en la puerta y, con voz entrecortada, dejé entrar a quienquiera que fuese y era la mujer de antes, acompañada de un caballero.

— Veo que has recuperado el color. ¿Cómo te encuentras?

— Bien.

— Olvidé presentarme. Me llamo Alba Calderón y tú eres...

— Luz. — Sonrió.

— Bueno, Luz, éste es un médico amigo de la familia que ha venido a examinarte.

El hombre de pelo gris, piel oscura y muy serio me hizo preguntas básicas y empezó a examinarme. Me sacó sangre, me pidió que orinara en una vasija y me pidió que me quitara la ropa.

— ¿Quitarme la ropa?

— No, Dr. Ramón, este es un caso diferente, no necesita los preventivos, sólo ver si está bien por el pequeño accidente.

El hombre resopló impaciente.

— Los resultados de los análisis de sangre estarán disponibles mañana.

— Usa los de metodología rápida. Quiero que salgan lo antes posible.

No entendía lo que decían y no sabía por qué había dejado que esas personas, a las que ni siquiera conocía, me sacaran sangre y me examinaran.

Pensé que antes había sido más inteligente y en ese momento dejé que un plato de comida me conquistara y me hiciera creer que eran dignos de confianza sólo por darme un techo y alimentarme.

El médico salió de la habitación y me quedé a solas con la mujer.

— ¿Quién eres? ¿Por qué tomaste mi sangre?

— No soy malvada, señorita, no se preocupe. Vamos, te llevaré a conocer a los otras residentes de la casa.

La mujer parecía tan agradable y dulce que decidí aceptar lo que quisiera ofrecerme.



Luz

Capítulo dos

Salimos de la habitación y caminamos por un largo pasillo con varias puertas, luego bajamos por una imponente escalera con barandillas doradas y una alfombra roja que conducía a un gran salón lleno de mesas, bonitos sofás y mullidas alfombras.

En aquel ambiente que parecía demasiado refinado para existir en Barichara, algunas mujeres de mi edad, cómodamente instaladas, me miraban con curiosidad.

Me sentí tímida. Eran naturalmente bellas y vestían ropa informal, como si ésta fuera su casa.

— Chicas, esta es Luz. — Alba me presentó, saludé y todas se mostraron receptivas, recibíendome con sonrisas. — Acabas de llegar, tuvimos un problema, pero ya estás bien. — Me dedicó una sonrisa. — Quiero que le hables de nuestra profesión y le demuestres que no es tan mala como parece y lo que podemos conseguir con ella. — La mujer se volvió hacia mí y, con un suave toque de su mano, habló en voz baja: — Ponte cómoda y escucha a las chicas con la mente abierta.

Asentí, sin saber para qué, ella se dio la vuelta para marcharse y yo me acerqué tímidamente a los sofás.

— Siéntate y bienvenida, me llamo María. ¿Cuántos años tienes, Luz?

— Muchas gracias. — Sonreí en respuesta y me acomodé a su lado. — Diecinueve.

— ¿Sabes de qué va nuestra casa?

— No.

María sonrió y era muy guapa, con el pelo negro y liso, casi hasta la cintura, una sonrisa recta y unos ojos marrones que cuando sonreía se hacían pequeños y expresaban dulzura.

— Digamos que formamos parte del entretenimiento masculino. — Abrí los ojos, al darme cuenta de que este lugar era un burdel. — No juzgues antes de conocernos. No es para tanto. Todas tenemos tu edad o un poco más, pero probablemente tengamos mucho más dinero y posesiones materiales.

Moví la cabeza afirmativamente, intentando no juzgar.

— El cártel paga bien. Encantada de conocerte, soy Maribel. — Una chica rubia muy guapa me tendió la mano, que estreché y sonreí por su amabilidad.

Había unas ocho mujeres en la habitación y poco a poco se fueron acercando y me contaron cómo era ser una prostituta de lujo para el cártel que dirigía Barichara.

Al principio, me encontré en una mezcla de pensar que eso estaba muy mal y, por otro lado, entender que, si les hacía felices y no les ponía en riesgo, era válido, sólo que no sabía si aceptaría vivir así.

Nunca había conocido a un hombre más íntimo, me mantenía al margen en la calle y, además, todas las personas con las que entraba en contacto eran horribles.

— ¿Vas a trabajar con nosotras?

Pensé un momento y con miedo llegué a la conclusión de que no.

— No... tengo... ya sabes, experiencia en el campo.

Se rieron.

— ¿Nunca has tenido sexo?

Avergonzada, sentí que se me calentaba la cara y negué con la cabeza.

— Chica, tienes un tesoro. Puedes ganar mucho dinero con una sola toma. A los hombres les gustan las vírgenes. Si tienes la suerte de que Andrés Maldonado se fije en ti, pasarás una velada increíble con un hombre guapo. Un poco serio y cerrado, pero bueno en la cama y caliente como un caramelo. — Todas estuvieron de acuerdo.

Tragué saliva. Aunque mi vida distaba mucho de ser un cuento de hadas, soñaba con un felices para siempre con un príncipe, un amor impresionante y una primera vez mágica. Nunca pensé en subastar algo tan íntimo.

— ¿Quién es Andrés Maldonado?

— Es el jefe del cártel que dirige Barichara.

Contuve la respiración.

— ¿Y no tienen miedo de involucrarse con ese tipo de hombre?

— Son inofensivos si no eres un traidor, entonces el final sería trágico, si no... son muy buenos. Si me entiendes —Maribel se encogió de hombros como si nada y todos rieron.

Después de un montón de charlas, algunas de las cuales me dejaron con la boca abierta y otras con curiosidad, Alba apareció para decir que ya era hora de que subiéramos a descansar porque al día siguiente había una fiesta importante en la finca de Maldonado.

Sentí un frenesí mezclado con miedo y decidí que ese no era el camino. Podía arriesgarme en la calle un poco más, hasta que pudiera ponerme de pie. Tenía que salir de allí.

— ¿Has hablado con las chicas, Luz? — preguntó Alba y yo asentí. — Y decidieron quedarse con nosotros, espero.

— Sí. — Esbozó una enorme sonrisa. Probablemente también ganaría mucho conmigo, vendida como un cochinillo al cártel o a quien pagara más.

Mentí, no me quedaría, pero me escaparía durante la noche para que no intentaran obligarme a quedarme o incluso forzarme. Aunque las otras chicas parecían muy felices allí, no sabía si era teatro para convencerme.

El diablo es astuto.^[2]

Me senté en la habitación escuchando historias calientes y sintiendo cómo me ardía la cara de vergüenza. Hablaban abiertamente de sexo y comparaban los cuerpos de los hombres que eran sus clientes, así como sus actuaciones en la cama.

El temido Andrés era muy disputado por ellas. Pagaba más y, por lo que decían, tenía talento y era bueno en lo que hacía. Decían que era guapo y yo pensé que un hombre metido en la droga, al que había visto destrozando gente por la calle, sólo podía ser guapo en apariencia, porque en el fondo debía de ser un gusano.

Después de que Alba les dijera que subieran, las mujeres que estaban en el salón

empezaron a irse poco a poco a sus habitaciones, las analicé y siempre pensé que las prostitutas vestían de forma llamativa y se paseaban desnudas por la casa, allí no, llevaban sudaderas, el pelo recogido y ropa normal.

Me retrasé, pero recordé que mi mochila estaba en el dormitorio y que la necesitaría.

— ¿Voy a dormir donde estaba antes? — le pregunté a Maribel.

— Sí, creo que esa será su habitación. Tenemos una para cada una.

Sonreí y agradecí la información. Sería fácil sin alguien vigilándome.

— ¿Puedo tomar un tentempié antes de acostarme?

— Te enseñaré dónde está la cocina. La nevera y el armario están libres. Sólo no toques la mermelada de granadilla de Alba^[3], te matará. Por lo demás, puedes servirte cualquier cosa.

Asentí y sonreí torpemente.

Fuimos a la cocina y, diciendo que tenía sueño, Maribel me dejó sola. Me puse a revolver la alacena en busca de comida que no se echara a perder rápidamente.

Estaba robando, nunca lo había hecho, pero seguía pensando que no era robar cuando me habían dicho que podía usar lo que quisiera.

Subí rápidamente al dormitorio para que no me vieran, escondí la comida en la mochila y me tumbé bajo las sábanas para que, si entraba alguien, no vieran que aún llevaba la ropa de salir.

Permanecí en silencio y sentí que el corazón me latía deprisa por el miedo a lo que estaba a punto de hacer. Una vez que la casa quedó en completo silencio, respiré hondo y me armé de valor para salir.

Abrí la puerta del dormitorio con cuidado, intentando no hacer ruido, y saqué la cabeza. No se oía ni un ruido.

Me eché la mochila a la espalda y me escabullí por el pasillo como un gato dispuesto a cazar un ratón.

En mis años en la calle, aprendí a salir de muchas situaciones y muchas de ellas implicaban abandonar lugares sin ser visto ni oído.

Bajé las escaleras y como llegué allí inconsciente, no tenía ni idea de cómo salir o si había alguien de guardia, pero por suerte para mí, la casa de Alba por fuera era como muchas de Barichara, antiguas en las que la puerta desde el salón daba a un pasillo y luego directamente a la calle.

Con la sensación de que alguien me estrujaba el corazón, giré la manilla de la puerta, que hizo un ruido sordo y no se abrió, lo que indicaba que estaba cerrada con llave. Era una cerradura antigua, típica de las mansiones de la ciudad, así que no la abría cualquier llave.

Rebusqué en un pequeño armario junto a la puerta y encontré un manojito de llaves viejas en el cajón. Aunque estaba nerviosa, sonreí. La suerte estaba de mi lado.

La casa no estaba vigilada ni nada, probablemente nadie se atrevería a meterse con aquellas mujeres, ya que eran el entretenimiento del cártel. Sobre todo, con el apodo del hombre. Dueño del Miedo era algo muy fuerte.

Tras probar con la primera llave y comprobar que no era la correcta, probé con la siguiente y, para mi alegría, abrió. Respiré hondo y salí a las calles empedradas, sintiendo la fresca brisa del atardecer que ya se convertía en amanecer.

Las calles estaban vacías y enseguida me invadió el miedo a que ocurriera algo malo. Seguí adelante con el plan de ir al rincón escondido junto a la iglesia y pasar allí la noche; al día siguiente pensaría más qué hacer con mi vida.

Necesitaba que me llevaran a los cafetales y quedarme allí. Con la ropa más presentable que llevaba, quizá tuviera más posibilidades de encontrar trabajo.

La noche era fría y miraba a todas partes mientras me abrazaba a mí misma para protegerme del viento posterior a la lluvia que me producía escalofríos en la piel. Me maldije mentalmente por no haber cogido una blusa. Ya que me había convertido en una ladrona al robar la comida de Alba, también podría haber robado ropa.

Prácticamente corrí por la acera vacía, oyendo sólo el sonido de mis pasos. Las luces de las casas estaban apagadas y sólo los apliques iluminaban las calles empedradas.

Las piernas me ardían con mis pasos rápidos e incluso pensé en correr, pero si lo hacía, el ruido de mis pisadas podría atraer la atención de alguien malintencionado.

Sólo faltaba una manzana para llegar a la catedral y recé para que el rincón escondido que tenía en mente estuviera vacío y seco, al darme cuenta de que había llovido mucho mientras estuve despierto en casa de Alba.

La mujer con el bebé invadió mis pensamientos y recé una oración a la Santa Madre para que se pusieran bien.

Perdida en mis pensamientos, le seguí, pero cuando doblé la esquina que me llevaría directamente a la catedral, me topé con dos hombres.

— ¿A dónde vas con tanta prisa a estas horas, *mi reina*?

Mi cuerpo se estremeció y supe que no eran buenos. Tenían el pelo grasiento, les faltaban algunos dientes y sus ropas estaban sucias y malolientes, incluso había barro seco sobre ellas, como si se estuvieran escondiendo. Uno de ellos sostenía un teléfono móvil aún encendido, parecía que acababa de terminar una llamada.

— Disculpadme. — Intenté esquivar, pero uno de ellos me agarró por el brazo y me llevó de nuevo hacia delante.

— No con tanta prisa. — Me olisqueó el cuello y el asco de tener a ese hombre tan cerca me dio ganas. — Podemos jugar un rato.

— Suéltame. — Luché por liberarme y fui agarrado por el otro hombre que se colocó a mi espalda, emparedándome entre sus cuerpos que eran una mezcla de carroña, cachaza, cigarrillos y sudor.

— Si caminas sola de noche, es porque buscas aventuras. ¿No deberías estar durmiendo al abrigo? — Uno de ellos me sujetó por el hombro, con la cara muy cerca de la mía y pude ver una cicatriz que le recorría la ceja.

— Suéltame. — Grité, forcejeé y me cogieron con más fuerza, recibiendo una fuerte bofetada en la cara y luego un apretón en el pecho. Me sentí sucia.

— *Cállate*^[4], ¡perra!

— *Eh, ¿qué pasa ahí, chapetos*^[5] ? — gritó alguien desde una de las casas, escondiéndose entre las ventanas cerradas para proteger su identidad.

El asqueroso que me sujetaba miró en la dirección desde la que oímos la voz, al igual que el que estaba a mis espaldas, y aproveché la distracción para intentar escapar.

Utilicé la rodilla para golpear las partes íntimas del otro hombre y con todas mis fuerzas, al darme la vuelta, le metí los dedos en los ojos. Aproveché para correr, oyendo sus gritos de dolor.

Corrí sintiendo que me ardían los pulmones y me dolían las piernas, aceleré por mi vida y no miré atrás en ningún momento, estaba aterrorizada de que vinieran a por mí y el corazón me latía con fuerza en los oídos

Sólo quería ser libre y estar lo más lejos posible de esos monstruos repugnantes.

Una manzana, luego otra, volví por donde había venido y lo siguiente que supe es que estaba de nuevo frente a la mansión de Alba.

Miré alrededor de la calle con desesperación, no quería volver a aquel lugar donde no sabía cuál sería mi futuro, pero el miedo a que aquellos hombres me buscaran y me encontraran me golpeó con fuerza y no tenía adónde ir ni dónde esconderme.

Tenía miedo de la vida que aquella mujer quería ofrecerme, pero acababa de revivir la desesperación y el peligro de vivir en la calle. Empecé a llorar mientras sentía temblar mi cuerpo y miraba a mi alrededor con miedo.

Respiré hondo y decidí que tenía que encontrar el mal menor y elegir el que me mantuviera con vida. Esa noche me convertiría en una puta del cártel, pero no sería para siempre, solo para salvarme.

Decidí que me substarían como a un lechón, pero al menos sería un lechón vivo con dinero y no uno usado, maltratado y lastimado gratuitamente por la mala gente que vivía en las calles de Barichara.

Abrí la puerta de la mansión, agradecida de que aún estuviera abierta, y regresé en silencio a la habitación donde me había encontrado.

Al menos me sentía segura.

Esa noche dormiría segura.



Andrés

Capítulo tres

— ¡Maldita sea, *Capullo!* — grité a uno de mis aliados que había perdido el contacto con el que llevaba una de las últimas cargas — Si perdemos, serán pérdidas millonarias y te arrancaré la piel a tiras para pagarlo, capullo.

Al otro lado tartamudeaba intentando explicarse y yo me encontraba sin paciencia para escucharle.

— Resuélvelo. Si el cargamento no llega al puerto de Buenaventura no tienes que volver, porque si lo hace tu cabeza será el pago. —Te oí decir que seguramente ya estaba de camino a México y simplemente perdimos el contacto. — Espero que el contenedor ya esté camino a la Ciudad de México. Mantenme informado.

Colgué la llamada y me serví un vaso de whisky, tragando el líquido de un solo trago que bajó ardiendo.

¡Joder! Odiaba tener que tratar con incompetentes.

— *Patrón*, el coche está listo para ir al pueblo —dijo Alejandro, mi mano derecha e hijo de Lupe, la cocinera de la granja, que era como un hermano menor para mí, aunque conocía muy bien su lugar en el cártel.

Tenía diecinueve años y era inteligente; si no tenía hijos, Alejandro sería a quien dejaría mi legado. O incluso si los tenía, sería a él a quien confiaría mi negocio y mi vida.

Incluso a su corta edad, era más responsable y eficiente que muchos de los míos.

— Nos vamos, pero... — Estaba a punto de darle una orden cuando oí un movimiento fuera de la mansión. — ¿Qué coño está pasando en mi casa? ¡Hoy es un día infernal!

Salí de la mansión, seguido de cerca por Alejandro.

— *¿Qué está pasando?*^[6] — grité, pero cuando vi quién estaba bajo el poder de mis hombres de confianza, supe de qué se trataba y sonreí. — ¡Veo que te han encontrado, *cabrón!*

^[7]

Miguel, antiguo empleado de mi hacienda, era sujetado por los gemelos Juan y Jesús, antiguos socios del cártel que imponían respeto. Eran calvos, con gruesos bigotes, barbudos y fuertes como dos montañas, y siempre parecían los pocos amigos que me gustaba ver. Les confiaría mi vida.

Ambos empuñaban armas apuntando en dirección al traidor y, entre sus ceños fruncidos, los conocía lo suficiente como para saber que estaban tan contentos como si hubieran encontrado un tesoro.

El gusano llevaba unos meses huyendo, después de poner los ojos en mi cártel y tramar mi caída, pero cuando descubrimos que era un traidor, antes de que pudiéramos matarlo, huyó. Después de eso estábamos tras su pista, sedientos de venganza.

Los traidores no tenían cabida en el cártel de Los Maldonados.

Bajé los escalones que conducían al césped que adornaba la entrada de mi casa.

— *Patrón*, después de Salento se dirigía a Buenaventura, donde robaría nuestro cargamento y el de su primo Héctor. El plan era enfrentarlos entre sí, pelear entre ellos y romper su acuerdo de cuidar cada uno su parte de Colombia.

— *Miguelito, Miguelito...* — Me acerqué a él y le di tres bofetadas en la cara, que crujieron con fuerza.

Me reí con desprecio, porque me encontré sediento de venganza. La cara del hombre sangraba, un ojo ya no estaba abierto y sudaba de miedo. Verle así me produjo cierto placer.

Miguel había trabajado conmigo el tiempo suficiente para saber que la paciencia y la amnistía no eran cosas a las que estuviera acostumbrado a tener y ceder.

— ¿Mi primo sabe de ti?

— No, señor, ¿me perdona? Ya había abandonado el plan y sólo estaba en Salento para... — Saqué mi pistola de la cintura y sin dejarlo terminar le disparé en la pierna para que se callara.

Gritó, le agarré por el pelo y le metí la pistola en la boca.

— No grites o la próxima te la meteré por la garganta, cretino. — El hombre asintió desesperado, con los ojos muy abiertos por el miedo a que mi pistola le volara la cabeza. — Estabas en Salento para continuar el plan, ¿verdad, *hijo de puta*^[8] ? — Movi6 la cabeza negativamente, incapaz de hablar porque yo seguía tapándole la boca con mi pistola.

Se la quité al desgraciado que estaba cagado de miedo y se la limpié en la ropa, sin apartar los ojos de los suyos, demostrándole que tenía su vida en mis manos.

— ¿Quién está detrás de tu plan? Porque sabemos que no eres tan listo.

— No tiene ningún plan, señor.

Le disparé de nuevo en la pierna, rugió de dolor y lloró.

— ¿A quién estás protegiendo? — Volví a ponerle la pistola en la cara para analizarlo, pero el desgraciado sólo gimoteó y, por mi experiencia, sabía que no iba a decir nada. Tenía más miedo de quien estuviera detrás que de mí. — Llévatelo. Antes de acabar con él, averiguaré si ha estado conspirando con mi primo y una vez que ya no me sirva, me desharé yo mismo de ese bastardo.

— ¿Dónde lo dejaremos, *Patrón*?

— Pónganlo en la casa de piedra del fondo y asegúrense de que reciba nuestro tratamiento VIP. — Sonreí, porque me gustaba ser malo, incluso creía que me merecía el apodo que me había puesto el pueblecito.

Que yo fuera realmente el dueño de su miedo, así aprenderían a respetarme y no a conspirar a mis espaldas, como planeaba hacer aquel gusano. Sólo tenía que saber si mi primo Héctor Lozano estaba detrás.

— ¿Seguimos yendo a la ciudad, *Patrón*? — preguntó Alejandro.

— Sí, pero vamos a casa de Alba. — Vi sonreír al chico, porque al igual que a mí, le gustaba darse el gusto con las putas. Se gastaba todo su dinero en ellas y yo no podía juzgarle. — Necesito una distracción mientras pienso cómo voy a organizarme para ir al territorio de mi primo sin ofenderle. Hoy no hay fiesta aquí. La fiesta será allí.

Alejandro y yo nos dirigimos al pueblo, que estaba a unos nueve kilómetros de la finca,

caminando entre los cafetos que eran el disfraz que utilizaba para transportar la cocaína fuera de Colombia.

Fue lo que mi familia utilizó durante años y yo estaba continuando su legado. Mirando la plantación a nuestro alrededor, recordé las veces que mis cargamentos casi fueron atrapados por la Policía Federal y casi pensé en abandonar la ilegalidad... casi, porque en realidad nunca haría eso con todo lo que mi padre me dejó.

La herencia era mucho más que un cártel, éramos una familia, casi una religión, y por eso, cuando aparecía un traidor entre nosotros, no había amnistía y el único final para los que apuñalaban a un Maldonado era la muerte.

— ¿Vamos directos a la mansión de Alba? — preguntó Alejandro, que conducía, mientras empezábamos a circular por las estrechas calles de Barichara.

— Sí, necesito relajarme, ha sido un día estresante.

Asintió con la cabeza e hizo un giro para entrar en la calle que daría acceso a la manzana que precedía a nuestro destino, pero al verse sorprendido, frenó bruscamente el Jeep, acercándose a escasos centímetros de una chica que cruzaba distraídamente la calle y, con el susto, acabó cayendo contra el empedrado.

— *¡La puta madre!*^[9] — gritó Alejandro.

Salimos rápidamente del coche para ayudar a la mujer que casi había sido atropellada, que gemía de dolor y se sujetaba la muñeca.

Entrecerró los ojos como para situarse y entender lo que había pasado. Frente a ella, le tendí la mano, pero no aceptó la oferta, me dio una bofetada y se levantó sola.

Entorné los ojos ante su atrevimiento.

— ¡No ves por dónde vas! — Se dio un manotazo en la ropa para limpiarse y vi que tenía en la mano un pequeño rasguño que empezaba a sangrar.

¡Valiente!

— ¿Quieres que te vea un médico? — pregunté y le señalé la mano.

— "¡No!" enarqué una ceja, sorprendida una vez más por su atrevimiento al gritarme.

— Cuida tu tono de voz.

— ¿O qué, vas a arrestarme?

Me reí y me metí las manos en los bolsillos, mirándola divertido. La inmovilizaría en mi cama para follarme esa boca afrentosa.

— No exactamente.

Resopló sin paciencia, parecía muy enfadada, pero había sido ella la que se había cruzado delante del coche, aunque su enfado no parecía ser sólo por el accidente.

— ¡Idiota! — Habló con los dientes apretados, mirándome fijamente y, mientras admiraba su cara, pude ver que en la comisura de sus labios aparecía un pequeño moratón, no por una caída, sino como si le hubieran golpeado.

— ¿De verdad me estás insultando, chica?

Cuando Alejandro vio que parecía demasiado brusca con el dueño del miedo, intentó intervenir, mirándome con preocupación. Sabía que yo no solía ser amable.

— Chica, baja el tono, no sabes con quién estás tratando...

— ¿Con quién me estoy metiendo? Y no tienes ni idea de con quién me he metido ya.
— Se volvió de nuevo de Alejandro a mí y me miró fijamente a los ojos sin miedo y llena de razón. — Déjame en paz.

Estaba a punto de irme, pero la cogí del brazo.

— Baja la voz — le ordené con dureza y tiré de ella para acercarla, ya que estaba perdiendo la paciencia. En realidad, no era algo que tuviera que perder.

— ¿O vas a golpearme además de atropellarme? Tómate tu tiempo, ya he vivido bastante y puedo soportarlo. — Sus palabras me afectaron, miré el moratón que tenía cerca de la boca y la solté. No estaba acostumbrado a ser misericordioso, pero algo en ella me ablandó.

Sin esperar respuesta, se marchó, mirándose la mano herida.

Actuaba como si no tuviera nada que perder y el casi atropello no era lo que más le molestaba. No pude contener la risa al verla alejarse, pero moví la cabeza negativamente, admirando su audacia.

Era guapa, sus ojos eran marrones con pestañas pobladas y ligeramente dibujadas, su piel era morena y su pelo liso, que terminaba en mitad de la espalda, pero lo que más me llamó la atención mientras la veía alejarse fueron sus caderas bien diseñadas, abrazadas por los vaqueros ajustados y claros que llevaba.

No tendría más de veinte años y, aunque probablemente era joven, era muy guapa.

Nunca nadie me había hablado así y el hecho de enfrentarme a una joven que tal vez no tenía ni idea de quién era yo, despertó mi curiosidad por averiguar quién era esta hermosa chica.

— ¡Qué rabia! — comentó también Alejandro, viéndola alejarse.

— Son los mejores. Quiero que averigües quién es, y también por qué dice que la golpean. Pero bueno, ahora vámonos. Esta discusión me ha dado aún más ganas de follarme a una de las señoritas de Alba.

— No creo que haya ninguna que se parezca a esa.

— No, ni siquiera cerca.

Nos dirigimos al coche, pero aún conmocionado, miré una vez más la espalda de la mujer mientras se alejaba, sin volverse para mirarme.

Estoy seguro de que ninguna de las chicas de la mansión de Alba se enfrentaría a mí así.



Luz

Capítulo cuatro

Entré en la mansión y sin darme cuenta di un portazo de rabia por el hecho de que mi vida siempre estuviera rodeada de mala suerte.

Cada vez tocaba más fondo, rodeado de malos acontecimientos que me parecían arenas movedizas; cuanto más me movía, más me hundía.

Me dolía la muñeca de la caída por haber estado a punto de ser atropellado una vez más. Quizá si realmente me hubiera atropellado el coche y hubiera muerto para siempre, habría sido un alivio.

¡Maldita sea!

Mi vida era una sucesión de cosas malas que no hacían más que empeorar.

Por la mañana tuve que ir a una clínica cercana a la mansión para hacerme las pruebas ginecológicas indicadas por el médico y, por suerte o por desgracia para mí, demostraron que era virgen. Una verdadera olla de oro para el negocio en el que estaba a punto de entrar.

¡Maldita sea!

Primero huérfana, luego habitante de la calle, casi atropellada, casi prostituta, casi violada varias veces en la calle y en la institución, casi atropellada de nuevo y finalmente, esa noche, saldría del casi y sería nombrada algo concreto: una de las chicas de Alba.

Mientras caminaba de vuelta, con la muñeca palpitante y la rabia burbujeando por la suerte que no había tenido, el tipo alto, vestido todo de negro y con varios tatuajes en las manos, seguía apareciendo en mi cabeza.

Había sido grosera con él porque estaba enfadada con mi vida, y cuando el hombre más joven decidió amenazarme con un carterista, me enfadé aún más.

El apuesto hombre mayor debía de tener unos treinta años y tenía cara de malo, pero al mismo tiempo me dirigió una mirada acogedora mientras observaba mi boca amoratada.

Imaginé que era un policía, un delegado o alguien importante por la ropa que llevaba.

Todavía sentía un cosquilleo en el lugar donde me agarró con fuerza por el brazo y su olor masculino persistía en mí, después de haberme acercado para asustarme.

En un momento de delirio en mi desordenada cabeza, cuando estábamos a centímetros el uno del otro, llegué a pensar que iba a besarme y me aparté bruscamente.

Ya no tenía nada que perder y si ese hombre era alguien importante que podía romper conmigo, que así fuera. Ya me veía deseando el final.

Me dirigí al salón y Alba me estaba esperando con una sonrisa que apenas le rasgaba la cara por la mitad.

— ¡Querida mía! ¡Qué noticia tan increíble! Sabía que te sacaría mucho partido por tu belleza, pero no me había dado cuenta de que estabas intacta. ¡Una virgen es muy valiosa!

No reaccioné mucho a su felicidad y pude imaginarme moneditas en sus ojos como las de los dibujos animados. Cosa que ni siquiera estaba segura de que fuera así, teniendo en cuenta el tiempo que llevaba en la calle.

— Sube y prepárate, tenemos visita. El hombre de confianza de Andrés Maldonado nos ha dicho que han cancelado la fiesta allí y vienen de camino. Haremos una presentación para abrirle el apetito y subirte el precio.

— ¿Hoy? — pregunté asustada, porque no creía que fuera a unirme tan rápidamente a la vida que me proponía, pero al parecer Alba tenía prisa por ganar su dinero a costa de mi virginidad.

— Sí, ¿por qué perder el tiempo? ¿Verdad? Vamos, vamos, vamos... — Dio una palmada, apresurándose.

Tragué el nudo que se me formó en la garganta y el miedo que sentía por lo que estaba por venir empezó a sacudir mi cuerpo.

Varias preguntas me rondaban por la cabeza mientras me dirigía al dormitorio, y la primera de ellas ni siquiera era el dolor físico que sentía, sino el moral.

Mi madre siempre me decía que hiciera todo lo posible por mantener mi integridad física y mental, que no podía dejar que nadie me afectara. Así que no dejaba de pensar en lo que

me diría si me viera en esa situación.

Entré en el dormitorio y me tiré en la cama.

— Lo siento, mamá, sólo intento seguir con vida. — Una lágrima rodó por mi mejilla y me la sequé rápidamente al oír unos golpes en la puerta.

— Alba me pidió que viniera a ayudarte. — El rostro de Maribel estaba lleno de compasión.

— ¿Ayuda?

— Sí. — Se acercó, puso una muda sobre la cama y algunos objetos más, como maquillaje y una maquinilla de afeitar. — Tienes que estar guapa y afeitada.

— Me di cuenta de que el producto del escaparate tenía que ser atractivo para el cliente.

— Me pidió que me diera prisa, porque ya estaba aquí. — Me dedicó una débil sonrisa y tragué saliva. — Te juro que no está tan mal como parece y, además, piénsalo, podría ser un viejo débil. Andrés es precioso.

Sonreí sin ganas.

— Ver el lado bueno de todo, ¿verdad?

— Sí — Maribel me dedicó una amplia sonrisa que me animó.

Bueno, si iba a ocurrir, que ocurriera pronto.

Me metí en la ducha, me afeité las piernas, que parecían un bosque virgen, y la ingle... No tenía experiencia de cómo hacerlo y creí que también era la táctica de Alba para demostrar que yo era inexperta.

Después de ducharme, me puse un vestido negro, corto y ajustado mientras sentía que el corazón me latía deprisa y los suspiros se me clavaban en el pecho.

Cuando estuve lista, decidí bajar y enfrentarme de una vez por todas a la situación en la que me había metido.

Es peor en la calle.

Era el pensamiento que siempre me venía a la mente, como una especie de consuelo para mi elección.

Bajé las escaleras con los tacones altos que Alba me había indicado, me pinté ligeramente los labios y era como si quisiera mantener una mezcla de pureza y femme fatale.

Todo el tiempo miraba al suelo, temiendo caerme por las escaleras con aquellos zapatos que no estaba acostumbrada a llevar.

Llegué al último escalón, respiré hondo y miré hacia delante para enfrentarme a mis torturadores.

Primero vi a Alba radiante, a sus espaldas todas las chicas bien vestidas listas para ser elegidas, seguí mirándolas una a una, hasta que en cuestión de segundos mi mirada se dirigió a la alta figura que estaba junto a la dueña de la mansión.

Todo de negro, con tatuajes saliendo de la manga de su camisa de manga larga y la barbilla alta, las manos juntas apoyadas delante del cuerpo como si estuviera evaluando un producto... allí estaba ese tal Andrés y, para mi desgracia, era el hombre con el que había tenido un encontronazo antes. El que casi me atropella.

Tragué saliva.

Me había enfrentado al jefe de la mafia de Barichara.

El corazón me latía con fuerza y tenía ganas de correr.

Su mirada parecía reconocerme, al tiempo que me analizaba como si fuera un trozo de pan en la panadería. Recorrió mi cuerpo de arriba abajo y se relamió, acompañado de una media sonrisa casi imperceptible.

No podía sonreírme.

O para mí.



Andrés

Capítulo cinco

Otra vez ella.

Su mirada estaba llena de miedo, pero no perdía la afrenta velada y la rabia contenida. La chica que Alejandro casi había atropellado antes era la recién llegada de Alba y me devolvió la mirada, esperando a que dijera algo.

La virgen y la novicia.

El maquillaje ocultaba el moratón cerca de la boca, que ya había notado antes, y me pregunté si Alba maltrataba a sus chicas.

— Ya estoy aquí. — Abrió los brazos, ofreciéndose teatralmente e intentando aparentar calma, pero la voz le salía en un hilo y su mirada disimulaba el miedo a lo que se avecinaba.

Estaba claro que se sentía incómoda y me pregunté cómo había acabado allí. Tenía un aire inocente, su pureza era evidente, aunque intentaba parecer altiva.

Alejandro, a mi lado, no hacía más que babear, mirándola con los brazos cruzados delante del pecho y una sonrisa de satisfacción. Lo miré brevemente y cuando me devolvió la mirada, dejó de sonreír al ver mi ceño fruncido.

— No me interesa. — Prácticamente gruñí y me di la vuelta para sentarme en el sofá cerca de las otras mujeres que observaban la escena.

Desde allí vi cómo la confusión mezclada con alivio se apoderaba de la cara del recién llegado, que seguía de pie al pie de la escalera.

No me gustaba que no me quisiera, siempre había estado acostumbrado a ser deseado y adulado por todo el mundo, así que, sin pensarlo más, mi lado mimado decidió desairarla a ella primero. Parecía infantil, pero ¡a la mierda!

— ¿Está libre Muriel? — Miré a la pelirroja rizada sentada en el sofá a mi lado.

-Siempre estaré a tu lado. — Me guiñó un ojo provocativamente.

¡Eso era! Todas me querían.

Le negué con la cabeza y me centré en abrocharme la manga de la camisa que llevaba, como si el debate no fuera nada.

— Pero Andrés, ¿estás seguro? — La confusión era palpable en el rostro de Alba, mientras que la virgen parecía confusa y al borde de un ataque de nervios.

— Absoluto.

La mujer madura, que insistía en maquillarse la cara para parecer más joven, me miraba incrédula.

— Te di prioridad, pero ya que no te interesa, ¿puedo soltarte a los granjeros locales? Estoy planeando una fiesta para esta noche.

— A gusto. — Miré a la chica, que parecía un delicado cristal expuesto en una joyería, y vi que enarcaba ligeramente una ceja por la forma en que la había rechazado.

— ¿Nos vamos, Muriel? — Me levanté acompañado de una chica sonriente que sabía que me daría mucho dinero por un corto tiempo de placer, y sería corto de verdad, porque ese día quería ser complacido y no complacer.

Justo cuando estaba a punto de marcharme con ella bajo la mirada recriminatoria de aquella cosita, que conseguía irritarme incluso sin abrir la boca y parecía juzgarme con sólo mirarme, sonó mi móvil y era de mi empleado en la granja.

Levanté el dedo índice para pedir un minuto.

Tengo que cogerlo. Me solté de las manos de la pelirroja y me dirigí a la habitación más cercana.

— Habla, Juan.

— *Patrón*, te necesitamos, el cargamento ha aparecido, pero tendrás que hablar con el cártel de *Los Diablos* en México.

— ¡Que te jodan! No puedes resolver nada sin mí.

— *Patrón*, es para hablar con el jefe allí, creo que es más respetuoso que hagas eso.

Resoplé.

— *Todo bien*.

Colgué sin más dilación y volví al salón, donde vi que Alejandro estaba siendo acariciado por una morena y la recién llegada seguía de pie cerca de las escaleras, como si fuera a romperse si se movía.

Yo sólo podía verla como un cristal raro que necesitaba ser puesto en exhibición para el aprecio

— Alejandro, vamos.

Mi mano derecha se levantó, claramente queriendo quedarse.

— Pero tú no te quedas, *cariño*^[10] — dijo Muriel.

— No puedo —respondí con más disgusto en la voz del que podía esperar.

— Andrés, esta noche tengo una subasta con la chica nueva y si quieres volver, sólo para disfrutar de la fiesta y de Muriel, eres muy *bienvenido*^[11]. — Sacudí la cabeza y me fui.

Los problemas me quitaron la excitación y la expresión asustada y aliviada de la cara del cristal me irritó tanto que quise asegurarle que todo iría bien.

Entonces yo, que siempre había sido un cabrón con todos y con todo, me encontré molesto por lo que le iba a pasar a una chica cuyo nombre ni siquiera conocía.

Mi lado curioso y protector quería volver y ver qué sería de aquella mujer afrentada. Tal vez volvería para ver quién sería el pobre tipo que se cargaría a la chica enfadada.



Luz

Capítulo seis

El hombre guapo no era de la ley, sino que estaba fuera de ella. Era el mafioso que dirigía Barichara y estaba allí, de pie frente a mí y evaluándome como si fuera un producto.

Sentía que el corazón me latía con fuerza en la oreja, tan desesperada por ese momento y por lo que vendría después.

Podría confesar que, si creía tener miedo, éste aumentó cuando me rechazó. Sin el mafioso, me encontré a merced de quien me comprara más tarde.

Quizá hubiera sido mejor, al menos no habría sido tan grosero con mi nuevo dueño como con el mafioso. Y no sería un forajido, sino un granjero, como dijo Alba.

El mafioso se dio la vuelta para marcharse y yo tomé aire, pero antes de irse me dirigió una seria mirada de desaprobación y se marchó.

— ¿Qué ha pasado? ¿Qué hiciste para que no te quisiera?

— No lo sé. — Realmente no lo sabía.

— Andrés Maldonado no suele rechazar mujeres nuevas. El problema eres tú. Lo peor es que si las demás saben que no te quería, querrán pagar una miseria.

Alba había cambiado y no se parecía en nada a la mujer amable y dulce que era hacía unos minutos. Me miró de pies a cabeza, torció la boca con desagrado y me analizó como si todo en mí estuviera mal.

— Ya lo tengo. Cambiémoslo todo. — Dio una palmada como si tuviera una gran idea en mente. — Ve a tu habitación y yo subiré para el cambio de imagen.

Como un cachorro al que han devuelto a su jaula, subí al dormitorio, aún temerosa de lo que estaba por venir.



Andrés

Capítulo siete

Estaba mirando por la ventana de mi despacho, fumando el puro que tanto le gustaba a mi padre y que me dejó en herencia. Siempre que tenía que tomar decisiones importantes, encendía uno y miraba por la ventana, disfrutando de la vista mientras expulsaba el humo lentamente.

Cuando cayó la noche y eran cerca de las siete, ya había conseguido solucionar el problema con el cargamento que estaba a punto de recibir en México, escoltado por mis aliados de allí. Le debería un favor al cártel de *Los Diablos*, pero mejor eso que perder mi cargamento. Y sabía que pronto me necesitarían.

Le di una larga calada a mi cigarro y expulsé el humo lentamente, pensando en qué iba a hacer con mi velada, porque lo que me quitaba la paz no era la coca que podía perder, sino la mirada temerosa de aquella joven indefensa y a la vez afrentosa.

Insistentemente se cruzaba por mi mente y me quitaba la paz, porque por mucho que no me importara casi nadie, con ella me encontraba preguntándome cómo sería su futuro.

Estaba claro que ella no quería ese destino y me pregunté cómo había acabado allí. También tenía ese moratón en la comisura de los labios, que no podía quitarme de la cabeza, y me preguntaba si Alba maltrataba a las chicas y las mantenía allí a la fuerza.

Había que investigarlo. Yo no apoyaría semejante barbaridad.

También pensé que, si no había sido Alba, ¿quién la habría herido así? Si hubiera sido un hombre... Apreté la mesa en la que me apoyaba con tanta fuerza que hasta los nudillos se me pusieron blancos ante la idea de que un hombre maltratara a una mujer tan delicada como aquella.

Aunque demostró que sabía defenderse.

Cuando me insultó porque casi la atropella el coche, su respuesta y su tono de voz expresaban un gran sufrimiento, hasta el punto de decir que no sabíamos con quién se había liado.

¿Hay alguien peor que yo en Barichara?

Necesitaba volver a la mansión de Alba y averiguar más cosas sobre aquella mujer. Sólo para ver si mi imperio no estaba siendo puesto en peligro por alguien peor que yo que maltrataba a las mujeres. Tal vez ella era incluso la persona detrás de la traición de Miguel.

¿A quién quería engañar?

Tomé un sorbo generoso del whisky y bajó ardiendo.

¡Joder! Iría a por ella porque quería y punto.

Sería testigo del fin de esa mirada afrentada y asustada.

Cogí mi pistola y bajé a buscar a Alejandro.

— Vamos — grité cuando lo encontré en la cocina hablando con Lupe. Su madre me miró con reproche, como si yo hubiera dicho que se había escapado con su bebé.

— ¿En un momento así?

— ¿Y tienes horarios para salir? — respondí, cruzándome de brazos, divertido por la mirada irritada de la mujer. Una de las pocas, o la única, que tenía el valor de plantarme cara. *Bueno, aparte de ella, también estaba la virgen.*

— Alguien con tantos enemigos como tú debería temer.

— Por eso tengo a Jesús y a Juan.

Una mujer de cuerpo regordete, cara redonda, mirada amable que a menudo parecía querer matarme y pelo canoso que me exigía ser más maleable que su lengua afilada.

Trabajaba en la finca de café desde que mi padre se marchó tras una pelea con su hermano. Unos años más tarde murió y yo, todavía joven pero lleno de empuje, me encontré a cargo del cartel. Prácticamente me crio aquella mujer que me miraba con las manos en las caderas y una ceja arqueada.

— Al menos come unas *empanadas*.^{[\[12\]](#)}

— No tengo hambre, *mami*^[13] .

— Tú también has comido como diez, chico hambriento.

Tuve que reírme.

— Gracias, Lupe, pero no tengo hambre y tengo prisa.

— Tiene prisa, parece que va a salvar a su padre de la horca.

-Papá no, pero a lo mejor puedo evitar que se rompa un cristal. — Vi la duda en la cara de la señora que tenía delante y, antes de que pudiera preguntar, llamé a Alejandro. — ¡Vamos, chaval!

Salimos de la cocina y dejamos atrás a una Lupe llena de preguntas. Nos dirigimos al patio donde estaban aparcados los coches y cogimos uno de los jeeps.

Era el coche más utilizado por los agricultores para transportar empleados y suministros de la ciudad a los cafetales. A veces, en la normalidad de la vida cotidiana, casi olvidaba que transportaba mucho más que café y me sentía como un campesino común y corriente, con la diferencia de que mandaba y me desentendía, además de tener el poder de ser Maldonado. Más aún cuando era encubierto por todos los gobernantes de la ciudad que ganaban mucho por hacer la vista gorda a mis negocios ilegales.

Alejandro y yo le seguimos en un jeep y Juan y Jesús en otro, no tardamos en encontrarnos aparcados frente a la mansión de Alba Calderón.

Muchos otros coches estaban allí también, así que la noticia de la nueva carne se había extendido y la idea de que todos esos hombres estuvieran allí después de poseer el cuerpo de esa chica inocente me repugnaba. No es que yo fuera muy diferente a ellos.

Entré en el establecimiento al son del *reggaeton*^[14] y de muchas risas. Escudriñé el local con la mirada seria de quien desconfía de cualquier mosca cojonera y no vi ni rastro de la chica nueva.

Pensé que ya había sido subastada, o quién sabe cómo Alba lo ofrecería a los hombres del salón.

Pensé que estaba demasiada tranquilo y con una especie de ansiedad en el aire, ella no había sido presentada todavía. Una parte de mí que no podía controlar rezaba para que realmente no lo hubiera hecho.

Nada más verme, se me acercaron dos chicas con unos escotes tan grandes que casi sobresalían sus grandes pechos. Aunque no me gustaba ninguna de las dos, fui cortés y acepté su bienvenida.

Ambas habían calentado ya mi cama, pero ninguna se acercaba a calentar mi corazón.

Y aunque parecía duro, necesitaba algo más, un sentimiento que no fuera sólo venganza, ira y superioridad. Necesitaba algo bueno, aunque fuera una pequeña chispa de bondad en mi vida llena de caos y bañada en sangre y disparos.

Me negué cuando las mujeres intentaron llevarme a una de las habitaciones y aseguré que prefería quedarme allí y beber. Pedí una botella de whisky, el más caro, aunque no me lo iba a beber todo, ellas cobraban por copa y yo quería ayudar. El dinero no era un problema para mí.

Me retiré a un rincón más escondido y seguí mirando a mi alrededor, con la intención de averiguar qué había pasado antes de que yo llegara. La idea de que la chica nueva ya estuviera en la habitación con algún chico me golpeó, y no era una sensación que me gustara experimentar. No entendía por qué me afectaba, pero la idea de que ella estuviera mal representada me molestaba.

Una chica guapa cuyo nombre no recordaba me sirvió whisky y me aclaró que estaba libre, pero la descarté. Vi por allí a unos cuantos conocidos que no se atrevieron a acercarse a mí y Alejandro se sentó a mi lado, mientras los gemelos se quedaban fuera para contenerme.

— Ve y disfruta de la velada. — Podría verme agotando mi paciencia.

— Todavía no. Yo también quiero disfrutar del espectáculo.

Lo miré fijamente, queriendo arrancarle la cabeza, y cada minuto que pasaba imaginando a todos esos hombres mirando a la chica nueva me enfurecía. Sólo porque pensaba que era demasiado pura para exponerse así.

Nadie merecía pasar por aquello, sobre todo cuando era evidente que no quería.

Alejandro me devolvió la mirada y yo me bebí el whisky de un trago.

— *¿Pasa algo, Patrón?*

— Nada. — Pero la sensación que experimentaba era que en cualquier momento me atacaría un enemigo. Que estaba perdiendo una batalla e incluso mi respiración se aceleraba por la ansiedad.

Las luces se apagaron y sólo se encendieron algunos puntos en las esquinas, mientras un foco iluminaba la escalera.

— Parece que el espectáculo está a punto de empezar -comentó Alejandro emocionado.

— Hola, señores de Barichara —empezó Alba, utilizando un micrófono y hablando al pie de las escaleras que conducían al gran salón — Veo que la noticia se ha extendido. — Los ricos ancianos rieron y yo di un sorbo a mi bebida, irritado y sin poder disimularlo ante Alejandro, que me miraba fijamente.

— *¿Corremos algún riesgo que yo desconozca, Patrón?* — Moví la cabeza negativamente y prestamos atención a Alba.

— *¿Están preparados para la belleza que he encontrado?*

Varios de ellos gritaron que sí, en voz alta y excitados, y yo resoplé ante su idiotez.

La dueña de la mansión soltó alguna tontería más en la que vendía a la chica como si fuera un producto

— Ahora les presento nuestra atracción de la noche, a disposición del caballero más generoso dispuesto a disfrutar de su belleza virgen.

Pronto la chica de antes empezó a bajar las escaleras, con un vestido blanco largo y transparente, arrastrándose escaleras arriba. Se podía ver la lencería que llevaba debajo y su cuerpo curvilíneo.

— *¿Pero qué coño...?* — siseé con rabia y di un generoso sorbo al whisky.

— *¡Qué chica!* — A Alejandro se le caía la baba, al igual que a todos los hombres

presentes.

Una rabia incontrolable por la situación bullía en mi interior y ni siquiera podía entenderla, así que volví a mirar a la chica que estaba de pie al pie de la escalera, claramente incómoda e inquieta.

Bajó la mirada, avergonzada de mirar a nadie, y estaba claro que no quería estar allí.

— Vamos a empezar un lechón, a partir de mil por hora con nuestra Luz.

¿Luz? ¿Ese sería su nombre?

— *¡Cinco mil!* — Alguien gritó.

— Muy bien, veo que te hace ilusión el premio. — Alba sonrió como si la cara se le fuera a partir por la mitad.

— *Siete mil quinientos.*

Miré a la chica completamente molesto y sin poder pensar más en mis actos, di un manotazo en la mesa y grité:

— *¡Cien mil! Pagaré cien mil por ella.*



Luz

Capítulo ocho

Sólo quería salir de allí.

Mi pecho, constreñido por el escote de mi vestido blanco, subía y bajaba con mi respiración irregular.

Recordé el momento en que le pregunté a Alba qué pasaría si me rendía, y lo único que hizo fue arrancarme el útero con la mirada.

— *No pasará nada, porque mi establecimiento... digamos que no puedo exigirte algún documento que demuestre que tienes que cumplir tu palabra, pero una vez que empiece la subasta, espero que cierres el trato con quien pujan por ti. No quiero avergonzar a mis clientes y... tampoco será bonito para ti si eso sucede. Te aseguro que no quieres a Alba Calderón como enemiga.*

La amenaza de la mujer, a la que no le quedaba nada de dulzura, me asustaba cada vez que pensaba en salir corriendo de aquella casa.

Prácticamente me devoraban las miradas de los hombres ricos de Barichara. Muchos de ellos estaban casados y, si no me equivocaba, reconocí entre ellos al alcalde.

En mi mente rezaba para que Nuestra Señora de Chiquinquirá me ayudara a encontrar una salida y que no tuviera que vivir el momento final de esa subasta o que me rindiera y así llevar a Alba Calderón como enemiga.

Antes de bajar al salón, oí que muchas de las chicas me decían que tenía un aspecto sexy y angelical, la auténtica mezcla de ángel y demonio, y yo sólo quería sentirme más yo misma, una mujer normal de diecinueve años.

Empezaron las ofertas para comprar mi virginidad y lo único que podía pensar era en lo que me había metido. Estaba a punto de salir corriendo, pero por otro lado, si volvía a la calle, acabarían abusando de mí de todas formas y ni siquiera ganaría dinero con ello.

Necesitaba ser fría y práctica.

Era sólo mi cuerpo, mi carácter permanecía intacto. Solo sería esa vez y luego cogería el

dinero e intentaría empezar de nuevo en otro sitio.

Santa Madre, ayúdame a superar todo esto.

— ¡Cien mil! Pagaré cien mil por ella.

Inmediatamente levanté la mirada para encarar al loco que estaba dispuesto a pagar tanto dinero por una hora conmigo, y para mi sorpresa era el de antes. El que me despidió, el mafioso Andrés Maldonado.

— ¿Cien mil? — preguntó Alba con incredulidad, pero con una sonrisa.

Sin responder, vi que el hombre alto, que llamaba la atención, era mirado por todos los presentes y se dirigió a la escalera donde estábamos, se colocó a mi lado y su perfume invadió mis fosas nasales. Miré fijamente sus ojos decididos, que huían de los míos, y repitió el precio a la mujer que me lo vendía:

— Sí, cien mil.

Antes de que Alba pudiera hablarme de él, otro hombre al fondo de la sala le gritó.

— *Ciento cincuenta mil por ella.*

Andrés miró inmediatamente en dirección a la voz y su rostro adoptó un semblante airado del que cualquiera con una pizca de sentido común habría huido despavorido.

— ¡Qué alegría! — Alba pareció ver la olla de oro que decían tener al final del arco iris.
— La subasta continúa.

El hombre sonrió desde la mesa en la distancia, levantó su copa en un brindis y Andrés, a mi lado, pareció resoplar.

— ¡No! — exclamó con decisión. — Ella es mía. ¡Un millón! Pagaré un millón.

Había un gran murmullo en la sala, Alba ni pestañeaba y, aunque parecía imposible, estaba claro que esperaba más. ¿Quién iba a tener más que Andrés Maldonado en aquella ciudad? Nadie.

— ¿Alguien paga más? — preguntó Alba, a lo que siguió un largo silencio. — Te voy a dar una... — Me sentí como un cerdito. — Te doy dos... — Siguió un silencio absoluto. — Te doy tres. — Nadie se movió. — Es tuya, Andrés.

Alba sonreía, mientras el mafioso, aunque victorioso, permanecía serio, hasta que por fin me miró a los ojos y dijo con intensidad:

— Eres mía.

Le miré fijamente sin decir nada, pero un escalofrío recorrió mi cuerpo y experimenté una sensación desconocida para mí hasta entonces.

— Arriba. Ve y disfruta de tu premio, Maldonado. Es sólo una hora con tu virgen, luego estará libre para disfrutar de la velada con otros.

Vi que el hombre tragaba en seco, que sus ojos se despegaban de los míos y echaban chispas de lo que aún parecía rabia, y no pude leer sus emociones ni comprenderlo.

¿No debería estar contento de haber conseguido lo que quería?

Quizá le entristeciera pagar una suma tan elevada por una hora con una mujer.

— ¿Vamos? — preguntó con su voz gruesa. Extendió la mano hacia mí para que entrelazara nuestros dedos, y así lo hice.

Temblé y sudé frío, pero lo conseguí.

Quizá mis ojos muy abiertos y mi respiración acelerada también indicaban lo asustada que estaba de todo.

Bajo la atenta mirada de todos, subimos las escaleras, peldaño a peldaño, y el corazón se me quería salir por la boca.

La pregunta de por qué me había desairado antes para comprarme en ese momento seguía martilleando en el fondo de mi mente.

Pensé que tal vez quería presumir de mucho dinero pagando una fortuna por una hora con una mujer... una hora... sólo una hora y tendría que volver al salón para que me vendieran de

nuevo, como ropa vieja en una tienda de segunda mano.

A cada paso, y luego cada paso hacia el dormitorio, me sentía asfixiada. Recorrimos aquel largo pasillo lleno de puertas, que parecían cerrarse a mi alrededor a cada paso que daba, aún cogida de la mano del hombre que sería mi verdugo.

Cuando llegamos a la puerta, la abrí y, sin mirarle con la mano, le hice un gesto para que entrara, pero el gángster hizo lo mismo y yo entré. Sin embargo, me cogió por sorpresa el momento en que cerró rápidamente la puerta, me tiró del brazo y me apretó contra él con su cuerpo.

Unos segundos con sus ojos en los míos y sin preguntar, pegó nuestros labios. Sorprendiéndome a mí misma, no me eché atrás y dejé que su lengua explorara mi boca con avidez. No porque hubiera pagado por una hora conmigo, sino porque extrañamente ansiaba su beso.

Su cuerpo grande y fuerte me sujetó contra la puerta y sentí que el corazón me latía igual de rápido que cuando habíamos entrado en el dormitorio, sólo que esta vez era diferente... aquel beso fue la sensación más intensa y diferente a todo lo que había experimentado en mi vida.

Con un mordisco en mi labio inferior, puso fin al beso y su boca me supo a alcohol. Abrí los ojos y me encontré con su mirada encendida. Andrés me soltó inmediatamente.

— ¡Joder!

Me acosté y no sabía cómo actuar, mi cuerpo ardía con una mezcla de miedo y excitación. Había besado a uno o dos chicos cuando estaba en el colegio, pero nunca había sido así.

No pude mirarle a la cara y me limité a escuchar sus maldiciones, aunque no sabía por qué se había detenido y estaba maldiciendo cuando había pagado por mí y, según lo que Alba había ordenado, podía hacer lo que quisiera conmigo, explorar todos los agujeros de mi cuerpo. Mi boca no era nada teniendo en cuenta donde podía meterla.

Mirando en su dirección, vi que Andrés miraba a su alrededor como si estuviera analizándolo todo y preguntó con voz gruesa, casi haciéndome dar un respingo de miedo y

volver la mirada hacia abajo:

— Puedes respirar, no voy a hacerte daño ni a tocarte... otra vez. ¿Alguien te pega aquí?

Levanté la cara para mirarle, sin entender su pregunta.

— No — respondí temerosa.

— ¿Y el moratón en la comisura de los labios?

Tragué saliva.

— Fue hace dos noches, antes de llegar aquí, quiero decir... después de escaparme de aquí.

Empezó a dar vueltas por la habitación como si estuviera pensando qué hacer, pero se me quedó mirando.

— ¿Por qué querías huir?

El vestido me oprimía el pecho y respiraba deprisa, por el miedo a cada segundo que se avecinaba y el beso.

— No quería... eso.

— ¿Y por qué decidió volver?

— No tenía elección.

— Siempre podemos elegir.

— A mí no. — Le miré con rabia, porque él, con su superioridad mafiosa, no tenía ni idea de lo que pasa una chica sola por la noche.

Nos miramos fijamente durante unos segundos.

— I... ¿Qué quieres que haga? Como sabes, nunca lo he hecho. — Me sentía tímido, pero sólo quería acabar de una vez.

— Hablemos primero. — Parecía analizarme. — No te tocaré a menos que me lo pidas. Hago honor a mi palabra.

Por increíble que parezca, el miedo empezaba a pasar, aunque la ansiedad por la situación continuaba.

— Sólo tienes unos minutos. Para alguien que pagó un millón por una hora conmigo. Deberías querer aprovechar al máximo cada centavo.

Se rio desdeñosamente.

— Un millón es casi nada para mí.

Se acercó a mí con pasos lentos y levantó mi cara a escasos centímetros de la suya. Mi corazón volvió a latir con fuerza.

— ¿Lo quieres?

Mi pecho subía y bajaba.

— Sí.

He dicho que no.

— Responde sinceramente, ¿quieres esto, pequeña Cristal?

Respiré hondo.

— No. — Se me escapó una lágrima y me tembló la barbilla.

Me dejó ir.

— Eso pensaba. — Se acercó a la ventana que daba a la calle y contempló la noche. — Dime qué querías si no estuvieras aquí. ¿Cuál era tu plan?

Me enjuagué las lágrimas con poca delicadeza.

— Antes de que mi vida diera un giro, mi plan... bueno, no tenía muchos aparte de seguir vivo, pero pensaba buscar trabajo en una finca cafetera.

Asintió y me sentí tonta por un plan tan pequeño.

— ¿Dónde vivía?

— En la calle.

Me miró fijamente como si me hubiera aparecido un tercer ojo en la frente.

— ¿En la calle?

— Sí... — Me tragué el miedo a abrirme, pero inexplicablemente me encontré hablando.
— Desde los diecisiete años, cuando quedé huérfana.

Me analizó y no pude leer su expresión, luego se paseó por la habitación como si estuviera pensando en un plan.

Mis manos habían dejado de temblar y le estaba analizando. Realmente era muy guapo. Le vi pasarse las manos por el pelo como en una batalla.

— Tengo una granja de café. ¿Te gustaría trabajar conmigo?

— ¿Yo? ¿Trabajando para el cártel?

Le vi fruncir el ceño y abrir mucho los brazos.

— ¿De verdad vas a juzgarme?

— Lo siento. — Miré hacia abajo y tenía razón.

— No trabajarás para el cártel, sino para mí, recogiendo café.

Estoy seguro de que pudo ver mi expresión de alivio. Andrés Maldonado podría ser la salvación que le pedí a la Virgen. Sin embargo, mi momento de alegría cesó de inmediato.

— No puedo. Alba... Ella dejó claro que no podía rendirme... No puedo darle este daño o... la tendré como enemiga. Su amenaza fue clara.

El hombre que tenía delante sonrió.

— Si no obtengo mi premio, la subasta no era válida y por lo tanto no tengo que pagar. Alba no te hará nada si estás bajo mi protección, aunque te amenace. Nadie en Barichara ni en Colombia se atreverá a hacerte nada.

Le miré con desconfianza.

— ¿Por qué me defiendes así?

— Aún no lo sé. — Se acercó dos pasos a mí. — Pero desde que te vi tirada en el suelo cuando casi te atropellan, siento que tengo que protegerte.

— No tengo nada que darte a cambio.

— No te estoy pidiendo nada, Cristal.

Tragué saliva y le sostuve la mirada sin decir nada.

— ¿Por qué me llamas así?

— Porque me pareces delicada y preciosa. — Esbozó una sonrisa seductora y percibí algo bueno en aquel hombre, aunque sabía que no lo era.

No sabía en qué me estaba metiendo, pero su oferta sonaba mucho mejor que lo que tenía en aquella casa tan grande.

— Dijiste que mantienes tu palabra. Si voy contigo, ¿nuestro acuerdo no incluirá sexo?

— No a menos que lo pidas. — Sonrió y sentí vergüenza.

— ¿Tenemos un trato? — Extendí la mano hacia quien podía ser mi salvación o mi perdición, pero quería sellarlo con su palabra.

— Trato. — Aceptó mi saludo y su contacto me produjo un escalofrío.

Decidí vivir día a día, como siempre había hecho en la calle, salvo que en ese momento contaba con la protección del *dueño del miedo*, el jefe del cártel de Los Maldonados. Tenía un acuerdo con el mafioso.



Andrés

Capítulo nueve

— Baja la voz — pedí con calma después de oír cómo Alba se enfurecía al darse cuenta de que no iba a pagar el importe de la subasta.

— ¡Me estás robando! Esa puta que se hace pasar por santa me engañó y negoció directamente contigo, ¿es eso?

— No. No he recibido mi premio y no voy a pagar. — Sonreí con picardía, porque no tenía nada que temer.

Alba hizo una fortuna con los cadáveres de esas mujeres y yo no tuve nada que ver, incluso contribuí, pero en ese caso, con Luz, estaba utilizando la falta de oportunidades de una chica inocente.

No tenía muchos escrúpulos, pero esto era demasiado incluso para mí.

— Luego bajaré Luz y volveré a subastarla.

— No, ella viene conmigo.

— No puedes...

Perdiendo la paciencia, agarré a Alba por el cuello y la hice callar, porque me estaba gritando, olvidando quién era yo.

— Puedo hacer lo que me dé la puta gana. Si digo que se viene conmigo, se viene conmigo. La chica no quiere esa vida y, además, yo le metería la polla y tú te quedarías con la mayor parte... ¿Quieres dinero? Véndete. — La eché y la mujer salió tambaleándose de la oficina, con la mano en el cuello.

— Si quieres pagarme el precio de la subasta, te dejaré que me metas la polla donde quieras.

Me reí de la audacia.

— Habría sido tu día feliz, pero no me va la necrofilia ni follar con momias. —

Meterme con su autoestima era hurgar en su herida y eso me gustaba.

— Esto no va a quedar así, Andrés. — amenazó Alba y tosió, sintiendo aún el efecto de mi mano alrededor de su cuello.

— ¿Me estás amenazando?

Resopló y se tragó su rabia. Sabía que no podía estar conmigo, aunque su mirada parecía silenciar algo que yo ignoraba.

— ¡Fuera de mi casa! ¡Fuera! — gritó.

Con una sonrisa victoriosa, me fui con Juan, Jesús, Alejandro y Luz, que tenía los ojos más asustados que he visto nunca.

Sólo quería protegerla y no entendía la obsesión que se había apoderado de mí desde el momento en que puse los ojos en aquella chica caída como si necesitara ayuda... y la necesitaba.

Me dirigí hacia mi coche y al notar que la chica tenía miedo de mis fieles, sobre todo de los gemelos que eran demasiado grandes a nuestro alrededor, le pedí a Alejandro que fuera en el otro jeep con ellos y yo conduciría el mío.

Luz llevaba una maltrecha mochila que había recogido en su habitación antes de que decidiéramos que realmente iba a marcharse conmigo. Estaba sucia y muy vieja, y me pregunté qué llevaría en ella.

Sin decir nada, la cogí del hombro y la llevé al coche. Ella no se opuso.

Abrí la puerta del vagón y sólo cuando la vi subir y acomodarse en el asiento que normalmente era mío o permanecía vacío cuando yo conducía me di cuenta de lo que había hecho. Me había peleado con Alba, que, aunque insignificante, tenía el contacto de muchos hombres que podrían enfrentarse cara a cara conmigo.

Cerré de golpe la puerta del coche y cogí el volante.

Mi semblante era serio y pensativo, tenía que extremar las precauciones, porque podía haberme puesto en el punto de mira en aquella disputa con los demás habituales y con Alba. Todo por una mujer que ni siquiera sabía si decía la verdad sobre su vida.

Dejé escapar un suspiro irritado, pulsé el botón del móvil y hablé con mi mano derecha por el altavoz.

— Atención, Alejandro, ojos abiertos. Después de esta noche, ya podemos estar bajo ataque.

— Sí, *Patrón*.

Colgué sin más dilación y me alejé en dirección a la granja.

— Lo siento, no quiero estorbar. — Oí la suave voz de la delicada mujer que estaba a mi lado romper el silencio, pero me callé, porque una vez pasado el calor del momento, me encontré arrepentido o confuso sobre las razones por las que me ponía en el punto de mira de aquella desconocida con cara de ángel.

Condujimos en silencio y sólo mis pensamientos hacían ruido en mi cabeza. Me preguntaba cómo en un día había vivido todo lo que había vivido ese día.

El sabor de su beso vino a mi mente para confundirme aún más y me hizo sentir algo más que la nada que había experimentado durante años. Sus labios suaves, sus pechos firmes contra los míos y mis manos apretando su cintura mientras devoraba su lengua con la mía.

Sentí que mi polla se despertaba.

— ¿Por qué eres amable conmigo? No tengo nada que ofrecerte.

— Te lo dije, no te estoy pidiendo nada.

— ¿Por qué?

— No lo sé. Porque quiero y suelo hacer lo que me da la gana sin tener que dar explicaciones a nadie. — Fui duro y ella permaneció en silencio.

Pasamos por la puerta de la granja y, al mirarla rápidamente, me di cuenta de que estaba atenta a todo, como si estuviera grabando la ruta por si necesitaba volver atrás. Yo tenía experiencia con esa mirada, ya había llevado a otras personas a un lugar oscuro, sólo que no tenían la ingenuidad de Luz.

Su vestido blanco, que mostraba más de lo que ocultaba, brillaba en la oscuridad del coche y me costaba mantener la vista en la carretera.

La sorprendí mirándome un par de veces por el camino y de nuevo en ese momento, lo que me hizo centrarme en el camino entre las palmeras que conducía a la mansión. Quería saber qué pasaba por su cabeza.

¿Cómo podía decidirse a confiar en el temido mafioso, al que Barichara pintaba como un demonio? Realmente no tenía elección.

Aparqué delante de la casa y salí del coche sin mirarla. Me di la vuelta, abrí la puerta y hablé en voz alta con Alejandro, que venía del coche de detrás.

— Consíguele una habitación en el albergue, aliméntala y mañana pídele a tu madre que le traiga algo de ropa y lo que necesite para trabajar en la cosecha. Vigila, Alba podría intentar algo y si eso ocurre tengo que enseñarle quién manda.

— Sí, Andrés, pero el alojamiento está lleno, no tenemos dónde meterla.

— Por ahora, mete una de las habitaciones dentro y lo arreglaremos mañana.

— ¿Tengo que vigilarla para que no se escape?

— No es una prisionera. Puede irse si lo desea.

Alejandro me hizo un gesto con la cabeza.

— Jesús y Juan, avisad a los demás de todo. Decidles que, si alguien amenaza a Luz, disparen a matar.

Sin más preámbulos, me di la vuelta y me dirigí a la casa. Aquel día era demasiado extraño y sólo quería que acabara de una vez por todas.



Luz

Capítulo diez

Miré su ancha espalda mientras subía las escaleras que conducían a la entrada de la vieja mansión. Barichara tenía muchas, pero la de la finca de Los Maldonados era muy hermosa incluso de noche.

Aún podía sentir sus palabras antes de marcharse, aunque dejó claro que yo era un sirviente de la granja, también me convertí en algo especial y protegido por él.

Por extraño que pudiera parecer, había desarrollado rápidamente un sentimiento parecido a la gratitud y el afecto hacia aquel hombre sombrío. Mientras me martirizaba para dejar de pensar en el beso.

Lo sentí como una necesidad, porque nadie me había protegido y defendido como él, pero aún podía sentir sus labios en los míos y deseé que al menos me hubiera dicho "buenas noches", "bienvenida" o algo dulce que indicara que no lamentaba haber comprado una pelea por mí.

Miré a los dos hombres grandes y barbudos que me miraban fijamente y al chico que esperaba que dijera algo, pero me limité a mirar en dirección a la puerta de la granja que acababa de pasar.

Me dirigí hacia allí intentando averiguar cómo volvería a la ciudad si lo necesitaba, no es que tuviera nada allí, pero para conseguir un ascensor y escapar de allí tenía que volver y arriesgarme a que Alba se vengara. Aunque no necesitara escapar, Andrés me había dejado claro que yo no era un prisionero.

— No le hagas caso y no tengas miedo. Aquí se trata bien a los trabajadores. No somos los monstruos que todos nos pintan.

— Gracias. — Es todo lo que he podido decir.

— Me llamo Alejandro. — Me tendió la mano y sonrió

— Luz. — Acepté su saludo.

Alejandro tenía probablemente mi edad y era muy guapo. Tenía el pelo largo, era fuerte

y tenía los ojos verdes.

— Vamos, te enseñaré dónde dormir.

Asentí y entramos en la casa, que estaba toda en una planta y tenía habitaciones grandes. El salón era enorme y estaba integrado con el comedor. Los muebles eran coloniales y las cortinas ligeras. Si no hubiera sido por los hombres armados que había alrededor, no habría nada que indicara que era la casa de un mafioso de la droga.

— ¿Creías que verías hileras de coca por toda la casa? ¿O cuerpos colgados y armas? Su cara de sorpresa lo delataba.

— ¡Ah! Sí, quiero decir que no. — Alejandro se rio y me cayó bien.

— No se preocupe, no es la primera persona que traigo aquí que no es de su misma procedencia.

— ¿Andrés suele hacer este tipo de cosas? Ya sabes... como me hizo a mí.

Se rio.

— No, al contrario, nunca se preocupa por nadie. Yo nací aquí, a veces siento que hasta duda de mí, pero contigo actuó diferente desde el primer minuto.

No podía negar que esta información me hacía sentir especial.

— Con el *Patrón*, las relaciones personales son siempre negocios. La única persona por la que muestra afecto es su *madre*. La obedece. Ella ha sido la cocinera aquí desde antes de que yo naciera.

Alejandro era hablador y simpático. Si me quedara allí, probablemente seríamos amigos.

-Vamos, tengo que enseñarte tu habitación pronto. Todavía tengo cosas que hacer.

— ¿Puedo empezar a trabajar mañana?

— Sí, la cosecha empieza temprano y le pediré a mi madre que te prepare para el primer día.

Fuimos por un pasillo donde me enseñó la cocina y luego otro pasillo que llevaba a varios dormitorios

— Toma. Duerme en esta. — Abrió la puerta. — La que está al final del pasillo es la del jefe. Suele dormir hasta tarde y te sugiero que te quedes en tu habitación y no hagas ruido. Odia que le molesten.

Asentí y pensé que odiaba todo.

Alejandro se despidió y me dejó solo en la habitación, que olía a sábanas limpias y a hogar. Como el resto de la mansión, estaba decorada con muebles de estilo colonial y tenía un cuarto de baño a mi disposición.

Hacía tiempo que no olía una casa limpia y nunca imaginé que después de años la olería dentro del cártel.

Respiré hondo y solté el aire.

Después de la montaña rusa que había sido mi vida en las últimas horas, pensé que era mejor el mal menor y que estaba a salvo. Y era increíble lo mucho más en paz que me sentía allí en minutos que en casa de Alba.

Me deshice del vestido blanco que aún llevaba y al mirarme en el espejo me alisé los labios, recordando el beso...

Su lengua en la mía y sus suaves labios apretando los míos con ansia. Era bueno.

Nunca me habían besado así, me pasé la adolescencia cuidando a mi madre enferma y luego, cuando tuve que vivir en la calle, no me quedó tiempo para romances y, aunque suene a locura, con el mafioso fue lo más cerca que había estado de sentir un escalofrío en el estómago por culpa de un hombre.

Recordé que Alejandro decía que con Andrés nada era gratis, sino que era siempre negocio.

Mi virginidad podría ser un negocio.

Inmediatamente pensé que era lo único que podía ofrecerle.

¿Por qué no?

Caminé por la habitación llevando sólo la lencería que Alba me había hecho llevar bajo el vestido transparente.

Ya no quería que mi virginidad fuera algo que pudieran usar en mi contra. Porque primero fue en la institución, luego con Alba. Pensé que en realidad sonaba como un problema que necesitaba resolver.

Andrés era el único que no quería abusar de mí y si con él todo era negocio, yo tenía la idea de pagar mi rescate con lo único en mí que me daba cuenta que tenía valor.

Saldaría mi deuda con el mafioso y me desharía de algo de lo que Alba podría sacar provecho si volvía a atraparme. No podía dejar que el destino decidiera. Yo elegiría qué hacer con mi cuerpo.

Respiré hondo y actué como una mujer de negocios, me ofrecí al mafioso y sería una forma de mantener nuestro acuerdo de asilo y protección.

Me miré en el espejo del cuarto de baño y, mientras analizaba mi reflejo, decidí que la lencería que llevaba, que él y todos los demás en el salón ya habían visto, tenía que impactarle para que me deseara.

Estaba desnuda. Sin absolutamente nada puesto.

Tenía las manos frías, pero no era miedo, sino excitación por lo que estaba a punto de hacer.

No podía salir así de la habitación, así que cogí la sábana de la cama, me la eché sobre los hombros y, sin pensarlo mucho, me dirigí a la última puerta del pasillo.

A diferencia de la subasta, no sentí miedo, sino una mezcla de ansiedad y quizás... deseo.

Caminé deprisa, avergonzada por haber sido sorprendida semidesnuda por alguien, pero todas las habitaciones parecían estar en absoluto silencio. Me concentré en la luz que brillaba a través del hueco entre la puerta y el suelo y me fui.

A medida que me acercaba, volví a respirar hondo y tuve la certeza de que quería acabar de una vez por todas, como yo quería, siendo yo la que dijera que había llegado el momento y no otra persona la que decidiera por mí.

Dejé escapar un suspiro con los ojos cerrados y llamé ligeramente a la puerta.

Sin dejar de mirar la luz bajo la puerta, noté que la sombra se oscurecía, indicando que alguien se acercaba, hasta que la puerta se desbloqueó y contestó un Andrés descamisado.

Aunque parecía unos años mayor que yo, era guapo. Lo que facilitó mi plan. Su fuerte pecho me dejó sin aliento. Los tatuajes cubrían sus brazos y bajaban hasta sus manos y los pantalones le colgaban por debajo de la cintura, dejando al descubierto su marcado oblicuo.

Como habían dicho las mujeres de la mansión, era muy perfecto.

Me miró de arriba abajo, claramente no entendía qué hacía yo allí y cuando volvió a mirarme, levantó una ceja como preguntándome qué quería. Su semblante era serio, ya había visto muchas mujeres desnudas y una más no le impresionaría.

— Tengo una propuesta para ti.

Andrés abrió la puerta en silencio y me hizo un gesto para que entrara.

Pasé junto a él y, aunque estaba nerviosa por mi decisión, no pude evitar fijarme en lo lujosa que era su habitación. Tenía una cama enorme, un cómodo sofá y daba al jardín con una puerta de cristal oscuro, que gracias al cielo estaba cerrada. Esperaba que nadie me viera.

Armándome de valor, me giré hacia él y dejé caer la sábana.

— Quiero darte mi virginidad en agradecimiento.



Luz

Capítulo once

Vi cuando tragó saliva y su mirada recorrió mi cuerpo, esta vez completamente expuesto. No cerré los ojos y mantuve la barbilla alta, mirándole sin inmutarme.

Analicé su reacción y al principio no parecía saber qué hacer, pero tras unos segundos de indecisión, finalmente dio un paso y se acercó a la mesa con una bandeja de cristal y una botella de whisky.

— Cúbrete.

— No. Quiero que me hagas mujer de una vez por todas.

— No puedo.

— ¿Por qué no? Yo quiero y tú dijiste que lo haces con mujeres que quieren.

— Eres pura y no quiero ser responsable de destruir eso.

Le vi bajarse la bebida de un trago y mantenerse de espaldas. Atrevida, o incluso enfadada, me acerqué a él y le cogí la mano, colocándola sobre mi pecho desnudo.

— Quiero que me folles como si estuvieras enamorado, que me uses para tu propio placer y que me recibas como pago por lo que has hecho por mí, para que me des la oportunidad de usar mi cuerpo para algo que yo quiera y que yo haya decidido, antes de que alguien me lo arrebatase.

Quitó la mano de mi pecho, como si no le afectara.

— No soy de los que se enamoran o follan así.

Me acerqué, porque me sentía decidida.

— Bien, entonces fóllame como lo harías con una de las chicas de Alba.

Utilicé todo el lenguaje soez que pude para convencerle de que no era puro.

— Luz...

Me miró y apreté mis labios contra los suyos.

— No te lo tomes demasiado en serio. Es sólo un pago. No es mucho, pero qué tengo, aparte de mi gratitud y el deseo de... ser tuya.

No mentí. Lo deseaba.

Su respiración era tan rápida como la mía.

— Por favor — volví a pedir.

Le vi respirar hondo y con un rápido movimiento me apretó contra el cristal que daba al jardín. Con su cuerpo junto al mío, lo sentí duro y caliente.

— No sabe lo que me pide, señorita.

— Ya no soy una niña. De hecho, eso es lo que quiero dejar de ser.

Me llevó las manos al cuello y luego me pasó el pulgar bruscamente por los labios, mientras yo le miraba con intensidad.

— Si lo hago, ¿no te enamorarás de mí mañana?

— No. Sin ataduras, sólo un pago de gratitud. — Yo sonreí y él no. Quizás esperaba que me enamorara.

Apretó sus labios contra los míos y me besó suavemente. Volvió a saber a whisky cuando nuestras lenguas se tocaron y todo mi cuerpo se estremeció.

Andrés me pasó las manos por los costados del cuerpo, bajó hasta el culo y, cuando llegó a mis piernas, las separó y me subió a su regazo, sin dejar de sujetarme contra el cristal.

Me sentí bien.

Me llevó hasta la cama y me tumbó en ella, apartándose para mirarme.

— Así que, si eso es lo que quieres, lo haré por ti. Aceptaré tu pago, pero no será rápido.

Su mirada recorrió mi cuerpo con deseo.

— Estoy a tu disposición y utiliza tu pago como quieras. Solo recuerda que no tengo experiencia, así que, si quieres que haga algo, tendrás que pedírmelo y enseñarme.

Por primera vez le vi reír de verdad.

— Voy a dictar todo aquí y disfrutar de mi cristal.

— Tal vez no soy tan frágil como el cristal.

Empezó a desabrocharse los pantalones.

— El diamante es un cristal, y es el material más duro de la naturaleza.

Pensé en sonreír, pero me inquietaron sus gestos.

Le vi quitarse los pantalones y sus muslos eran torneados y fuertes. Sólo llevaba los pantalones, admiré su cuerpo y era todo lo varonil que podía ser. Tenía unas cuantas cicatrices que se confundían con los dibujos y arañazos negros de sus tatuajes.

El bulto de sus pantalones me hizo suspirar, imaginando que realmente iba a hacerlo. Andrés se acercó con cara de hambre y se detuvo a centímetros de mí.

— Aún podemos parar antes de que destruya tu inocencia.

— No quiero conservar mi inocencia. — Me levanté y me acerqué, poniendo la mano sobre el duro bulto que latía bajo la tela y apreté mi boca contra la suya en un casto beso. — Acaba con esto, mafioso, tan pronto como puedas.

— Te he dicho que no será rápido y que te gustará.

Pasó la mano por mi cuerpo desnudo y su mirada brilló. Deslizó lentamente sus dedos por mis pechos y mi vientre y llegó a la parte intacta de la que realmente quería que se deshiciera. Odiaba las experiencias nuevas, todas las que había tenido no habían sido buenas.

— ¿Por qué esa mirada de miedo?

— Las nuevas experiencias me dan miedo, las que he tenido no han sido muy buenas, siempre han acabado conmigo en peligro y prefiero que sea rápido.

Se rio, apoyó su cuerpo en el mío y se inclinó hacia un lado con su fuerte brazo alrededor de mi cabeza.

— Conmigo, siempre estarás a salvo. — Un escalofrío recorrió mi cuerpo. — ¿Confías en mí? — Me miró y sus ojos se clavaron en los míos, transmitiéndome confianza.

Moví la cabeza afirmativamente.

— ¿Nadie te ha tocado nunca? — Moví la cabeza negativamente como si me hubiera ido de la lengua. Bajó su mano hasta mi zona íntima sin apartar sus ojos de los míos. — Así que, jovencita, tengo que hacerlo bien y, a diferencia de los demás, hacer que esta experiencia sea inolvidable en el buen sentido.

Jadeaba y no podía hablar, sólo sentir. Sus dedos entraron en mi abertura e instintivamente cerré los ojos.

— Mírame — me pidió, y le miré fijamente. Sus ojos ardían. — Abre las piernas. — Hice lo que me pedía y él puso su muslo sobre el mío para mantenerme agarrada y me pasó el brazo por debajo del cuello, acercándose y atrayéndome hacia él de un modo posesivo.

— Antes de que hagas lo que me has pedido, te mostraré lo bueno que puede ser sólo con mis caricias —me susurró al oído con su voz gruesa, y se me pusieron los pelos de punta.

No podía hablar, me encontraba completamente involucrada con cada caricia y anhelaba sus siguientes pasos.

Su dedo corazón entraba y salía de mi abertura y yo gemía.

Sabía por mis lecciones sobre el cuerpo humano que éste era el punto sensible del cuerpo femenino, pero el mío nunca había sido explorado.

Poco a poco volvió y frotó de nuevo, lo que me hizo cerrar los ojos y disfrutar de la sensación.

Me parecía mal que lo estuviera disfrutando, se suponía que era un pago y que debía

complacerle, pero no podía negar que me encontraba disfrutando y deseando más.

Abrí las piernas y escuché su respiración en mi oído, mientras sus hábiles dedos me daban placer. Nunca me habían tocado así, pero ansiaba más y más esa buena sensación y el deseo me estaba quemando.

Apreté su brazo que descansaba sobre mi cuerpo.

— No pares— supliqué sin poder controlarlo.

— No lo haré. Voy a mostrarte lo bueno que puede ser.

Sentí su miembro duro contra mi cadera y saber que me estaba dando placer me produjo cierta satisfacción.

Mi cuerpo empezó a calentarse y algo surgió en mi interior, creciendo y apoderándose de mí. Me sentí bien, seguida de un deseo de que siguiera acariciándome, y moví las caderas contra su mano, que no dejaba de moverse de un lado a otro.

Apreté los ojos y dejé escapar un gemido. Pronto la sensación que iba creciendo se apoderó de mí y temblores involuntarios se apoderaron de mi cuerpo, me calentaron y fue delicioso.

Andrés me estrechó contra su cuerpo mientras observaba mis reacciones. Me cogió la boca y me besó.

Con un rápido movimiento, se quitó los pantalones, liberando su gran y duro pene, que, aún en medio del éxtasis, logré pensar que era en ese momento cuando todo sucedería.

Se puso el condón y volvió a tumbarse encima de mí.

— ¿Seguro que quieres esto, Cristal?

— Ahora más que nunca.

Vi cuando soltó un suspiro, como si lo estuviera conteniendo para no soltarlo, separó mis piernas y con un movimiento de vaivén, sin sujetar su pene, lo posicionó en mi abertura.

Me sentí bien y mis ojos se clavaron en los suyos, que transmitían deseo y determinación.

— Estás muy mojada. ¿Has tenido alguna vez un orgasmo? — Moví la cabeza negativamente. — ¿Ni siquiera con una amiga del colegio?

— No tuve tiempo para eso. Tú también serás el primero en hacerlo. Aunque sólo me sirviera a mí, es parte del pago.

— Te aseguro que verte estremecerte de placer en mis brazos fue un excelente ajuste de cuentas.

Sentí que la cabeza de su pene tocaba mi abertura y me di cuenta de que iba a entrar lentamente, pero yo no quería, prefería que entrara de golpe, así que rodeé su cintura con mi pierna y tiré de él hacia mí.

— No tengas piedad, mafioso. Usa tu mala reputación conmigo y acaba de una vez.

Andrés prácticamente resopló y con un rápido movimiento sentí que me llenaba y cerré los ojos de dolor. Era como si su polla hubiera desgarrado algo en mí. En realidad, así fue.

Bajé las piernas y respiré hondo. Él me miraba, aún dentro de mí, probablemente para que me acostumbrara a la invasión de su pene.

— Chica, no es fácil para mí ver tus expresiones de deseo y ahora de dolor.

— Le pido disculpas porque su pago no ha sido agradable.

— Al contrario, no es fácil, porque estoy a punto de correrme como un adolescente que tiene su primera experiencia sexual.

Aunque me estaba acostumbrando al dolor, mis labios se curvaron en una sonrisa.

— ¿Qué quieres que haga para satisfacerte?

— Ni siquiera hemos empezado y ya me siento satisfecho.

Levanté las caderas para indicar que podía moverme. El dolor inicial estaba remitiendo

y tuve que confesar que aquel hombre fuerte y guapo con su voz gruesa que hablaba sobre mí me estaba dando placer.

Lentamente, como si tuviera miedo de hacerme daño y ni siquiera pareciera el mafioso despiadado del que siempre había oído hablar, Andrés entraba y salía.

Hice una mueca de dolor y, como para desviar mi atención de lo que pudiera estar molestándome, me tomó la boca, su lengua se movió con firmeza en busca de la mía, mientras sus manos se enredaban en mi pelo y tiraban de mi cara hacia él.

Al mismo tiempo me empujó, haciéndome olvidar el dolor y abrirme a él, abriendo las piernas para recibirle y moviendo las caderas contra las suyas.

Llegó un momento en que ya ni siquiera sentía dolor, sólo ansiaba sentir lo que él me había hecho experimentar con sus dedos y con cada empujón que daba hacia mí, su cuerpo rozaba mi punto sensible y yo ansiaba más.

Era mi primera vez, pero Andrés tenía experiencia en cómo llevar a una mujer al placer y sus manos, su lengua y todo lo demás trabajaron para que mi cuerpo se rindiera de nuevo, y no tardó en hacerlo.

Perdida en espasmos, me liberé y vi a Andrés hacer lo mismo. Sentí como el condón me llenaba de su líquido y él gemía en mi oído. Un gemido ronco y lleno de placer.

¡Ya está! Ya no era pura ni casta.

Había perdido la virginidad con el mafioso más temido de Barichara y, por increíble que parezca, me gustaba.



Andrés

Capítulo doce

Me desperté en mitad de la noche, miré a mi alrededor y no vi ni rastro de ella en mi habitación. Luz se había marchado en plena noche.

Mejor así, no tendría que soltarle el discurso de que es sólo una vez y decirle que no se deje llevar y espere más.

Me tumbé boca arriba y me quedé mirando al techo durante unos minutos, reviviendo el sexo con la virgen que había salvado de las garras de Alba. Fue realmente bueno.

Aunque no tenía experiencia, verla temblar entre mis brazos era delicioso, y la erección que sentía era inexplicable. Sin embargo, sólo sería esa vez. No la había sacado de la prostitución para eso.

Pensé que con eso había reservado mi lugar en el infierno para siempre. Ella era pura y yo la había corrompido, pero en mi defensa, sólo hice lo que me pidió. Quería pagarme y acepté, y al final ella también disfrutó de la experiencia.

Si la idea de aquella chica era entregarse a mí y utilizarme para ganarse bien la vida en el cártel, se equivocaba. Yo no era filántropo y aún me encontraba dudando de si ayudarla había sido una idea. De hecho, ni siquiera entendía qué había en ella que me hizo hacer lo que hice.

Estuve dando vueltas en la cama durante unas horas hasta que volví a dormirme después de revivir mucho los momentos con Luz.

Al día siguiente me levanté para solucionar los problemas que estaban surgiendo en el cartel y, cuando me dirigía a la mesa del café, me detuve un segundo en el pasillo, frente a la habitación de la chica.

— Ni se te ocurra. — oí la voz de mi cocinera, que olvidó que yo era el jefe del cártel y acabó tratándome como a su hijo.

— ¿No pensar en qué, Lupe?

— Lo que sea que pensabas hacer. Ni siquiera está allí. Se despertó alrededor de las cinco y está en la cosecha.

Junté las cejas, admirando la prisa con la que empezó el trabajo. No se anduvo con rodeos ni utilizó nuestra velada para sacarme alguna prebenda.

— No pienso en nada. — Fui a la cocina.

— Te conozco como si fueras mi propio hijo. ¿Por qué ayudaste a la chica? Alejandro me contó cómo sucedió todo.

— No lo sé, sólo ayudé. — Lupe caminaba detrás de mí.

— Parece una buena chica, no le hagas daño.

— No hago daño a quien no se lo merece.

— Esa no es la clase de maldad de la que hablo, Maldonado.

Sonreí y omití mencionar que esa noche me había portado muy mal con Luz.

Me tomé un café y salí de la mansión para ver cómo trataban a nuestro prisionero. Por lo que vi en , estaba pagando cada minuto de ira que pasé a su lado.

— ¡Buenos días, *Patrón*! — me saludó Alejandro. — He estado en contacto con nuestro informante en Salento y podemos hacerle una visita a tu primo cuando quieras.

Asentí con la cabeza.

— Para el fin de semana. Arreglémoslo cuanto antes, no quiero que ese estiércol se quede aquí mucho tiempo y contamine mi granja.

— Ten por seguro que Juan y Jesús no te abandonarán ni un minuto. — Sonrió con satisfacción.

Sonó mi móvil y eran unos aliados de México. Tuve que ir a la oficina y me pasé el día allí, resolviendo problemas que surgían como agua en una mina.

Por la tarde, cuando terminé de solucionar los problemas que habían surgido, salí de nuevo tras Alejandro, que estaba apagando los fuegos de la granja y lo que surgiera.

— ¿Todo bien por aquí? — pregunté mientras me acercaba a Juan, Jesús y Alejandro, que estaban fuera de la casa de piedra.

— Sí, todo va bien.

Asentí con la cabeza e inicié una conversación con mi mano derecha sobre cómo se estaba produciendo y exportando nuestro café. Sonreí ante la información de que los sacos llenos de cocaína estaban saliendo con éxito de Colombia, haciéndome tan rico y poderoso como me gustaba ser.

— También estamos ganando en café. La cosecha es preciosa este año. — Alejandro parecía entusiasmado.

— Vamos allí, quiero echar un vistazo. — Me di cuenta de que le sorprendía mi interés por los granos, apenas me interesaba el café y sólo mantenía las plantas produciendo calidad porque era el mejor disfraz que se me ocurría.

— ¿Vas a la plantación de café?

— Sí, ¿eres sordo?

— Estaba sorprendido. — Levantó las manos en señal de rendición y continuamos.

Caminé por la finca en medio de los pasillos de cafetos y mi mirada recorrió el espacio donde los trabajadores estaban cosechando. La mayoría eran mujeres y me di cuenta de que me tenían miedo, pues apenas me miraban.

Por mucho que intentara actuar con naturalidad, sabía a quién buscaba.

Me aparté de Alejandro y caminé un poco más entre los cafetos. Entonces la vi.

Llevaba ropa vieja, botas de agua y sombrero. Instintivamente me acerqué a ella.

— Veo que aprendes rápido. — Cuando oyó mi voz, se sobresaltó un poco al reconocerla.

— Sí. — No me miró y siguió haciendo su trabajo sin inmutarse.

No sabía qué esperar, quizá era yo el iluso que imaginaba que la chica se arrojaría a mis pies al día siguiente de perder la virginidad, pero parecía tan inquebrantable y desafiante como siempre. Esto me llamó inmediatamente la atención.

— ¿Te sientes bien?

— Sí. — Seguía sin mirarme, estaba picoteando sus granos de café y me estaba poniendo de los nervios.

— Mírame. — Me miró y parecía... no sentir nada.

A nuestro alrededor recibimos unas cuantas miradas curiosas y me pareció extraña esa sensación, era como si deseara que estuviera enamorada de mí como yo le pedía que no lo estuviera y como siempre ocurría con las mujeres con las que follaba, pero no, simplemente no mostraba ningún sentimiento.

— ¡Nos hemos quedado sin agua! — *gritó* uno de los recolectores mientras levantaba el bidón y otro dijo que también se había quedado sin agua.

Vi que Alejandro quería cogerlo, pero le interrumpí.

— Ya voy. Luz, ven conmigo. — Ella me miró sin reaccionar. — Venga, chica, ponte el bidón detrás y ven conmigo.

Hizo lo que le pedí y caminamos en silencio hasta el albergue para recogerlo.

¿Por qué me molestó tanto su falta de sentimientos?

Cuando llegamos al fregadero con varios grifos, dejé los dos bidones y los abrí para que el agua se llenara, mientras miraba fijamente a Luz, que miraba a su alrededor, aparentemente evitando mi presencia.

Como era un mimado y no me gustaba aquel desprecio, tiré de ella hacia mí y la inmovilicé contra una pared donde nadie pudiera vernos. Le levanté la cara con la mano en el cuello, como para ahorcarla, y la obligué a mirarme.

— ¿Por qué no me miras?

Su mirada fue de mis ojos a mi boca, como si me pidiera un beso.

— Intento ser invisible y no molestarte con mi presencia.

— No es eso.

— ¿Qué otra cosa podría ser?

— ¡Malcriada!

Me alejé de ella.

— ¿No es eso lo que pediste? No quiero nada de ti excepto trabajar en tu granja y tener paz.

— ¿Por qué?

— Por qué, ¿qué?

— Finges que no me quieres.

Se encogió de hombros.

— Pero no te quiero. — ¡Que *me jodan*!

Me acerqué de nuevo a ella y acerqué mi boca a sus suaves labios y, como no hubo negativa, deslicé mi lengua dentro de su boca, apretando mi cuerpo contra el suyo.

No me reconocía, nunca me había visto interesado por una mujer así después de una sola noche.

¿Por qué?

Me pregunté por qué me hacía sentir esa opresión en el pecho con su negativa y pensé que tal vez era yo quien se había enamorado tan rápido de la virgen inexperta.

Como sorprendido, me separé de ella.

¡Yo no era así!

— ¡Joder! — Me froté la cara con rabia. — Teníamos un acuerdo y no debería haber hecho esto contra su voluntad.

Me miró sin aliento, pero se separó de la pared, cerró los grifos y recogió los dos litros de agua.

Antes de irse, me miró fijamente.

— ¿Y quién dijo que era contra mi voluntad?

Dejándome como un idiota, se apresuró a volver a la cosecha y yo me quedé mirando cómo se metía con mi psique de esa manera.

Hacía años que no me sentía así y controlaba mis emociones, hasta que apareció Luz y con su aire afrentoso e inocente, bastó un solo día para llamarme en todos los sentidos y hacerme perder la cabeza.

Después de todo, ¿no era eso lo que quería? ¿Sentimientos para calentar mi frío corazón?

¡No! Prefiero mantenerme bajo control.



Andrés

Capítulo trece

No volví al cafetal. Después de besar a Luz, me encerré en el despacho y me ahogué en whisky.

Mi corazón se aceleraba cada vez que pensaba en ella y me frotaba la cara para intentar volver en mí.

Me preguntaba por qué y la respuesta nunca llegaba.

Había tratado con muchas mujeres, siempre había querido sentirla y siempre había sido sólo sexo. Llegué a pensar que estaba desprovisto de buenos sentimientos y que mi vida estaría siempre llena de odio, venganza y búsqueda de poder.

Cuando lo sentí... no sabía si era algo bueno o algo que me pondría a prueba.

No es que ya sintiera amor por Luz, no era eso, pero desarrolló un interés por mí que nunca había experimentado y pensé que era por su mirada de desprecio.

Todas las mujeres me adoraban, ¿por qué ella no?

Llevaba una mezcla de odio y gratitud que yo no podía entender.

Cayó la noche y en mi habitación recordé la mirada intrépida de tus ojos cuando me ofreciste tu virginidad. ¡Joder! Aquella mujer había aparecido para quitarme la paz.

La deseaba de nuevo, pero no podía obligarla a nada.

Salí de mi habitación lleno de rabia y marché por el pasillo, deteniéndome frente a la puerta de la habitación en la que sabía que ella estaba. Aún no habíamos encontrado un lugar en el alojamiento, así que una noche más ella estaría allí, cerca y tentándome.

Maldita sea la vez que se cruzó en mi camino.

Alcancé el pomo de la puerta, pero me detuve.

¿Qué estaba haciendo?

Volví a mi habitación y bebí tanto que me desmayé para no hacer locuras.

Me desperté con la cabeza martilleándome, ni siquiera sabía qué hora era, y al pasar por delante de la puerta de su habitación para tomar café, maldije.

Me tomé un café sin comer nada y escuché a Lupe decir un montón de tonterías que no tuve paciencia para escuchar. A menudo se olvidaba de quién era yo y pensaba que estaba tratando con una ama de casa, que quería hablar de problemas domésticos.

Tuve que aferrarme al respeto que le tenía para no gritar: *¡Joder, Lupe!*

A Alejandro le hacía gracia cada vez que me veía en esa situación.

Pasé la tarde en medio de un revuelo de problemas y, cuando decidí salir de la oficina, el primer lugar que me vino a la mente fue la plantación de café.

— ¿Vas a ir allí otra vez? — preguntó Alejandro con las cejas arqueadas por la sorpresa.

— ¿Hay algún problema con que me pasee por mi granja, *Cabrón?*

— No, en absoluto, es sólo que nunca vas a la plantación de café y fuiste dos días seguidos.

— ¿Vas a ocuparte de mi vida o puedo decidir yo qué hacer con ella?

— Lo siento. — Parecía que estabas perdiendo la cabeza al interrogarme así.

Caminaba entre los cafetos y mis ojos no dejaban de buscar a una sola persona. Estaba claro que me había enamorado de ella y no iba a seguir negándolo.

En sólo dos días esa chica me tenía en sus manos y yo ansiaba su presencia.

Era intenso con todo, y cuando me enamoraba de una mujer no era diferente.

— Buenas tardes — dije al acercarme.

— Bien. — No levantó los ojos para mirarme y siguió hurgando en el cafeto en busca de los granos más rojos.

— ¿Cómo te va en el trabajo?

Desde la distancia, Alejandro charlaba con otros trabajadores, lo que nos daba un poco de intimidad, aunque ver al jefe de Los Maldonados entre ellos no era algo a lo que no prestaran atención.

— Bien.

¿Por qué no me miraba?

¿Era un plan para ponerme las manos encima?

Porque si ese era el caso, estaba funcionando. Su falta de interés causó mi deseo.

Estaba a punto de prolongar la conversación, pero presté atención a Alejandro al teléfono, que hablaba animadamente y no tardó en acercarse a nosotros.

— *Patrón*, tenemos un problema en la casa de piedra. — Miró a Luz, sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

¿Qué coño? ¿Le estaba sonriendo?

— OK, vamos. Vámonos.

Me sentí irritado. No estaba acostumbrado a que me rechazaran y aquella insolente chica no sería la primera en tratarme así. Tendría que cambiar. Y no me acercaría más.

— Ya podemos dar por terminado el día — gritó Alejandro a los trabajadores. — Luz, te he preparado una habitación en el albergue. Mi madre te la enseñará — asintió y sonrió.

— Gracias, Alejandro.

Sonrió varias veces a Alejandro...

— ¡Que te jodan! — Grité por lo bajo.

— ¿Qué, *Patrón*?

— Nada de nada. ¡Vamos!

Sin volver a mirarla, me aparté de ella y Alejandro y yo nos dirigimos hacia la sede de la granja.

¿Por qué demonios me importaba? Necesitaba una distracción para olvidar a esa maldita chica y lo que sacaba de mí.

— Organizar una fiesta esta noche. Prepara bandeja paisa^[15] para estas personas, y pon a todo volumen. Quiero divertirme. Bailarinas también. Lo mejor — pedí de la nada.

— ¿Hoy?

— Sí. ¿Eres sordo?

— Pero es tarde y voy a...

— ¡Callate! Si tuviera que organizarlo yo, no te tendría a ti.

Lo dejé atrás y me dirigí hacia la mansión, pero él caminó rápidamente detrás de mí y me alcanzó.

— ¿Alguna razón especial?

— ¿Y necesito una razón para algo? Lo quiero y punto.

Me dirigí a la casa de piedra, dejando atrás a Alejandro, desesperado al teléfono organizando lo que le había pedido, mientras gritaba a todos los trabajadores que hoy íbamos a celebrar una fiesta en el albergue.

Sonreí escuetamente, divertido por la desesperación del chico.

Seguí caminando, pero antes de llegar más lejos, mi mirada se cruzó con la de Luz, que parecía observarme con curiosidad, pero la ignoré. Parecía observarme con curiosidad, pero la ignoré. Todavía estaba analizando si llevarla a la granja había sido una buena idea.

En la casa de piedra, vi a Juan de pie fuera con la pistola en la mano y el rostro serio.

— ¿Qué ha pasado?

— Intentó huir.

— Lo desaté para ir al baño, y en un segundo de distracción se coló por la puerta, pero lo atrapamos.

Resoplé ante el tonto error de mis hombres de confianza y entré en la sala hecha de grandes piedras una sobre otra, que antes había sido donde guardábamos las máquinas, pero se había convertido en el lugar donde me vengaba de mis enemigos.

Las herramientas seguían colgadas de las paredes, pero se utilizaban para otros fines, como lo que yo iba a hacer en ese momento.

— Miguel, creo que no entiendes tu papel aquí.

El bastardo escupió en mi dirección.

— Lo sé, el hombre que va a morir y no quiero esperar a eso.

Me reí y moví la cabeza afirmativamente.

— Pero lo harás... al menos hasta que vuelva de Salento y vea lo que has estado haciendo allí.

— No he dicho nada— gritó y me agaché cerca de él.

— Tráeme los alicates, Juan. — Miré fijamente a los ojos de mi prisionero, que, en contra de lo que pensaba, no mostraban miedo, sino afrenta.

— Vamos, toma lo que quieras. He terminado. ¿Quieres saberlo? Puedes matarme, pero no te diré nada.

Me reí y mis ojos indicaron sin duda que no estaba bromeando. Cogí los alicates que me entregó mi aliado y los acerqué al dedo índice del gilipollas que tenía delante. Inmediatamente vi el miedo en sus ojos.

— Así es como me gusta. Soy *el padrino del miedo*. — Acerqué el alicate a su uña y vi que la respiración del cabrón se aceleraba. — No te metas con un Maldonado, cabrón. — Tiré y él rugió, pero el grito que me llamó la atención fue uno que venía de fuera.

Cuando miré hacia la puerta, Luz me miraba desde allí, con la mano sobre la boca y cara de horror.



Luz

Capítulo catorce

Estaba temblando y corrí hacia el albergue.

¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota!

Era un idiota, ¿por qué había ido tras él?

Tenía curiosidad por saber qué pasaba en la vida de aquel hombre oscuro y, como soy una fisgona, pude comprobarlo por mí mismo.

Era cruel y aunque lo fuera, lo que me asustaba era que me veía igual o peor que él. Me gustaba lo que veía. El grito fue involuntario, pero el hombre sentado frente a Andrés era uno de los que casi me violan la noche que hui de la mansión.

¿Y si Andrés me asesina?

No es que pudiera esconderme, pero caminé deprisa hacia la cabaña, que estaba lejos de la casa principal y me pregunté qué me haría el mafioso cuando me pillara.

¿Me arrancaría las uña por fisgonear?

Di gracias al cielo cuando atravesé la verja que cerraba la parte del dormitorio. No es que estuviera protegida allí, pero al menos pensé que no me mataría delante de todo el personal.

El lugar estaba bien organizado, yo llegué antes para recoger las herramientas de trabajo. Había un patio en el centro y las habitaciones de los trabajadores estaban alrededor.

Había muchas habitaciones, baños, una cocina y una oficina donde se pesaba todo el café que cada recolector había recogido ese día.

Todos parecían muy entusiasmados con la fiesta que Andrés dijo que iba a dar por la noche. Tenía entendido que solía hacer eso a veces.

— ¿No vas a ducharte y a prepararte para la fiesta, Luz? — Alejandro apareció a mi lado, tecleando algo en su móvil y yo di un respingo ante su repentina llegada, lo que le hizo mirarme y sonreír.

— ¡Ah! Sí... lo haré. — Tragué en seco el nudo de miedo que me cerraba la garganta.

— ¿Hay algún problema?

— É... — Pensé en decírselo, de todas formas, lo sabría, pero acabé dejando que Andrés me dijera que me mataría por curiosa. — No.

— ¿Has encontrado ya tu habitación? — Moví la cabeza negativamente, porque él no sabía que había estado husmeando en vez de hablar con su madre como me había dicho. — Celesteee —le gritó a una chica que estaba a unos metros-. — Enséñame dónde se aloja Luz. — La chica sonrió y me llamó.

— Gracias.

— Espero que te pongas bien. Mi madre ha empaquetado algo de ropa y objetos personales para ti. Está todo ahí. Si necesitas algo, llámame.

Sonreía y era un tipo apuesto.

— Gracias de nuevo.

— Ahora descansa y prepárate, porque dentro de unas horas tendremos baile y mucha comida.

Me dirigí hacia Celeste, que me saludó con una sonrisa. No tenía más de treinta años, pelo ondulado, piel oscura y ojos grandes y redondos. Era muy guapa, aunque en aquel momento llevaba puesta su ropa de trabajo, que nos daba un aspecto horrible.

— Bienvenida. El trabajo es duro, pero la paga es justa.

— Es todo lo que necesito.

— Seremos compañeros de piso.

Sonreí y me gustó Celeste.

— Estupendo. Me alegro de que seas tú.

La habitación era sencilla, pero limpia y más de lo que había tenido en años. Había una cama, una cómoda para cada uno y un espejo colgado en la pared.

— Esta es tu cama y Lupe ha puesto aquí algunas cosas para ti. — Señaló la cómoda. — Si necesitas algo, dímelo y veré si puedo arreglarlo. Tenemos una habitación al lado del comedor con televisión.

— Muchas gracias. Muchas gracias.

— Ahora preparémonos para la fiesta.

Sonreí y abrí uno de los cajones de la cómoda que Celeste dijo que era mía. Encontré ropa interior y algunas prendas, toallas, sábanas y había desodorante, jabón, champú e incluso algo de perfume en la cómoda.

— ¡Ah! Nos pagan por semanas, no sé si te lo han dicho, así que pronto tendrás tu sueldo para comprarte tus cosas.

— Estupendo.

Celeste se fue a ducharse, yo empaqueté las cosas que iba a necesitar y luego volví. Había varios lavabos en el mismo espacio, lo que agilizó el proceso.

Cuando salí de la ducha, ya había caído la noche y miré a mi alrededor, todavía muerta de miedo de que en cualquier momento apareciera Andrés, me agarrara del pelo y me arrancara también la uña, pero al mismo tiempo pensé que no le haría eso a la mujer que se había llevado anoche a la cama.

Bueno, en realidad, fui yo quien se lo llevó.

Después del sexo salí de su habitación andando tras darme cuenta de que estaba dormido, no quería darle mucha importancia a lo que había pasado, aunque mi corazón se aceleraba sólo con mirarle.

Andrés, a pesar de que las circunstancias no eran favorables, había sido dulce y hasta delicado conmigo y la idea de entregarme como pago había sido el mejor pensamiento que había tenido en los últimos tiempos. Al menos en mi mente no le debía nada. Aparte de acabar con el interés de los hombres por las vírgenes.

Recordé la noche que hui de la mansión de Alba, a aquellos hombres intentando violarme, y sentí un escalofrío. Inmediatamente mi lado oscuro deseó que Andrés acabara de una vez por todas con aquel *hijo de puta al* que torturaba en la clandestinidad.

Con el pelo mojado y ya oliendo a gente, volví al dormitorio. Había sido un trabajo duro, pero creía que podría soportarlo y, de hecho, había disfrutado preparando el café.

El patio estaba vacío, probablemente todo el mundo se estaba preparando para la fiesta de más tarde, una fiesta a la que no sabía si me apetecía ir. Sólo quería descansar del trabajo del día.

Entre mis pensamientos me dirigí al dormitorio y antes de que pudiera pensar, me cogieron por sorpresa y di un grito ahogado al verme presionada contra la pared.

— ¿Creías que ibas a meterte donde no te llamaban y ya está?

Abrí mucho los ojos cuando vi la cara de Andrés muy cerca de la mía y su brazo apoyado en la pared, cerca de mi cara.

— No... Yo...

De un brusco tirón y agarrándome firmemente del brazo, Andrés me arrastró hasta una habitación que servía de especie de almacén para los sacos de café. Abrió de un tirón la puerta de hierro que se deslizaba sobre una barandilla y me empujó al interior sin ninguna delicadeza, cerrándola después.

Le miré con miedo, preguntándome qué me haría.

— ¿Con quién crees que estás tratando? — No contesté y mi pecho subía y bajaba jadeando.

— Lo siento, ni siquiera sé por qué...

— ¡Cállate! — Me encogí ante su grito.

De nuevo me cogió del brazo, me arrastró hasta varias bolsas de café y me apretó contra ellas.

— ¿Qué crees que estás haciendo? ¿Crees que soy una especie de buen samaritano que te ha traído aquí por caridad y puedes irte por donde quieras?

Moví la cabeza negativamente.

— Aquí sólo eres una criada y la puta que he devorado a cambio de gratitud. No vagas libremente donde no te quieren, ¿entiendes?

Me enfrenté a él y el miedo fue dejando paso a la ira.

— Entendido.

— No me mires así, Cristal, o podría romperte.

Me estaba amenazando y aunque estaba muerta de miedo, no podía dejar que me humillara. Me miraba tan fijamente, pero aunque sabía que era el mafioso más temido de Barichara, tenía que responder, aunque me matara de una vez por todas y acabara con el calvario que era mi vida.

Me liberé de su agarre y, con la barbilla en alto, hice lo que me dijo que no hiciera.

— Rómpeme, mátame de una vez por todas o tortúrame, pero no aceptaré que me ofendan ni vivir con miedo constante. Prefiero la muerte.

Estaba a punto de dirigirme a la puerta, pero él tiró de mí.

— Realmente no tienes miedo al peligro, ¿verdad, chica?

— Ya te he dicho que no tengo nada que perder.

Nuestras respiraciones eran jadeantes y sentí que le estaba tocando de alguna manera, aunque sólo fuera de rabia.

Con un rápido movimiento Andrés sacó su pistola y me la puso en la cara, pero yo no bajé la mirada.

— No sé por qué no debería matarte ahora mismo. — Su voz estaba llena de sentimientos, no podía descifrar si eran buenos o malos, pero aunque intenté mantenerme tan

desapasionada como me pedía, tan cerca de su apuesto rostro, fue difícil mantener mi postura de desinterés, incluso cuando me amenazó con una pistola.

Al parecer, me interesaba el peligro.

— La verdad es que todavía estoy tratando de entender por qué te traje aquí.

Sus ojos recorrieron mi cara, se dirigieron a mi boca y nuestras respiraciones se aceleraron. Nos miramos fijamente durante unos segundos y su cercanía hizo que mi cuerpo se calentara.

Me puso la pistola en la cara y mi pecho bullía de adrenalina.

Su cara estaba tan cerca y tan disponible que, sin pensarlo, incluso entre maldiciones y amenazas, con cara de loca, rompí la distancia que nos separaba y le besé.

Me gustaba tomarle el pelo y vivir prácticamente a vueltas, corriendo el riesgo de que me disparara una bala en la cabeza, pero como si mi beso fuera más rentable que matarme, Andrés dejó la pistola sobre las maletas, me agarró de las piernas y me subió a su regazo para tumbarme sobre ellas.

Apoyó su cuerpo sobre el mío y su mano se dirigió a mi nuca, acercándose con su lengua a cada espacio del mío.

Con un rápido movimiento se desabrochó los pantalones, sacó su miembro y me levantó el vestido. Sin delicadeza, me arrancó las bragas y me penetró de inmediato.

No se lo impedí, al contrario, lo ansiaba y desde el momento en que salí de su habitación al amanecer quise volver a ser tocada por él. Me sentía mal y ni siquiera comprendía los sentimientos de rabia y atracción que experimentaba hacia aquel magnífico gángster.

Mientras pasaba el día recogiendo café, llegué a pensar que sólo era gratitud, pero allí, bajo su tacto, me di cuenta de que era más que eso y me encontré completamente envuelta por aquel hombre malvado, de modo que ni siquiera haberle visto torturar a alguien y tratarme como si nada me había prohibido besarle como una adolescente emocionada.

Sentí su polla deslizarse dentro de mí y cerré los ojos para recibirla. A diferencia de la noche anterior, no sentí dolor y sólo placer.

Con una mano en cada muslo, me acercó, me abrió las piernas y buscó su pistola, pero ni siquiera eso me asustó.

— Te gusta mucho el peligro, ¿verdad, Cristal?

— Eso parece — murmuré entre el placer de sus embestidas.

— Y parece que me gusta verte en ella. — Con sus dedos Andrés abrió mi zona íntima y masajé mi clítoris con el cañón de la pistola.

Gemí y levanté el cuerpo en un movimiento involuntario. Abrí los ojos para mirarle y sonrió satisfecho.

— Me vuelves loco, chica, y ni siquiera sé por qué. — La pistola me estaba volviendo loca y me encontraba en una mezcla de miedo al peligro, adrenalina y placer. — Tenía ganas de estrangularte y al mismo tiempo follarte hasta matarte.

— Podemos quedarnos con la segunda opción sólo por diversión — logré decir entre gemidos.

Empecé a sentir calor en la cara y el movimiento del objeto en mi punto más sensible, mientras me llenaba, me hizo sentir en el cielo.

Hace un día ni siquiera sabía lo que era ser rellenada por un hombre, pero Andrés era tan bueno en lo que hacía que sólo quería saber más de esas sensaciones y de lo que podía darme.

— No sabes lo que me estás proponiendo. — Frotó ligeramente la pistola unas cuantas veces más y yo me estremecí, derritiéndome sobre su polla y corriéndome deliciosamente.

Andrés guardó la pistola, recostó su cuerpo sobre el mío y enredó sus dedos en mi pelo aún húmedo.

— Si eso es lo que quieres, podemos divertirnos... sin ataduras.

— Quiero hacerlo. Sin ataduras. Sólo placer. Quiero que me muestres lo bueno que puede ser.

No pensaba con claridad y sólo me dejaba llevar por lo que sentía en ese momento,

incluso había olvidado lo que había presenciado y quién era él.

Empujándome sin ninguna delicadeza, Andrés siguió dándome placer y mostrándome lo buena que podía ser la vida, al margen de lo malo.

Nos corrimos juntos y le oí gemir en mi oído con su voz gruesa. Su perfume estaba en mi cuerpo y los dos respirábamos rápido.

Cuando todo terminó, me sacó, recogió mis bragas rotas del suelo y las deslizó sobre mi vagina, completamente mojada por su semen, limpiándose y mirándose fijamente la abertura con cara seria e intencionada.

— Estás preciosa marcada por mí. — Su tacto era delicado y a nuestro alrededor olía a sexo y café.

Cuando terminó, se metió las bragas en el bolsillo y sonrió.

— Déjame deshacerme de ellas y te daré unas nuevas más tarde.

Asentí, me levanté en silencio, me bajé el vestido y, cuando el fuego se hubo apagado, me sentí avergonzada.

Con otro empujón contra las bolsas, Andrés me inmovilizó y, con las manos en mi culo desnudo, habló mirándome directamente a los ojos:

— Eso es todo lo que será. Sexo. Sin ataduras. Y no creas que eso te da derecho a fisgonear o te hace especial aquí — Asentí.

— Yo digo lo mismo. — Juntó las cejas como si no entendiera mi respuesta y continué: — Soy libre de hacer lo que quiera, sin dueño.

Vi su cara de cerca.

¿Qué quería, un trato en el que él quedara libre y yo prisionero?

— De acuerdo — respondió con el ceño fruncido.

— En cuanto al hombre...

— Así soy yo, no voy a parar si eso es lo que vas a decir.

— Iba a decirte que sacaras las otras uñas también —le interrumpí y me di cuenta de que le había sorprendido — Cuando me escapé de casa de Alba la primera noche, el moratón de la cara me lo hizo él y otra persona. La única razón por la que no fue peor fue porque hui.

Los ojos de Andrés cambiaron y vi la furia. Se dio la vuelta y la fría turba se apoderó de él, haciendo desaparecer al hombre sexy de minutos.

— ¿Había alguien más con él?

— Sí, eran dos. Estaba con otro hombre.

Le vi asentir.

— Sal y prepárate para la fiesta. — Me espantó como si fuera una mosca y empecé a salir del lugar. — Luz. — Me volví hacia él. — Recuerda, sólo sexo. Aquí sólo eres una trabajadora. No te metas donde no te llaman o mi pistola no se usará por placer.

Su voz era tan gélida y malvada que tuve miedo.



Luz

Capítulo quince

Salí del cobertizo caminando a paso rápido de vuelta al aseo y di gracias al cielo porque el patio siguiera vacío. A lo lejos vi llegar a dos hombres con sillas y a otros con instrumentos.

Me limpié, quitándome el olor a sexo y la marca que me había dejado Andrés, y luego prácticamente corrí hacia mi dormitorio, que estaba cerca, y respiré hondo al entrar en él.

— Te tomaste tu tiempo.

— Sí... había una rana cerca del retrete.

— ¿Una rana? — Juntó las cejas y pensé que era ridícula mi excusa.

— Sí, tengo miedo y esperaré a que se alejara de un salto. — Se rio.

Me alisé el vestido floreado hasta la rodilla que llevaba y sin poder evitarlo, recordé a Andrés levantándomelo y penetrándome tras romperme las bragas. Tuve que coger otro del cajón y buscar la manera de ponérmelo sin que Celeste se diera cuenta.

Me arreglé y me solté el pelo. Usé los perfumes que Lupe me había dejado y Celeste me ofreció un pintalabios rojo.

— No creo que me vea bien.

— Claro que sí, eres preciosa y realzará aún más tu belleza.

Acepté y, cuando me lo metí en la boca, parecía una fresa. Pensé en quitármelo inmediatamente, pero me contuve y decidí que ese sería el marcador de que era una mujer nueva.

— No sé si estoy de humor para una fiesta. Me siento muy cansada. — Se echó a reír.

— Te entiendo. El primer día siempre es malo, pero tienes que ir. Yo estoy emocionada por ver a Andrés. Está tan... bueno y guapo. Voy a rezar para que baile conmigo.

Sentí una punzada de celos y ganas de marcar mi territorio cuando la oí hablar así de mi mafioso, pero guardé silencio y me recordé que no era mío y que yo sólo era un criado de la

granja con la promesa de que entre nosotros sólo habría sexo.

Me encontré deseando todo lo que podía hacerme. Había disfrutado de la experiencia y el sexo con el gángster era mi pasatiempo favorito en esta nueva vida.

Una vez lista, me tumbé un rato a esperar que empezara la fiesta y, sin poder controlarlo, acabé quedándome dormida por el cansancio.

Me desperté un rato después, con la habitación a oscuras y escuchando la música que venía de fuera.

Sonaba una animada cumbia y aún más voces me invitaban a ir a esta fiesta sin motivo.

El delicioso olor de la comida, probablemente bien condimentada y sabrosa, reafirmó la llamada, haciendo que mi estómago rugiera de hambre.

Me levanté y, tras mirarme en el espejo para asegurarme de que no se me había corrido el carmín, seguía intacto. Finalmente, me puse las bragas y las sandalias y salí de la habitación.

Me escabullí por los rincones para no ser el centro de atención y me acerqué a Celeste, que parecía muy contenta, bailando y observando al grupo que tocaba y animaba la fiesta, junto con las bailarinas, que llevaban muy poca ropa, pero eran guapas y muy atractivas. A todos los hombres de alrededor se les caía la baba.

— No pensé que vendrías a divertirme.

— No pude evitarlo, el ruido de la música me despertó. — Sonreí.

— Ve a comer. La bandeja *paisa* esta deliciosa.

Le dije que volvería pronto y me acerqué a donde alguien servía platos de comida típica colombiana que me encantaban. Me recordaba a mi madre.

Me senté en un rincón más escondido, comí e incluso tomé un sorbo de cachaca para animarme. No bebía nada y me limitaba al zumo, pero al convertirme en mujer, sentí que necesitaba probar cosas diferentes para crecer.

Cuando algunos de los empleados de la granja pasaron entusiasmados sirviendo la

cachaça, me tomé dos chupitos que se fueron al garete.

Hice una mueca y se rieron. Sintiéndome muy fuerte, pedí una más.

Con el cuerpo caliente por el alcohol, volví al lugar donde había dejado a Celeste, pero ya no estaba allí.

Me senté en un rincón apartado, disfrutando de la música, que era *reggaeton* del cantante Feid. Y empecé a moverme discretamente al ritmo de la música.

Mi visión periférica empezó a brillar con estrellitas que me marearon y sonreí.

¿Tendría mi primera noche de copas?

Mi sonrisa se detuvo cuando miré al otro lado del patio, donde vi a Andrés sentado y a Celeste en su regazo.

Me tragué los celos que inmediatamente me golpearon como un puñetazo.

A nadie parecía importarle la escena, era como si fuera normal que ligara con sus empleadas. Por supuesto, era un cabrón guapísimo, todas le daban a elegir por un minuto de placer. Y sabía que era bueno haciendo feliz al sexo femenino.

Respiré hondo para intentar controlar mis emociones y me maldije mentalmente por sentir tanto al verle con otra mujer.

Me miró y levantó el vaso de algo que estaba bebiendo, como en un brindis, con una sonrisa de suficiencia que pensé que hacía para tomarme el pelo.

Sólo podía ser el alcohol.

Era joven, pero siempre me controlaron.

¡A la mierda el control!

Era Andrés Maldonado, no tenía por qué provocar a la pobre chica virgen a la que había salvado y follado... dos veces. Podía tener a cualquier mujer en cualquier momento y no me necesitaba. Como el acuerdo que hicimos, era sólo sexo sin ataduras.

— *Hola, ¿qué tal?* — Sonreí ante el saludo de Alejandro. Estaba guapo, llevaba una camisa negra de botones con una camiseta blanca debajo y vaqueros.

— *¡Bien!* Un poco borracha, pero bien. — Sonreía y su sonrisa era atractiva.

— Tus mejillas están rojas.

— Y mi visión un poco... nublada.

— ¿Bebes?

— No mucho. El único hábito que tengo en la vida es sufrir. — Me reí, pero él no.

— Lo siento.

— No te preocupes. Gracias a tu jefe, estoy a salvo.

Alejandro miró hacia donde estaba Andrés.

— Se está divirtiendo.

— Sí. — Apreté la mandíbula, no quería que me afectara, pero era demasiado tarde, ya lo estaba y el calor de mis mejillas era ira, no la bebida.

Aunque no quería presenciar la escena, fui más fuerte de lo que era y miré en dirección a Andrés, que sonreía a Celeste, le pasaba la mano por el muslo de forma íntima y le olfateaba el cuello en medio de su hermosa sonrisa, claramente disfrutando.

Incluso parecía hacerlo a propósito para provocarme. Un espectáculo.

Resoplé discretamente.

— ¿Te gusta bailar, Alejandro?

— Le meto un poco al *reggaeton*. *Mamá* bailaba conmigo de pequeño y yo aprendí.

Asentí y la canción que sonaba era *Hey mor*, de Ozuna y Feid. En el estribillo la letra decía:

...¿Pa qué te voy a mentir?

Ando con culo', pero pienso en ti.

Lo que hicimo' no lo quiero olvidar

Lo quiero repetir...

Como era atrevida, cogí a Alejandro de la mano y lo llevé al centro del patio, donde algunas parejas bailaban delante de la banda.

El ritmo de la música era sensual, al igual que el baile. Empecé a moverme primero discretamente, mientras Alejandro levantaba las manos a mi alrededor.

Dejé que la música mezclada con el alcohol que había bebido dictasen el ritmo de mi baile y lo que había empezado lento y tímido dio paso a una luz llena de sensualidad.

Me levanté un poco el vestido con las dos manos y me revolví contra Alejandro, que sonrió satisfecho. Me cogió de la mano, me hizo girar, se frotó contra mí y se portó bien.

Sabía bailar y, aunque hacía tiempo que no lo hacía, era algo que nunca se olvidaba.

Con mi cuerpo muy cerca del suyo, bailamos juntos, las mejillas apretadas y revolcándonos como en el *reggaeton*.

Sonreí emocionada, Alejandro era realmente bueno y casi me había hecho olvidar al mafioso de los gatos que se metía conmigo.

Me hizo girar y me acercó de nuevo, como si fuera a besarme, momento en el que oímos el sonido de unos disparos y cuando miramos en su dirección, era Andrés con la pistola en alto y mirándonos fijamente con la cara cubierta de rabia.



Andrés

Capítulo dieciséis

Yo no habría dejado que ese *tipo*^[16] se aferrara así a mi cristal.

Por mucho que quisiera mantener las cosas distantes, me encontraba atado, atrapado y completamente enamorado de aquella mujer, no había forma de escapar de ello, e incluso con otra hermosa mujer en mi regazo, no podía mantenerme lo suficientemente concentrado como para no darme cuenta de que Alejandro se estaba divirtiendo con lo que era mío.

Sentí hervir los celos y la idea de que otro hombre tocara a mi preciosa me hizo verlo todo rojo.

Alejandro ni siquiera se había quitado los pantalones y Luz le estaba dando cuerda. Inmediatamente pensé que tenían la misma edad. *¡Me cago en la puta!*

Había accedido a tener sexo sin ataduras con ella, pero no me imaginaba que esta chica de aspecto inocente se tomaría en serio el acuerdo y querría tener algo con un hombre que no fuera yo.

Su boca roja y su vestido floreado eran una mezcla de pureza y libertinaje que tantas veces había captado mi atención. Y me volvía loco.

Luz nunca hacía lo que yo esperaba y eso fue lo que me pilló tan desprevenido y me dejó a cuatro patas por ella, aunque me resistiera a admitirlo. A diferencia de todas las mujeres que lamían el suelo para que yo pasara, Luz hacía lo que yo quería.

Verla bailar tan sensual y con tantos hombres deseándola despertó el animal posesivo que llevaba dentro y necesitaba demostrar que era mía, quien quisiera tenerla tenía que saber que se enfrentaría a Andrés Maldonado como rival.

Sin pensarlo demasiado, aparté a la mujer de mi regazo, saqué mi pistola de la cintura y disparé tres tiros al aire, oyendo gritos, parando la música y poniendo fin a la fiesta.

Luz me miró asustada y sin importarme quién la miraba, me acerqué a ella, la cogí del brazo y la aparté de Alejandro.

— Ven conmigo.

— ¿Cómo? — Se deshizo de mi agarre y era seguro que no me iba a poner las cosas fáciles.

— Ven conmigo.

— ¡No voy a ir!

— Que vengas. — Todos nos miraron y no sólo estaba en juego mi voluntad, sino mi reputación de mal tipo.

Resopló y, sin dejar que siguiera quejándose, me agaché, la cogí por el muslo y me la eché al hombro como un cavernícola.

Gritó.

— Que siga la fiesta —grité para que todos me oyeran — Y si alguien más quiere acercarse a esta mujer, que se sienta libre, pero que sepa que es el cristal de Andrés Maldonado y que me tendrá como rival.

Vi a algunos de los míos sonriendo, a otros en estado de shock, pero nadie se atrevía a abrir la boca. Ni siquiera Alejandro.

Caminé con Luz a hombros de vuelta a la mansión y ella me dio un golpecito en la espalda, pidiéndome que la bajara.

Para llegar a mi casa desde el albergue, pasamos por una parte de la plantación de café y como sabía que allí nadie nos oiría si ella quería enfrentarse a mí y acabar con mi autoridad, la puse en el suelo.

— ¡No puedes hacer eso! — gritó, muy enfadada, y me hizo gracia su falta de tamaño y su enfado.

— Ni siquiera eres lo suficientemente grande para ser tan valiente, pareces un *pinscher*.

Resopló divertida y gritó:

— Puedes llevar la voz cantante en tu granja, pero no en todo.

— ¿No puedo? ¿Y quién dice lo que puede hacer el jefe del cártel de Los Maldonados?

— ¡A mí! ¿No eras tú el que decía que no se obliga a las mujeres a hacer lo que no quieren?

— Lo he dicho y lo volveré a decir, pero... — Di un paso hacia él y le olfateé el cuello, hablándole muy cerca del oído: — Sé que lo quieres. Vi cómo me mirabas cuando viste a otro en mi regazo.

Su rostro se enfureció aún más, como si recordara la escena, y se dio la vuelta para volver a la cabaña, dejándome solo. Inmediatamente la cogí del brazo, y la traje de vuelta.

— ¿Tienes algo con Alejandro?

— ¡Claro que no! Suéltame. — Volvió a soltarse y se dio la vuelta, pero yo tiré de ella.

— Tenemos que revisar los términos del acuerdo.

— ¿Qué condiciones?

— Sólo eres mía.

Se rio.

— ¿Mientras tú sigues con cualquiera? En absoluto.

Empezó a alejarse de nuevo y una vez más la acerqué, pero esta vez la besé.

Fue un beso intenso, lleno de sentimientos y posesión. Pasé mis manos por su cuerpo, llegando a sus caderas torneadas y deslizándome hasta su culo redondo cubierto por la fina tela de su vestido.

— No puedes hacer eso — repitió, pero su discurso fue suave y entregado. Sonreí mientras acunaba a la bestia en mis brazos.

— Vete entonces. Aléjate de mí si eso es lo que quieres. — Mi boca se pegó a la suya, pero al contrario de lo que le pedí, ella tiró de mí en un beso aún más caliente.

Su boca sabía a *agua*. Eso explicaba su bulto y su coraje. Esa mujer me volvió loco.

— ¿Te quedas o te vas? — pregunté.

— Me quedaré.

Sonreí satisfecho y, como animales, nos fuimos besando hasta el centro del cafetal. Mis manos recorrían su pequeño cuerpo y mi polla palpitaba dentro del pantalón, ansiosa por llenarla.

No sabía si dar las gracias a la Madre Santa por poner una luz en mi camino o pensar que su claridad era una penitencia.

Esa chica me agitaba y me desestabilizaba, se estaba convirtiendo en mi punto débil.

Un hombre de mi posición no podía tener un talón de Aquiles o sería vulnerable, susceptible de cometer errores y caídas, como la que había cometido antes, exponiéndome delante de los empleados por celos.

Necesitaba alejarme, porque estaba seguro de que nuestro acuerdo sexual sin ataduras no iba a funcionar. Podría tener ese tipo de acuerdo con cualquier mujer. Sin embargo, la sola idea de verla con otra persona hacía que mi lado posesivo gritara.

No podía parar y marcharme. Sólo quería más. Por primera vez me sentía algo más que cachondo, simplemente no estaba preparado para entender lo que era, pero mientras tanto actuaba de forma diferente a como lo había hecho siempre y pensaba en follármela.

Tumbé mi cuerpo sobre el suyo en la tierra y volví a arrancarle las bragas virginales que llevaba puestas.

— No podemos hacer eso aquí.

— Podemos hacer lo que queramos.

— Andrés, no... ¿y si hay una serpiente?

— Sí. — Cogí su mano y la llevé a mi dura polla, que estaba dura de deseo por ella, y Luz se rio en mi boca.

Acaricié su húmedo coño, haciendo que se olvidara de otras cosas y sólo pensara en nosotros dos.

Ella gimió y yo la besé, apretando las caderas para que pudiera sentir lo duro y preparado que estaba para ella.

— Andrés... — gimió mi nombre y tuve que usar mi autocontrol para no follármela como un animal.

— Dime... si quieres que pare, no te obligaré a nada.

— Hazlo de una vez por todas. Soy tuya. ¿No ves que me he entregado a ti?

Enredé mis dedos en su pelo y la obligué a mirarme.

— Ahora mismo no lo parecía.

— Al menos en ese momento lo estoy.

Sabía cómo tomarla del pelo.

— Te voy a coger aquí, Cristal. Te voy a marcar para que no olvides que ningún hombre entra donde ha estado Andrés Maldonado. Y entonces querrás ser mía en todo momento.

A lo lejos se oía la música y la gente se divertía, pero yo me divertía más allí. Volví a levantarle el vestido y la llené. Cerré los ojos, porque era como el paraíso.

Entré y salí despacio, mirándole fijamente a los ojos y pasando la mano por sus labios rojos como la fresa.

— ¿Qué hay de ti? Tú... necesitas decidir... lo que quieres, Mafioso.

— ¿Qué es lo que quiero?

Seguí empujando dentro de ella y fue delicioso.

— Sí.

— Te quiero a ti.

El aroma a café y tierra mojada embriagó nuestro momento de placer.

Le di la vuelta y se sentó sobre mi polla, Luz cabalgaba en busca de su placer y verla era delicioso.

— Diles que sólo serás mía.

Sus pechos se balanceaban bajo el vestido y yo quería dejarla desnuda para poder ver cada parte de su cuerpo.

— Lo soy. Sólo si tú también eres mío.

— ¿Y lo dudas?

— Sí... Celeste.

Deslicé las manos bajo su vestido y mientras ella hablaba y se revolvía le acaricié el pecho, apretando el duro pezón y haciéndola echar la cabeza hacia atrás, disfrutando de su placer.

— Sólo es una distracción. ¿Estás celosa, Cristal?

— Sí, no voy a mentir y si me quieres en exclusiva tendrás que exclusivo también.

Sonreí y tuve que contenerme para no correrme cuando ella se apoyó en mi pecho, se levantó sobre sus rodillas y se deslizó por mi polla hasta casi salirse.

— Dime que seré el único.

— Sólo serás tú.

Se sentó y rodó de nuevo, haciéndome gemir de placer. Aquella chica sabía lo que quería y eso me atraía.

Le di la vuelta y la penetré con toda la excitación y frustración que me provocaba. Ella se burlaba de mí en todos los sentidos y era perfecto cómo siempre nos entendíamos completamente.

— Y serás sólo mía. — Empujé fuerte con cada palabra y sus gemidos llenaron el silencio de la noche.

— Sí.

Me estremecí y el sonido de nuestros cuerpos chocando fue música para mis oídos.

Nos corrimos juntos y dejé mi cuerpo encima del suyo, jadeando. Salí de ella y sólo una cosa estaba segura en mi mente.

Nuestro acuerdo duró horas y un nuevo trato estaba en mi mente.

Me levanté, me vestí y levanté la mano para ayudarla a levantarse.

— Quiero proponerle un nuevo trato. — La cogí por la cintura y la acerqué a mí, sintiendo aún el aire apretado en el pecho, o también podría ser el sentimiento por ella.

— Sí.

— Ven a la mansión conmigo.

— ¿Qué significa esto?

— Que quiero una relación. Sólo sé mía.

— ¿Relación?

— Sí, algo más exclusivo.

Sonrió.

— No sé si es una buena idea. El alojamiento es mejor para el trabajo.

— No vas a trabajar más. Quédate conmigo, tengo un plan mejor para los dos que permanecer separados.

— ¿Por qué?

— ¿No lo tienes claro, Cristal?

— En absoluto.

Me acerqué rápidamente a ella y volví a estrecharla entre mis brazos.

— Me enamoré de ti.

Mi corazón se aceleraba al declararme, Luz no parecía creerme y por unos segundos me di cuenta de que había perdido la voz.

— No falta mucho para que eso sea cierto.

— Nunca ha sido tan cierto como cuando te vi por primera vez. Decírtelo me hace vulnerable.

— He sido vulnerable desde que casi me atropellas.

— Una señal de que es mejor no separarse. Juntos somos más fuertes.

Me reí y ella me plantó un casto beso en los labios.

— De acuerdo, tenemos un nuevo acuerdo, pero en pocas horas juntos hemos tenido sexo varias veces. En el nuevo acuerdo quiero mantener la media.

— He creado un monstruo.

— Sí, realmente disfrutaba de mi nuevo deporte: el sexo con el mafioso. — Sonreí y tiré de ella para darle un beso.

Me sentí victorioso. Había doblado a la bestia, aunque me costara exponerme a los empleados, gastar unas cuantas balas, tener sexo en medio del cafetal como un bicho y abrirme sentimentalmente.



Luz

Capítulo diecisiete

Me vi de nuevo en su habitación.

Le observé dar un generoso sorbo a su bebida, estaba desnudo y muy sexy con sus tatuajes por todos los brazos y el pecho, así como su redondo y duro culo.

Tenía una postura imponente y sólo con mirarle me daban ganas de repetir todo lo que habíamos hecho. Nunca imaginé que el sexo pudiera ser tan bueno como Andrés lo hacía ver.

Estaba tumbada en su cama, sólo cubierta con la sábana, y no me cansaba de tener sexo con él. Me había convertido en una loca, adicta a mi gángster.

— Si sigues mirándome así, voy a tener que volver a la cama, Luz.

— He estado esperando esto.

— Creía que te iba a corromper, pero parece que es todo lo contrario.

— No, yo te ilumino con mi luz.

Me señalé y él se rio del doble sentido de mi nombre. Desnudo, recostó su cuerpo sobre el mío y el roce de nuestras pieles fue reconfortante.

— ¿Cómo es que alguien como tú nunca ha tenido a nadie antes? ¿O es que Alba amañó el examen? — Se echó a reír.

— Mis dos años en la calle no me permitieron pensar en romances. Se trataba más bien de sobrevivir.

Me dio un beso.

— Lo siento.

— Estuvo bien. No veo cómo podría haberme involucrado contigo si no hubiera sido por la vida loca que he llevado.

— No sería en la escuela, teniendo en cuenta nuestra diferencia de edad.

— Ni siquiera es tanto.

— Yo cumpliré treinta y dos este año y tú veinte. Son doce años.

Me encogí de hombros.

— Casi nada.

Se rió y me besó, luego retiró la sábana y me chupó un pecho, provocándome un escalofrío.

— Me alegro de haber sido el único en disfrutarlo.

— Recuerdo haber besado a dos chicos cuando era adolescente, apenas recuerdo sus lenguas en la mía.

— Basta, hablar de ello me irrita.

Risas.

— Eran muy monos. Me pregunto cómo estarán hoy.

— Lo descubriré y los mataré.

— ¡Andrés!

— Entonces seré el único. — Se tumbó boca arriba, apoyó la cabeza en el brazo y presumió de músculos.

— Mi primer beso de verdad también fue contigo. — Me subí encima de ti y pasé lentamente mi lengua por tus labios.

— ¿Cuántas mujeres has tenido en tu vida?

— Ninguna.

— No me mientas.

Reía y su sonrisa era hermosa.

— Ninguna de ellas me ha sacudido el corazón y me ha hecho hacer tantas tonterías como tú.

— Yo te hice hacer tonterías.

— Oh, lo hiciste. Todos en la logia deben estar diciendo que he perdido el control de la chica nueva. Por segunda vez, la primera fue con Alba que debe odiarme ahora mismo.

— Lo siento.

Me acercó a su cuerpo desnudo y me estrechó entre sus brazos.

— No te disculpes. Trajiste emoción a mi vida, que era aburrida y automática. Sólo pensaba en matar, dinero, poder y venganza, ahora... — Me revolví en la cama y solté un grito. — Sólo pienso en follarte.

— ¡Qué romántico!

Se colocó entre mis piernas, sentí su pene duro y me abrí a él. Se deslizó dentro de mí sin apartar sus ojos de los míos.

— Me enamoré de ti, Luz. — Me puse serio y él continuó: — Siempre quise enamorarme, pero nunca pensé que sucedería tan rápido. — Entró y salió sin apartar los ojos de los míos. — Me vuelves loca cuando me desáiras, cuando no me miras o cuando sonríes a otro hombre. — Más empujones y yo respiraba agitadamente al escuchar aquella declaración. — Quiero que todos tus gestos sean míos.

— Andrés... — Gemí y cerré los ojos.

— Mírame. — Le miré fijamente. — ¿Quieres ser mi novia, Cristal? — Entrecerré los ojos y sonreí. — ¿Quieres casarte conmigo?

— ¡Andrés!

— No bromeo. — Se quedó pensativo y sus ojos parecían serios, así que me di cuenta de que lo decía en serio.

— No...

— ¿No? — Se puso serio y levantó mi pierna alrededor de su cintura para profundizar más, haciéndome gemir. — ¿Estás segura?

No bromeaba y su intensidad me hizo mirarle fijamente.

— Vamos demasiado rápido. Sólo nos conocemos desde hace unos días.

— ¿Por qué perder el tiempo si estoy seguro de que eres la que quiero?

Empujó hacia dentro en un giro excitante.

— No sé... Creo que será mejor que nos tomemos las cosas con calma... Cerré los ojos, disfrutando del sexo en medio de la conversación.

— ¿Por qué?

— Porque si no estás seguro y luego te arrepientes...

— No lo haré. En el momento en que te enfrentaste a mí por primera vez supe que eras tú. — Me chupaste el pecho y arqueé la espalda.

— Pero ¿y si ocurre y...

— No lo haré. — Chupó mi otro pecho.

— Así que, si prometes que no terminará, especialmente no conmigo, aceptaré.

— Promesa concedida.

— Tenemos un acuerdo.

— ¡Trato hecho!

Respiró hondo como para sellar lo que teníamos.

— Lo prefiero a dar la mano. Mucho mejor. — Cerré los ojos y gemí.

— Te mostraré lo bueno que puede ser nuestro trato.

Con un movimiento rápido, me sacó y me dio la vuelta en la cama, levantó mis caderas hacia él y me penetró sin piedad, con una bofetada en el culo que me hizo gritar.

El sonido de nuestros cuerpos rozándose resonaba en la habitación y tenerlo dentro de mí era delicioso. Sonreí al ver nuestra posición.

Me rozó el ano con el pulgar y empujó hacia dentro mientras empujaba y apretaba mis caderas con la otra mano. Le oí gemir, como si disfrutara tanto como yo, y sus reacciones me excitaron.

Andrés me agarró de los brazos y tiró de mí hacia atrás, levantándose el torso mientras su pene seguía dentro de mí. Estaba completamente atrapada, sólo con las rodillas sobre la cama, y sujetándome con los brazos empujaba y tiraba.

Era delicioso, salvaje y diferente.

Volví a correrme y sentí cómo me llenaba.

Con él me descubrí en pocos días y seguí aprendiendo y experimentando.

Mi novio era un mafioso temido en el campo, pero conmigo y en la cama era apasionado, intenso y ardiente.

En ese momento me sentí afortunada, pensando en el rumbo que había tomado mi vida. En el espacio de unos pocos días, había salido de una situación de calle, había estado a punto de ser prostituida, pero había sido salvada por él y me encontraba completamente enamorada del mafioso al que había intentado evitar, pero sólo lo había atraído al hacerlo.

De ser una virgen pura, me encontré completamente enamorada y a cuatro patas del gángster. Literalmente a cuatro patas.

— Necesito decirte algo —dije, respirando agitadamente tras el intenso orgasmo.

— Dime, mi Luz.

— Yo también me enamoré de ti.

Andrés sonrió y me besó.

Sentía que el pecho me iba a estallar de lo bien que me sentía. Solo esperaba que todo siguiera exactamente igual.



Luz

Capítulo dieciocho

Pasaron los días, Andrés no me dejó trabajar más en el cafetal y me hizo volver a la casa grande. Exigí que me pagaran por dos días de trabajo y él se rio y me dijo que me pagaría con trabajo sexual.

Durante la semana me llevó a comprar ropa nueva y me sentí como en una película, eligiéndolo todo, con mi mafioso a mi alrededor y otros dos matones sujetándome y llevando las bolsas.

Andrés le dejó claro a Alejandro que si se acercaba a mí le arrancabas los huevos y el pobre casi se caga encima. Igual que hizo con todos los empleados de la granja y vi una expresión de decepción en la cara de Celeste.

La pobre soñaba con estar en mi lugar.

Alejandro era guapo, pero muy joven, aunque tenía mi edad. Descubrí que lo que realmente me gustaba era un mafioso mayor que me hiciera tener orgasmos múltiples.

Andrés me regaló un móvil y lo utilicé para investigar todo lo que necesitaba saber para volverle loco en la cama. Mi inexperiencia con internet había desaparecido.

Además de ser el malvado jefe del cártel, era el novio cariñoso que toda mujer merecía y aunque tenía sus propios asuntos turbios, esto no me afectaba lo más mínimo, al contrario, me atraía el poder que poseía.

Cuidadoso con mi protección y sediento de venganza, me hizo describir cómo era el otro hombre que estaba con su prisionero la noche en que casi me violan y le conté lo poco que recordaba, aparte de dónde ocurrió todo exactamente.

— ¿Cuánto tiempo vas a mantener a ese hombre atrapado en la casa de piedra?

— Ya *lo* habría eliminado de no ser porque me enteré de que tenía un compañero. Ahora necesito encontrar al otro hombre que mencionaste.

— ¿Por qué?

— No necesitas saber de mis problemas, gatita.

— Pero quiero hacerlo.

Me pasó la mano por la cara como analizando si decírmelo o no.

— ¿No te molesta mi mundo?

— No. He visto tantas cosas en la calle que ya nada me estremece. Más aun sabiendo que ese hombre recibirá el pago que se merece. Ni siquiera me gusta pensar lo que me haría esa noche o lo que les ha hecho a otras mujeres.

Andrés se apartó de mí y fue a servirse el whisky que había sobre la mesa de su despacho.

— Pensar en ese cabrón con las manos encima me dan ganas de ir allí y acabar con él de inmediato, pero no puedo, necesito saberlo todo y hasta dónde ha llegado con su plan de traición.

Andrés me contó su historia con su primo y me dijo que tenía que viajar, pero que lo pospondría hasta encontrar al compañero del traidor.

Su teléfono móvil empezó a sonar.

— Hola, Alejandro... ¿Lo has encontrado? — Sonrió tan maquiavélicamente que me asusté. — Tráemelo. — Colgó y empezó a ponerse la ropa.

— ¿Qué ocurre?

— ¡Han encontrado al *capullo*! — sonrió.

— ¿Vas a salir? ¿Puedo acompañarte?

— No, *mi guapa*, volveré pronto. Espérame aquí y haz la maleta, que mañana viajamos.

— ¿Adónde vamos?

— A Salento.

Sonreí.

— Cuídate y vuelve a verme.

— No te preocupes. Siempre volveré.



Luz

Capítulo diecinueve

Preparé una maleta con la ropa nueva que había ganado y me encontré entusiasmada con mi primer viaje. La ropa que me había comprado Andrés era elegante y me hacía parecer una madame.

Organicé todo lo que necesitaba y esperé a que volviera, pero pasaban las horas y no regresaba. Empecé a preocuparme.

Intenté llamar y no hubo respuesta.

Cuando eran alrededor de las dos de la madrugada, entró en la habitación, cubierto de sangre y con una mirada maligna.

— ¿Dónde estabas? ¿qué pasó? Estaba preocupado y no sabía qué hacer. ¿Estás herido?

— No es mi sangre.

— ¡Dios mío, Andrés!

Se dirigió al baño y no me contestó. Empezó a quitarse la ropa sucia y me pregunté qué había hecho con el hombre.

En cuanto abrió el grifo, se limpió con brusquedad, quitándose toda la suciedad del cuerpo, mientras yo me limitaba a mirar, y cuando hubo terminado, apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos mientras el agua se derramaba sobre él.

Parecía sumido en sus pensamientos, tal vez viviendo aún los momentos previos a la ducha. Su rostro era tan serio que tuve miedo de preguntarle algo.

Cuando las palabras se desvanecieron, me quité la ropa y me uní a él, abrazándolo por detrás y quedándonos así, en silencio, hasta que toda la angustia que sentía desapareció.

— Ese hombre... Vi lo que te hicieron aquella noche — dijo en voz baja.

— ¿Cómo?

— Tenemos cámaras de vigilancia por toda la ciudad. Cuando vi la escena... me volví loco.

— Se lo merecían.

— Esa no es la cuestión. Rompí con uno de ellos sin averiguar lo que realmente querían. Puse en peligro el cártel cuando no los retuve más tiempo hasta saber qué tramaban. Todo porque se metieron contigo.

No hablaba con afecto, pero era como si me acusara de su falta de control y entrecerré los ojos sin comprender.

— Antes de que llegaras, no me descontrolaba así, estaba tranquilo, centrado y dirigía mi cártel con cautela.

— Supongo que es culpa mía, entonces.

Salió de la bañera, deshaciéndose con frialdad de mis caricias, y empezó a secarse.

— Antes, no tenía ningún punto débil. Nada me golpeaba. Simplemente no sentía nada. Ahora... Con sólo ver a otros hombres con sus manos sobre ti, pierdo el control.

— Y tú no lo querrías así, ¿verdad?

— Quería sentirlo tanto... ahora que lo siento...

— Quiere deshacerse de él.

— No, deja de añadir nada a lo que digo — dijo enfadado, estaba claro que no quería mi compañía en ese momento.

Asentí, cerré el grifo y salí también de la bañera. Andrés salió del baño y, tras ponerse algo de ropa, abandonó la habitación, dejando aún más claro que no me quería a su lado.

Sólo llevábamos una semana juntos y ya había llegado a la conclusión de que yo le estorbaba. Me reí para mis adentros.

Siempre me las he arreglado sin él y si le molestara, no le obligaría a aceptar mi

presencia y a tener un punto débil como me acusaba de ser.

No sabía cómo había perdido el control y no quería, en ese momento simplemente no quería ser la piedra en el camino de alguien.

Me vestí y salí de la habitación.

Allí todo era suyo y tenía que dejar de estorbar.

Cogí una muda de ropa y efectos personales, busqué la vieja mochila de la que no me había deshecho, era lo único que tenía. La metí en una bolsa y salí de la mansión. Al menos esa noche la pasaría en el alojamiento, al día siguiente decidiría qué hacer.

Me escabullí en la oscuridad de la noche sin ser visto y se me daba bien, había hecho mucho en mi tiempo en la calle. Entré en el alojamiento y me dirigí a la habitación que me habían asignado antes, con Celeste.

Di unos suaves golpes a la puerta y no tardó en responder mi casi compañera de piso, con ojos soñolientos y sintiéndose culpable por haberla despertado en mitad de la noche.

— Siento despertarte, pero sólo voy a pasar la noche aquí.

— No quiero problemas con el jefe. — Volvió a la cama.

— No lo hará.

Ella no contestó, probablemente cansada del trabajo y queriendo disfrutar de su sueño y descansar para el día que empezaría en unas horas. O quizás estaba enfadada porque yo había ocupado el lugar que ella pensaba ocupar... la cama de Andrés.

Me acomodé y a la mañana siguiente me levanté temprano para salir de allí. El trauma de cuando me escapé por la noche aún me atormentaba, así que esperaba a que amaneciera y abandonaba la granja y a Andrés.

Me dolió dejarle, pero me dolió aún más que me culpara por algo que no me correspondía hacer. Nunca he necesitado a nadie para vivir o para ser protegida, no esta vez.

Lloré porque le quería.

Le quería... sí. Me dolió dejarle, pero no quería que pusiera en peligro su vida y su imperio por mi culpa. Por los sentimientos que desperté en él.

Abrumada por el cansancio, me dormí y me desperté un rato después con la luz entrando por la ventana de la habitación y Andrés observándome, sentado en la cama a mi lado.

Tenía los codos apoyados en los muslos y las manos juntas. Su mirada no era nada amistosa y me incorporé rápidamente al verle.

— ¿Pensando en ir a dónde, Cristal?



Luz

Capítulo veinte

Me senté rápidamente.

— Lejos de ti. — Me levanté, fui a mi mochila y me la colgué a la espalda.

— A. — Se acercó.

— No. — Me fui.

— Lo has entendido todo mal.

Me reí con inquietud.

— Entendí exactamente lo que quería decir.

— Cuando volví a mi habitación y no te vi allí... — Tragó saliva y dejó la frase en el aire.

— Andrés, no quiero ser una molestia para ti. Sólo déjame ir... Por mucho que te quiera, no quiero ser un estorbo en tu vida.

— No lo eres.

— Soy un punto débil.

— No.

— Sí. Quería ser cualquier cosa para ti, menos algo que te hiciera vulnerable.

— Tiñes mi vida de color.

Me reí con inquietud.

— Aunque sé que no es verdad, me pareció bonito para el mafioso duro que teme perder su imperio. — Me enfrenté a él. — Nuestro trato termina aquí, Andrés.

— ¿Adónde vas?

— En cualquier sitio donde no te estorbe.

— ¡Qué carajo! Olvida lo que dije, no estás en mi camino.

— Esto es una realidad, no hay que olvidarlo ni cambiarlo.

Me di la vuelta, pero me agarró por el brazo.

— ¿De verdad vas a dejarme?

— Es lo que hay que hacer para no tener que hacerlo, como anoche.

Su mirada atrapó la mía, como si quisiera pedirme que me quedara o algo más, pero su orgullo le hizo callar, mientras que yo tampoco pude decir nada más.

— Está bien. — Tragó en seco y me sujetó, mirándome con desagrado. — Hagamos un trato más, el último. — Parecía triste y respiré hondo.

Nunca podría decir que no a esa mirada.

— Viaja conmigo ahora a Salento y cuando volvamos te dejaré libre.

— ¿Por qué quieres que vaya a Salento?

— Tengo un baile con contactos después de conocer a mi prima. Por primera vez, quiero llevar conmigo a alguien que no sean mis hombres de confianza. Una mujer para disfrutar del ambiente conmigo.

Le miré y su mirada no vaciló.

— No hay problema.

Vi que su semblante se iluminaba y me soltó.

— Ahora vamos a la mansión, nos iremos en una hora.

Recogió mi mochila sin esperar respuesta, se la colgó del hombro y salió por la puerta, indicándome que le siguiera.

Aunque intentaba mantener mi pose distante, sólo con verle y sentirle tan cerca me daban ganas de dejarlo todo, de salir corriendo y lanzarme desnuda a sus brazos para que hiciera conmigo lo que quisiera.

Caminamos uno al lado del otro y cuando pasamos el tramo entre la posada y la mansión, aquel en el que estábamos parados en medio de los cafetos, sentí el impulso de volver a tomarlo en mis brazos, fuerte y por sorpresa, como había hecho las últimas veces. Tantos recuerdos me hicieron vacilar en mi decisión de marcharme.

Aunque pareciera una locura, quería ser suya para siempre e incluso formar una familia. No había pasado ni un mes desde que mi vida se había enredado con la suya y ya me encontraba queriéndole como una tonta que nunca había sido cariñosa.

Llegamos a la mansión y Lupe estaba esperando en el salón.

— ¡Me alegro tanto de que la hayas encontrado! — exclamó con las manos juntas como si estuviera rezando. — El niño Andrés estaba furioso por tu partida, Luz.

Miré a Andrés y él no me miró.

— Lupe, habla menos y ayúdala con la maleta. Nos iremos lo antes posible. — Dejó mi vieja mochila en el sofá. — Y, por favor, coge una de las bolsas que he comprado para ti. — Me dio la espalda y se fue.

Puse los ojos en blanco y moví la cabeza negativamente, casi renunciando a viajar con él y su mal humor.

— Señorita, cuando se dio cuenta de que no estaba en la habitación, se volvió loco. Repitió que era su culpa y maldijo a todos y les dijo que te buscaran. A Andrés le gustas.

Sonreí con cariño por la forma cómplice en que me lo dijo.

— No lo creo, Lupe.

— Sí. Nunca le he visto perder el control como ahora, cuando no te ha visto aquí. Creo que te quiere. No quiere perderte, pero tampoco está acostumbrado a la nueva sensación.

El corazón me dio un vuelco.

— Tiene una extraña manera de demostrarlo.

— Tendrás que tener paciencia. Andrés no ha tenido mucho cariño en su vida aparte del mío y aún después de todos estos años no puede con mi cariño. Yo lo tengo como un hijo y lo conozco de la misma manera que a Alejandro, y te puedo asegurar que Andrés está enamorado.

— No lo creo, Lupe. Sólo actúa como un niño mimado que no quiere perder su juguete.
— Dejo entrever mi tristeza.

— Pero le quieres, ¿verdad?

Suspiré.

— ¿Y qué sentido tiene amar solo?

Lupe sonrió y me cogió la mano cariñosamente.

— Démosle tiempo. Sé que se llevarán bien. Ahora vamos a poner tus cosas en orden o volverá con prisa y riñendo.

Me dirigí a la habitación donde había hecho la maleta la noche anterior, me di una ducha rápida y me puse una cómoda camisa de botones y unos leggings. Saqué mi documento de mi destartalada mochila y lo metí en una de las caras bolsas que me había dado, pero lo doblé y lo metí dentro de la maleta. Podía salir directamente del aeropuerto a la vuelta.

Tirando de una pequeña maleta y con el bolso colgado del hombro, volví al salón y Alejandro, los gemelos y Andrés me esperaban con caras de impaciencia.

— Estoy lista.

Andrés me dio un meneo de cabeza que apenas la movió .

— Come algo antes de irnos.

— No tengo hambre.

— Necesitas comer, el viaje lleva mucho tiempo.

— No quiero.

Le fulminé con la mirada y lo único que pudo hacer fue resoplar por haberme enfrentado a él.

— Vámonos.

Salió por la puerta y me despedí de Lupe con un fuerte abrazo. No sabía si volvería a verla, probablemente me quedaría en el centro de Barichara a la vuelta y desde allí seguiría con mi vida sin Andrés.

No sabía lo que haría después de mi estancia en aquella granja y en brazos de mi gángster, pero tras días con él, me sentía más mujer y preparada para vivir sin él. Aunque la idea de no verle me dolía más.

Salimos de la mansión, me puse las gafas de sol y me dirigí a la lujosa camioneta negra que nos esperaba, con los gemelos sentados en los asientos delanteros.

Eché un rápido vistazo al hombre alto, vestido ese negro característico y gafas de sol, que caminaba a mi lado y reprimí un suspiro. Era guapísimo.

Su imponente andar indicaba que no tenía miedo de nada. Él era el miedo. Mantenía la barbilla alta, como el dueño de la razón, y una mano en el bolsillo, tranquilo como si nada le afectara.

Nos acercamos al coche y no vi a Alejandro por allí.

— ¿Alejandro no va?

Andrés se quitó las gafas, se las metió en el cuello de la camisa abotonada y me miró con maldad.

— ¿Lo echarás de menos?

Me encogí de hombros.

— Sólo curiosidad, pero tal vez lo sienta.

Le vi apretar la mandíbula y me encendí. No podía provocar así al mafioso, podría cansarse de mí y tirarme por la ventanilla del avión.

— Entra en el coche, Cristal.

— No me llames así.

Asintió y dijo con calma.

— Te llamaré como me dé la puta gana. Sube al coche.

Le miré fijamente, tomé una bocanada de aire y luego la solté, moví la cabeza negativamente y me di la vuelta para regresar a la mansión, pero antes de que pudiera dar dos pasos para alejarme del coche, Andrés me agarró del brazo y me apretó contra él.

— ¿Adónde vas?

— No voy a ir más y...

— ¡Oh, lo harás, Cristal! Lo harás.

Mi corazón se aceleraba.

— ¿Y si ya no lo quiero?

— Creo que a veces olvidas que estás hablando con Andrés Maldonado. Hasta ahora he cumplido nuestros acuerdos, tú no estás cumpliendo el tuyo. — Pasó su dedo ligeramente por mi mejilla y pensé que iba a besarme, incluso deseé que lo hiciera, pero no lo hizo. — Así que, sí, vas a ir al maldito Salento, me vas a acompañar al maldito baile y luego, si todavía quieres, puedes irte lejos.

— Bien, iré, pero porque quiero.

Entré en el coche y cerró la puerta a mi lado con excesiva fuerza. Sabía que le estaba volviendo loco con mis afrentas, y me divertía.

Nos dirigimos al aeropuerto. Yo nunca había subido a un avión y ya sentía un escalofrío en el estómago por el miedo a lo que me esperaba.

Los dos nos quedamos en silencio, él miraba fuera del coche, fingiendo desinterés y yo llegué a pensar que, aunque declarara que sentía algo por mí, pronto perdería el interés por la chica ya no tan virginal que tenía al lado.

Aunque sabía cómo fastidiarle y me gustaba, echaba de menos sus momentos cariñosos y pensaba que si no nos hubiéramos peleado, habría sido un viaje lleno de sexo.

No podía mirar a ese hombre y no sentir algo. Al menos para mí era como un imán. Igual que para las mujeres con las que hablé en la mansión de Alba y también para Celeste.

En medio de mis pensamientos, solté un suspiro de frustración por sentir celos y sacudí ligeramente la cabeza para despejar el sentimiento de posesión. Andrés no era mío para sentir celos.

— ¿Qué te molesta? — Ni siquiera me di cuenta de que me miraba.

— Nada.

— Sé que lo haces. Leo tu cuerpo y tus expresiones. Me volví bueno en eso y tú no eres buena ocultándolo.

— No es nada.

— ¿Fue porque exageré antes? Te pido disculpas, pero puede sacarme de mis casillas.

Risas.

— Tu ira no me asusta.

— Debería serlo. Si no es eso, ¿qué es?

— ¿Volverás a la mansión de Alba cuando ya no esté aquí?

Andrés miró fuera del coche incómodo, lo que me hizo pensar que sí.

Se me oprimió el pecho y no quería perderlo, pero al mismo tiempo sentí que tenía que escapar. ¿Cómo podía vivir así?

Desde que conocí a ese mafioso, mi vida había sido... buena. buena.

Me di cuenta.

Estuvo muy bien.

Antes vivía en el infierno y con Andrés, por mucho que no estuviera segura de nada, al menos de sus sentimientos, y me preguntara insistentemente qué veía en mí, la vida era mejor con él que antes y sólo me preguntaba cómo me sentiría sin él después de volver de aquel viaje.

Quizás podría bajar la guardia y hacer de ese momento una despedida.

Incluso cubiertos por mis gafas, los ojos se me llenaron de lágrimas. No quería despedirme, pero sentía que Andrés necesitaba algo de espacio. No quería que me culpara de cualquier cosa que pudiera pasarle por intentar protegerme.

Una vez más suspiré, pero pronto tuve que dejar de pensar y centrarme en mi miedo a los aviones. Habíamos llegado al aeropuerto.



Andrés

Capítulo veintiuno

Tenía ese viaje para demostrarle a Luz que quedarse conmigo era lo mejor. Por mucho que me hubiera asustado con el miedo a perderla y ver las imágenes de esos *hijos de puta* agarrándola mientras ella luchaba por escapar.

Golpeé a Miguel hasta matarlo y no me arrepiento. Fue un ataque de rabia y se lo merecía. Cualquiera que amenace con romper mi cristal merece morir cruelmente.

Luego fui un gilipollas y la culpé de mi miedo a perderla. La dejé sola y, conociéndola, debería haber predicho que no iría a por mí, sino que se alejaría más.

En el silencio del coche, pensé que estos podrían ser mis últimos momentos con ella y que los utilizaría para demostrarle que la quería. Ya me veía arrepintiéndome de haber sido grosero y de todo lo demás.

En mi defensa, Luz me estaba volviendo loco con su indignación, pero lo que más me molestaba era que desde el primer momento en que la vi, a diferencia de las otras personas con las que descargaba mi ira, en lugar de querer matarla, quería amarla y follármela deliciosamente, muy despacio, apretando ese cuellecito delicado y besando esa boca traviesa.

Llegamos al hangar de donde partía mi avión y pude ver la confusión en sus ojos, probablemente pensaba que íbamos al aeropuerto.

— Vamos en mi jet, no puedo arriesgarme a viajar de la forma tradicional.

Ella asintió.

Todo estaba listo para el embarque inmediato. Nos dirigimos al avión y nos acomodamos. Aparte de la tripulación, sólo estábamos nosotros dos, uno al lado del otro en asientos cerca del pasillo en la parte trasera del avión, y los gemelos sentados más adelante.

No tardamos mucho en rodar por la pista y, mientras observaba a Luz, me di cuenta de su evidente miedo.

— ¿Tiene miedo a volar?

— Temo a todo lo nuevo.

Estábamos codo con codo

— No a todo. Sé de una primera vez que realmente disfrutaste. — No sonreí, pero sentí sus ojos en mí.

Me miró fijamente, quizá sorprendida de lo guapo que era, después de haber estado callada desde que salimos de la granja. Incluso intenté mantener mi mala actitud, pero con la luz se me escapó de las manos y sólo estando a su lado conseguí que se sintiera mejor.

La vi sonreír tímidamente y mirar a su alrededor para ver si Juan y Jesús podían oírnos.

— Tienen distracciones y personas que te hacen olvidar cualquier miedo a lo nuevo. — Miraba al frente y sabía el efecto que causaba en mí.

Inmediatamente apareció una erección al recordar la noche en que fue mía por primera vez.

— Vamos. — La cogí de la mano y la llevé a la reserva.

Era una habitación dentro del avión, con cama doble, cuarto de baño, televisor y armarios.

— ¿No tenemos que llevar cinturón? ¿No es peligroso?

— Si vamos a morir, el cinturón no nos salvará. — Cerré la puerta y la abracé contra ella, levantándola con mi cuerpo en un beso que llevaba deseando darle desde que la vi despedirse de Lupe como si no fuera a volver a verla.

Era mía y quería demostrar que su presencia no era un inconveniente, sino el consuelo que mi sórdida vida necesitaba.

Las turbinas del avión retumbaron.

-Andrés, tengo... miedo. — Parecía asustada.

— Te daré algo más en lo que pensar

La adrenalina y el deseo recorrieron mi cuerpo. El avión se preparaba para despegar y nadie de la tripulación se atrevió a decirme que volviera a mi asiento y me abrochara el cinturón.

Sabían que Andrés Maldonado no aceptaba órdenes.

Tumbé a Luz en la cama y apoyé mi cuerpo sobre el suyo, apretando mis caderas contra su coño, que sólo podía pensar que estaba mojado.

— No debemos hacer esto... después del viaje... todo habrá terminado. — Intentó detenerme, con los ojos cerrados, pero la expresión de su cuerpo decía otra cosa, pedía atención a gritos.

— Acabamos de empezar, mi Luz.

Deslicé mi lengua en su boca y mientras la besaba con fervor noté que el avión aceleraba en la pista y despegaba.

La sentí tensarse y deslicé mi cuerpo hacia un lado, deslizando mi mano dentro de su pantalón, alcanzando su clitoris y sin que ella objetara comencé a masturbarla en busca de su semen y gemidos que me llenaban de excitación.

Como imaginaba, estaba empapada y cuando deslicé un dedo en su interior y volví lentamente al punto más sensible, la vi retorcerse, pero ni por un segundo me detuvo, al contrario, abrió las piernas para mí.

Dejó escapar un gemido y me llevé su boca a la mía. Quería captar cada uno de sus ruidos y expresiones de placer.

Con los ojos cerrados, la vi suplicar más y volví a deslizar mi dedo en su abertura.

Ya estábamos en el cielo, literalmente en el cielo, y su miedo había dado paso al placer. Gemía y yo me sentía afortunado de ser el causante de cada gemido.

Sin dejar de estimularla, le levanté la camiseta, le saqué los pechos del sujetador y se los chupé, mientras mi dedo seguía moviéndose, encendiendo su placer latente y haciéndolo emerger lentamente con cada movimiento de mi dedo.

— Quédate conmigo, Luz.

Abrió la boca en una "O" provocada por el placer y le susurré al oído:

— Sé mi luz. Sólo mía.

— Lo soy. Sólo tuya — dijo lentamente, levantando las caderas hacia mi dedo.

— Sólo mía.

— Toda tuya — respondió ella de inmediato, y su irreflexiva declaración fue el efecto del orgasmo que estaba a punto de golpear su cuerpo.

— Dices que no te vas. ¿Quieres casarte conmigo?

Abrió los ojos y me miró fijamente mientras el orgasmo la golpeaba y, mirándonos muy de cerca, la vi cerrar los ojos de nuevo y disfrutar de la sensación. Su piel se enrojeció, su respiración se aceleró y disfrutó del placer, casi haciéndome correr con ella.

— Fóllame, ahora y fuerte.

Me levanté y me desabroché los pantalones, saqué mi polla dura y deslicé su ropa por las piernas, dejándolas libres para mí.

La vi deshacerse de la camisa y el sujetador y completamente desnuda le di la vuelta, dejándola con las caderas levantadas y el torso contra la cama.

Introduje mi polla en su interior y se deslizó con facilidad, tan húmeda y excitada tras su orgasmo. La penetré con fuerza como me pedía y la oí gemir al ver cómo sus pechos se agitaban bajo mis profundas embestidas.

Encima de la cabecera había un espejo, a través del cual podía ver sus expresiones y su semblante satisfecho. Saber que había conseguido despertar su placer me hacía sentir como un orgulloso hijo de puta.

— ¿Quiere probar algo nuevo?

— Sí, por favor.

Le embadurné el culo con mi semen, introduje un dedo en su coño y lo froté para

excitarla más.

—¿Puedo follarte aquí?

— Puedes hacerme lo que quieras — gimió, tan excitada que aceptaría cualquier cosa que le propusiera.

Metí la mano en el armario y saqué un preservativo y el gel adormecedor. Ya había tenido una orgía en el jet y me llevaba allí artículos eróticos para impresionar a mujeres que no tenían ninguna importancia en mi vida aparte del disfrute que me habían proporcionado.

Le masajeeé el culo con el gel analgésico y, poco a poco, centímetro a centímetro, empecé a introducir mi polla en su apretado culito. Aunque era su primera vez, no se quejó ni apretó, sino que se empujó aún más hacia mí, indicándome que la follara como quisiera.

Estiré la mano para alcanzar su clítoris, hinchado por su reciente orgasmo, y la otra se deslizó por su espalda, acariciándola suavemente mientras yo empujaba dentro, a punto de correrme.

No era mi primera vez, pero Luz me estaba volviendo tan loco de placer que me sentía como un principiante. La estimulaba mientras yo empujaba y la veía disfrutar de la novedad, dándome el visto bueno que necesitaba para que en pocas embestidas pudiera llegar al límite. Me corrí tan intensamente, como si la experiencia fuera nueva para mí, y todo porque la oí gemir al descubrir su cuerpo.

Me deshice del condón y me di cuenta de que estaba agotada, quizá dolorida y necesitaba una ducha.

— Vamos, yo cuidaré de ti.

La llevé al cuarto de baño y, aunque era pequeño, cabíamos los dos en la cabina con ducha.

Me miró con curiosidad y no supe si era por la proposición de matrimonio o porque acababa de comerle el culo. Ambas eran experiencias nuevas para Luz, para mí también, porque con ella todo tenía un nuevo significado y era como si lo viviera con ella por primera vez.

— ¿Cómo te sientes?

— Bien.

— ¿Sientes dolor?

Movió la cabeza negativamente.

— Lo sentí un poco al principio, pero luego... — Se rio de una forma sensual que me volvió loco. — Has conseguido darme placer.

Le levanté la barbilla para que me mirara.

— No te vayas —le pedí, serio — ¿Por favor, quédate conmigo?

Tragó saliva y apartó la mirada.

— Somos muy diferentes y voy a interponerme en tu vida, en tu negocio y en todo lo demás.

Volví a reírme y le levanté la barbilla para que me mirara.

— ¿Te casas conmigo, Luz?

Suspiró.

— ¿No crees que es demasiado reciente para que...

— Te quiero. — Dejé salir lo que sentía sin pensar.

Me abrí a ella y sus ojos se clavaron en los míos, buscando la indecisión.

— Te quiero —repetí— y te necesito en mi vida. — Le di un casto beso.

— Necesito pensarlo. Porque no quiero que me quieras en tu vida a la hora del sexo y luego me pongas en el lugar de la persona que te pone en riesgo.

— El único riesgo que corres es si me dejas. Romperás conmigo. — La vi suspirar y continué: — Al final del viaje estoy seguro de que tendré mi respuesta. Te demostraré que te quiero.



Luz

Capítulo veintidós

El vuelo duró unas dos horas y pasé la mayor parte del tiempo reviviendo en mi mente la propuesta de matrimonio que había recibido de mi mafioso.

Cuando aterrizamos vi a Andrés hablando por teléfono, arreglando para ir a la casa de su primo, y luego lo escuché hablando con los gemelos sobre provocar a Héctor, encender su ira y hacerlo hablar.

Si cedió a la provocación, pensé que tal vez la intensidad era la marca de los primos rivales.

Les dejé para que resolvieran sus problemas y paseé por el hangar donde acababa de aterrizar el avión. Admiré algunos de los pequeños aviones que había allí mientras pensaba que sólo tenía diecinueve años, no sabía nada bueno de la vida, pero aun así aceptaría pasar el resto de ella junto a aquel hombre tan intenso. Sin embargo, tenía que pensar si eso le pondría en peligro, como me había acusado de hacer.

Sus palabras seguían martilleando mi mente y el miedo a que alguien me utilizara para hacerle daño me martirizaba.

— Jovencita. — Vi a un joven llamándome.

— Hola. — Sonreí.

— ¿Le gustan las subastas? — Señaló un avión.

Levanté las cejas, perpleja.

— Éste se subasta, pero el propietario sólo exige que se cumpla todo lo acordado.

Apreté los ojos, sin saber de dónde había salido y por qué me hablaba como si yo tuviera dinero para comprar un avión.

Sonreí.

— Gracias, pero no tengo donde guardar uno de estos.

— Luz. — Miré a unos metros, donde había aparcado un lujoso coche negro y Andrés me llamaba.

Le indiqué con la mano que me iba y me volví hacia el chico para despedirme, pero simplemente había desaparecido.

De nuevo junté las cejas, sorprendida, e incluso me estremecí.

— *Madre Santa...* ¡Qué cosa más rara! — pensé en voz alta y volví con Andrés.

Al acercarme, me hizo un cumplido, y yo me olvidé por completo de la conversación con el chico y subí al coche para conducir hasta el hotel.

Condujimos por las calles de Salento y yo sólo conocía el pueblo por las fotos o la televisión. Era muy parecido a Barichara y ambos, por ser pequeños y fáciles de manipular, servían de bastiones para los negocios turbios de los primos.

Miré por la ventana y me quedé pensativa mientras disfrutaba de la vista.

— ¿En qué estás pensando?

Sonreí y me acerqué a él, metiéndome en la parte trasera del coche.

— Nada importante. ¿El baile al que quieres llevarme es esta noche?

— Sí, nuestra estancia en Salento será rápida. Hoy voy con los gemelos a casa de mi primo, no tardaré mucho y no te llevaré porque... no será una visita amistosa.

— Ya veo.

— Entonces iremos a un baile secreto. Estoy invitado allí no como propietario de Barichara, porque aquí manda mi primo, eso sería una afrenta, sino como hombre poderoso que aprecia un ambiente... refinado.

— Estoy deseando conocerlo todo. — Me pasó ligeramente la mano por la mejilla y miró hacia fuera.

Llegamos al hotel y nos alojaron en la mejor habitación. Estaba evaluando mi vida y no

parecía que hacía casi un mes que vivía en la calle y luchaba por una cama en casas de acogida para mujeres. Allí me trataron como a una princesa y Andrés se encargó de que así fuera.

Cayó la noche y Andrés, Juan y Jesús se fueron a casa de su primo, pero aunque me aseguró que no había peligro, me preocupaba lo que pudiera pasar en la cena que había preparado Héctor.

Yo no entendía muy bien el mundo del cártel y cómo funcionaban las alianzas y la ruptura de las mismas, pero por lo que me contó Andrés, al menos entre él y su primo la palabra era suficiente, aunque siempre hubiera desconfianza y temblor en cada movimiento.

Con el paso de las horas, acabé durmiéndome por el cansancio de la noche anterior, que había sido mal dormida, y el agotamiento emocional que exigía la relación con Andrés me pasó factura.

No sé cuánto tardé en despertarme y empezar a arreglarme para el baile al que íbamos cuando llegó Andrés. Me maquillé y me arreglé el pelo. Justo cuando me iba a poner el vestido, oí que llamaban a la puerta y pensé que era Andrés que volvía, pero cuando abrí, no había nadie en el pasillo y lo único que encontré fue una nota tirada en el suelo. El papel doblado decía:

¡Te dije que me lo pagarías!

Alba acudió inmediatamente a mis pensamientos, pero no sabía dónde estábamos ni se atrevería a meterse con Andrés Maldonado. Sin embargo, era la única que me amenazaba explícitamente y con la que tenía antipatía.

Volví a asomar la cabeza por la puerta y me quedé mirando el pasillo vacío. Más adelante había otro pasillo que llevaba a otra ala de habitaciones. Pensé en ir allí, siempre he sido valiente, de las que hay que ver para estar en paz, pero en ese momento el miedo me detuvo y volví a entrar en la habitación.

Justo cuando estaba a punto de volver a la cama, oí conversaciones fuera y decidí quedarme donde estaba.

Mi cuerpo hormigueaba de miedo y ansiedad.

Pensé en llamar a Andrés y pedirle que volviera inmediatamente, pero eso le

preocuparía y yo podría soportarlo si me quedaba encerrada dentro.

Reconocí una de las voces del otro lado como la de Andrés y respiré aliviada. Puse la mano en el pomo, pensando en abrir la puerta, enseñarles la nota y contarles lo que acababa de vivir, para que buscaran a quien había intentado asustarme, pero me quedé donde estaba y escuché. Aunque hablaban en voz baja, él y los gemelos parecían excitados.

— Por la reacción de Héctor sé que no sabe nada del traidor. Antes de todo el lío, hablé con él civilizadamente y no dejó entrever nada, y después de la pelea, se atuvo al trato.

Me parecía mal oír la conversación oculta tras la puerta, pero quería conocer los detalles que Andrés seguramente me ocultaría.

— Ese cabrón pega fuerte. — Mi mafioso se quejó y oí a Juan y a Jesús reírse con sus gruesas voces.

— Patrón, fuiste a seducir a la mujer del dueño de la casa.

— Pero bueno, Jesús, quién puede culparle, la mujer era una diosa y una noche cerca de ella no es suficiente, ¿verdad, Patrón?

Mi corazón empezó a acelerarse y mi cuerpo a calentarse.

— Necesitaba provocar a Héctor y fui directamente a donde me di cuenta que estaba su punto débil.

¿Cómo?

¿Había seducido a una mujer, pasado la noche con ella y hecho a su primo lo que dijo que temía que me hicieran a mí?

¿Cómo pudo decir que me amaba, proponerme matrimonio y engañarme a la primera oportunidad que tuvo?

¿Sería esta nuestra vida? ¿Él saliendo con otras mujeres por negocios y yo teniendo que esperarle fingiendo que no me engañaba?

Sentí que me iba a desmayar con toda esa información, pero no podía enfrentarme a él.

Andrés se inventaría una excusa o me manipularía para que me quedara.

Corrí hacia la cama y me senté en ella antes de que él entrara. Me metí la nota en el sujetador y cogí el móvil, fingiendo ver algo en él. Justo entonces oí el ruido de la puerta al abrirse y a él usando su tarjeta magnética.

Lo primero que hizo fue acercarse a mí y darme un beso y yo me quedé mirándole con falsa calma, mientras el corazón me latía tan deprisa que tuve que respirar hondo para intentar controlarlo.

— He llegado, *mi amor*.

Su voz llena de falso amor me molestó tanto que quise darle un puñetazo en la cara, pero me quedé quieta.

Cómo podía pasar la noche con otra mujer y hablarme como si nada. Puede que a él esa actitud le pareciera normal, pero a mí no.

Le dediqué una sonrisa falsa y me levanté, alejándome de su contacto. Me ardía el pecho y quería enfrentarme a él, pero necesitaba tiempo para pensar cómo actuar.

Andrés se acercó a mí, me abrazó por detrás y luego me giró hacia él, con intención de besarme y cuando sus labios estaban a punto de tocar los míos giré la cara.

Sus cejas se juntaron en forma de pregunta.

— ¿Ha pasado algo?

— No. — Fingí una sonrisa, pero se me llenaron los ojos de lágrimas.

Intenté alejarme, pero una vez más tiró de mí.

— ¿Qué te pasa? — Sus ojos se clavaron en los míos con seriedad, notando cómo brotaban aún más lágrimas sin que yo pudiera controlarlas.

— Nada, sólo... estoy un poco indisputa. — Me aparté de nuevo y me sequé rápidamente una gota que me había corrido por la cara antes de que pudiera verme. — Voy a vestirme para el baile.

— No tenemos que ir si no estás bien.

Me reí, incapaz de contener el sarcasmo. Fingía preocuparse por mí.

— Vámonos. Algunas cosas puedo manejarlas, otras no.

Andrés me analizó, yo mentía fatal, y obviamente se dio cuenta de que ocultaba algo y no lo estaba haciendo bien.

— ¿Necesitas ayuda con el vestido? — Moví la cabeza negativamente. — Tendré que hacer unas llamadas y, cuando esté lista, te espero en recepción.

Asentí con la cabeza y me di la vuelta, sólo para oír cómo se cerraba la puerta al pasar Andrés. Respiré hondo para contener las lágrimas y, recuperándome, me puse el vestido.

Era rojo con una abertura hasta el muslo. Había ganado el modelo cuando acepté irme a vivir con Andrés, entre otras muchas cosas bonitas. Era ajustado en el busto y más ancho de la cintura para abajo, lo que me dio una idea.

Aunque yo decía que no me gustaban las armas, en los últimos días Andrés me había enseñado a disparar algunos tiros y me había regalado una pistola y una funda para el muslo. Acabé metiéndolo todo en la maleta para el rápido viaje de menos de veinticuatro horas. Tal vez el miedo me había hecho imaginar que necesitaría usar el regalo.

Me los puse y en el bolso, cubierto de purpurina, metí mi documento y un fajo de billetes de cien que había cogido del bolso de Andrés. El pequeño accesorio casi no se cerraba.

En realidad, iba a aceptarlo sin pedirlo, pero en mi defensa, serían daños morales por la traición que me dolió.

Respiré hondo y recordé sus palabras, que me dolían con cada pensamiento.

Te quiero... cástate conmigo... estoy enamorado de ti.

Sus palabras mentirosas se repitieron en mi memoria. Volví a respirar hondo.

Nada de eso valía la pena si el amor no era real. Las palabras bonitas dichas de la nada no me comprarían si me traicionaban.

Podía soportar el crimen, la venganza y la anarquía, pero no la traición.

Me miré en el espejo una vez más antes de bajar y me retoqué el maquillaje porque estaba llorando. Estaba preciosa y ni en mis sueños más hermosos cuando dormía en la calle me imaginé así.

Cerré la cremallera de las pequeñas maletas que llevábamos, dejándolo todo organizado para irnos después del baile, y cubierta de amor propio, cerré la puerta del dormitorio y me dirigí a la recepción del hotel.

Tal vez no les seguiría de vuelta a Barichara y, con el bolso lleno de dinero, encontraría la forma de escapar y empezar de nuevo allí.

Pronto vi a Andrés en toda su talla, con una mano en el bolsillo y el móvil en la oreja. Era guapísimo. Aunque estaba enfadada, no pude evitar suspirar al verle.

En cuanto se percató de mi presencia, su rostro se tornó de admiración e inmediatamente le vi apagar el móvil, sin despedirse de quienquiera que fuese su interlocutor.

Me tragué en seco el deseo que sentía por aquel mafioso buenorro a pesar de que lo odiaba. Ni siquiera podía mirarle a la cara, pero a la zorra que despertaba en mí no le importaba ponerse a cuatro patas.

¡No!

Quería alejarme de él.

¡Traidor!

Sólo sería una noche más y le dejaría para siempre.

— Estás *estupenda*, Cristal.

Forcé una sonrisa y él me atrajo para darme un beso, pero volví la cara y Andrés me miró con curiosidad.

— Es para que no se me corra el pintalabios — mentí.

Me miró aún más serio que antes y su cara se quedó así. Andrés no era tonto, sabía que había estado esquivando su contacto desde el momento en que llegó.

— Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

— Tú también. ¿Tienes algo que decirme? — pregunté y él juntó las cejas, analizándome de nuevo.

— No.

Me reí de su pretensión.

— Bueno, vámonos a ese maldito baile.

Me dirigí hacia el coche donde nos esperaban Juan y Jesús y me subí al asiento trasero sin esperar a que Andrés se acercara.

Esperamos a que trajeran nuestras maletas del dormitorio bajo la supervisión de los gemelos y las metieran en el maletero, porque después del baile nos íbamos a casa.

Nos dirigimos al salón en silencio y el ambiente era claramente hostil, a pesar de que no habíamos dicho ni una sola palabra que nos hiciera sentir así.

Todo estaba implícito. Yo, cabreado porque me habían traicionado, y Andrés, cabreado porque yo estaba cabreado sin que él supiera por qué.



Luz

Capítulo veintitrés

Llegamos a la sala donde iba a celebrarse el baile. Estaba en el sótano de una fábrica de vidrio, probablemente para servir de fachada. No había paredes y la luz era escasa.

Intenté encontrar alguna forma de salir de allí sin que me vieran y deshacerme de los gemelos y de Andrés, pero sería imposible, porque él se quedaba como si yo fuera un diamante valioso.

En todos los lados de la sala, mujeres desnudas bailaban en postes, mientras mujeres completamente desnudas se sentaban en sofás con hombres a su alrededor. Vi a una con las plumas abiertas, mientras dos hombres sentados a cada lado la masturbaban, uno con el dedo y el otro con un consolador introducido en la vagina.

— No voy a hacer algo así en público.

— Dispone de habitaciones privadas.

— Ni siquiera en los dormitorios. — Andrés se rio.

Había muchas parejas bien vestidas, hombres que obviamente tenían mucho dinero y también estaban involucrados en algún tipo de ilegalidad. Estar allí ya era ilegal.

En un escenario situado en la parte delantera de la sala, algunas mujeres bailaban sensualmente, completamente desnudas.

— ¿Tienes miedo? — preguntó Andrés con los labios cerca de mi oreja.

— No.

No le miré, pero supe que sonreía, porque sí, estaba asustada por el ambiente. Andrés entrelazó nuestros dedos e inmediatamente le solté la mano, lo que hizo que me agarrara por la cintura y me apretara contra el mostrador con un movimiento brusco.

— Dime de una vez por todas por qué me tratas así.

— Déjame ir — pedí con calma.

— Tu negativa me duele.

— Y tu traición hacia mí aún más.

— ¿Traición?

— No voy a vivir así... aceptando todo de tu mundo para que puedas mantener el cartel a flote.

— ¿De qué estás hablando?

— ¡Cínico!

Me solté de su agarre y empecé a caminar.

— ¿Adónde vas, Luz? — Su voz no era tranquila y me giré sin paciencia para ver su cara de confusión.

— Al baño. ¿O quieres venir conmigo?

Le vi tragar saliva, claramente irritado y apretando la mandíbula.

— Hablaremos a la vuelta. No tiene sentido huir o dejarlo entre líneas, ya me dirás lo de la traición.

Me reí con sorna y me di la vuelta para seguir caminando, sin tener ni idea de dónde estaba el baño.

Unos pasos más adelante vi una luz que indicaba el baño y supe que los ojos de Andrés y los gemelos estaban puestos en mí todo el tiempo, así como varios hombres y mujeres que me miraban fijamente mientras desfilaba lejos de Andrés.

Era bueno que viera que, si no me valoraba, había otras personas interesadas en hacerlo por él.

Entré en el espacio reservado y el cuarto de baño parecía más bien una exquisita sala de estar. Además de un sofá de cuero, había algunas bebidas en una bandeja y sospeché que allí hacían mucho más que sus necesidades fisiológicas.

Me senté en el sofá y decidí que me quedaría allí un rato, lejos de la intensidad de Andrés. La conversación que había escuchado en el hotel me daba vueltas en la cabeza y tenía ganas de desaparecer.

Encontraría la forma de salir directamente del salón y de su vida.

Abrí el bolso que llevaba y el dinero que contenía me permitiría alejarme de aquel mafioso tramposo. La idea de no volver a verle me dolía y, aunque me sentía herida, no quería dejar de ver al hombre que amaba.

Me serví un trago de la bebida que había en la bandeja, que ni siquiera sabía de dónde venía, pero que parecía lujosa y probablemente era cara como todo lo que había en el lugar. Había visto a Andrés pagar una fortuna sólo por entrar al baile, y ni siquiera sabía qué quería allí ni qué era el salón.

Me serví la bebida y sentí cómo me desgarraba la garganta, pero para contrarrestar la sensación, me tomé unas cuantas más.

Como si estuviera en el lugar más tranquilo del mundo, me acomodé en el sofá de cuero y me quedé allí unos minutos, con la cabeza apoyada en el respaldo, los ojos cerrados y escuchando el ruido de fuera, que indicaba que algo estaba pasando, ya que oí palmas.

Sin embargo, quién sabe cuánto tiempo después, cuando decidí abrir los ojos, me sobresalté. Frente a mí estaba el chico, al que reconocí como el mismo que había conocido antes en el hangar, y mostraba una sonrisa que me produjo escalofríos y atrapó el grito de susto en mi garganta.

— ¿Lista para ser subastada de nuevo?

— ¿Cómo?

Antes de que pudiera entenderlo, me metió un paño de fuerte olor por la nariz y, aunque luché contra él, aquel chiquillo era más fuerte que yo y consiguió que me desmayara.

Lo último que oí, aún consciente, fue:

— *Sigamos antes de que alguien entre.*



Andrés

Capítulo veinticuatro

Escudriñé mis pensamientos en busca de lo que podía estar provocando que mi cristal me tratara como a una traidora y nada salió a la luz.

La vi alejarse de mí y su negativa a tocarme me irritó, al igual que todas las miradas diferentes que recibía de los habituales que admiraban a la diosa que era mía.

Iba a ir a por ella en aquel maldito baño y no iba a permitir que siguiera insinuando que yo era un infiel. Si de algo estaba orgulloso era de ser fiel. Más aún a ella, que tenía mi corazón en sus manos.

Me di cuenta de que Luz tardaba en volver y decidí ir tras ella cuando sonó mi móvil y tuve que contestar al ver el nombre de Alejandro en la pantalla.

— Habla.

— Encontramos a la familia del preso y, aunque no te gusta que utilicemos a gente inocente, tuve que coger a uno de los hijos y amenazarle con matarle delante del *hijo de puta* para que hablara. Cantó todo como un pajarito.

— Ponte a ello y cuéntanoslo todo de una vez, Alejandro.

— Alba. Ella ha estado detrás de todo desde el principio. Tu primo realmente es inocente en esta historia.

— ¡No sigas, joder! Déjate de rodeos y dímelo de una vez, que tengo que ir a por Luz.

— *Patrón*, el baile en el que estás, es un prostíbulo regentado por Alba Caldeiron, y probablemente ella también esté allí. Ella hace negocios tanto en Salento como en Barichara. Esta puta está metida con el jugo más puro del comando del narcotráfico, tiene conexiones en todo el mundo y su objetivo era acabar con el imperio de los Lozano y los Maldonado y apoderarse de Colombia. Tú y tu primo caerían. Tú primero.

— ¡*La puta madre!*

— Tu primo no sabe nada y es mejor que siga así, porque según nuestro informante,

para Alba el cártel más débil es el nuestro. No podemos dejar que piensen eso. Los dos hombres que atrapamos eran sus secuaces. El plan empezó hace tiempo y por eso Miguel, que trabajaba con nosotros, estaba implicado y el traidor aceptó participar por dinero. Los dos recogieron a Luz en la calle oscura a petición de Alba, que la vio huir y le tendió una trampa para que volviera. Todo lo que ocurrió después fue cosa del destino. El casi atropello, que ganaras a Luz en una subasta y el amor entre ambos se interpusieron en los planes de Alba, o más bien, despertaron aún más su ira, pues se sentía agraviada, al perder a su virgen a manos del hombre al que tenía un plan para derrocar.

Tenía la cara roja y jadeaba cuando oí todo aquello.

— He estado otras veces en este baile y nunca supe que era de Alba.

— Aparentemente lo escondió muy bien para mantener su plan en marcha. Una cosa más. Alba tiene un hijo secreto, que es su talón de Aquiles. Él también está ahí, en caso de que necesite usarlo, le enviaré una foto del niño. Está empezando a meterlo en el negocio para que se haga cargo del cártel que piensa robar.

— Gracias, Alejandro. Pues suelta al hijo del cabrón, pero con una amenaza bien lanzada para que no lo volvamos a ver, luego mata al cabrón y líbrate del resto de esta basura.

— Sí, *Patrón*.

— Alejandro, gracias de nuevo y buen trabajo. — Sabía que el chico sonreía al otro lado y, antes de que pudiera decir nada más, tuve que colgar la llamada.

Levanté la vista cuando oí un aplauso y Alba entró en el escenario.

— *¡Bienvenidos a la noche del pecado!*^[17] Disfruta del placer y... — Su mirada, incluso entre tantas mesas, me encontró apoyado en la barra como si ya supiera que estaba allí, y añadió: — Que todo vaya bien. — Se volvió hacia el resto de la multitud. — Muchas chicas y chicos en oferta.

Esbozó una sonrisa maquiavélica, fue aplaudida y abandonó rápidamente el escenario. En el mismo momento alcancé la foto del chico que había enseñado a las gemelas y ordené:

— Toma, ve a por la maldita chica y el chico, yo iré a por Luz al baño.

Juan y Jesús se escabulleron rápidamente entre la multitud y se dirigieron a un lado del escenario, mientras yo prácticamente atropellaba a todo el que se me ponía por delante para llegar lo antes posible al lavabo donde estaba Luz.

Empujé la puerta violentamente y no la vi por ninguna parte, pero antes de salir, vi su bolso en el sofá y un pie de su zapato rojo, lo que indicaba que había estado allí y se la habían llevado a la fuerza.

Me acerqué a un pequeño trozo de papel en el suelo, en el que leí una amenaza que probablemente le habían entregado a Luz con anterioridad.

— ¡Joder!

Jesús llegó justo detrás.

— Juan se fue por otro lado y yo vine a ayudarte con tu seguridad.

— Se han llevado a Luz. Recoge sus cosas y búscala en el otro lado.

— Juan ya se ha ido. Voy por el escenario. — Asentí y me fui.

Fuera del cuarto de baño, una puerta doble se abrió en un rincón oscuro, como si fuera un pasadizo para el personal o algo así, y alguien acabara de atravesarlo.

Fui en esa dirección, a ciegas, con sólo mi intuición diciéndome que ese era el camino que debía seguir. La rabia por haberme llevado a la mujer que amaba me guiaba y la culpa me cegaba con el miedo a que Luz muriera por mi culpa.

Si algo le pasara, nunca me lo perdonaría.

No tardé en salir del salón a un patio con varios coches aparcados y, a pocos metros, vi a dos hombres metiendo al amor de mi vida en la parte trasera de un coche.

Luz parecía inconsciente y se me apretó el pecho rezando para que sólo estuviera desmayada.

Fuera del coche vi a Alba dando órdenes a sus secuaces y no me detuve. Saqué mi pistola y me dirigí rápidamente hacia ellos.

— ¡Vieja del infierno! — Sacaron sus armas y viendo que los hombres estaban lo suficientemente lejos de la luz, disparé a uno y antes de que el otro pudiera disparar, amenacé. — Ni un movimiento más, *cabrón*. — Siguió sin detenerse y le di en el pecho. — Ahora tú y yo, *cabrón*.

Alba se rio.

— ¿Realmente crees que somos sólo nosotros aquí? No tardan en aparecer mis refuerzos,

Me reí con desdén.

— ¿Y crees que estoy solo?

— Por supuesto que no, conozco exactamente todos tus movimientos.

— Eso es bueno, porque creo que estamos igualados en ese aspecto.

Como si de un acuerdo se tratara, mis hombres, que nunca me fallan, aparecieron trayendo al chico de la foto, empujándolo con una pistola contra la cabeza y con una rápida mirada en dirección a Alba, vi la desesperación en sus ojos.

El muchacho tendría entre dieciocho y veinte años, y desde luego era un playboy a sueldo de mamá.

— No irás tan lejos como para matar a un inocente. — Alba tenía una mirada decidida, aunque el miedo también era evidente.

— No me subestimes, Alba. — Se rio desdeñosamente. — Y sabemos que tu bebé no es tan inocente.

— Te conozco desde que eras muy joven, Andrés. Aunque creas que el mal te ha corrompido, sé que no tienes valor para muchas cosas.

— No me conoces. Métete con la gente que quiero y verás en lo que me convierto.

— Te ensuciarás por esa puta. — Señaló el coche. — Ni siquiera vale la pena. Y no serías capaz de... — Dio a entender que Luz estaba muerta y antes de que pudiera terminar la

frase, llevado por la ira, apunté a la cabeza de su hijo y le disparé, haciéndole caer muerto.

— Puedo hacer cualquier cosa por la persona que amo.

Alba salió de su pose intacta y corrió hacia su hijo con ojos desesperados.

Aprovechando su sufrimiento, corrí a la parte trasera del coche donde vi que colocaban a mi Luz. Mi miedo a verla muerta gritó y antes de que llegaran más secuaces de Alba, la llamé:

— Luz, mi amor, despierta. Vuelve a mí.

Busqué en su cuerpo alguna herida y no pude encontrar ninguna. Hasta que, con aspecto dopado, me miró.

— *Gracias, santa madre.* Háblame, Luz, háblame.

Fuera oía a Alba gritar mientras lloraba por su hijo y no entendía por qué Juan y Jesús no acababan con ella de una vez por todas.

— Estoy bien — me aseguró con una insinuación en la voz la delicada mujer que tenía entre mis brazos, y tuve que dejarla para que se ocupara de la situación.

— Quédate aquí.

Salí del vehículo y vi que Jesús ya no estaba allí y sólo Juan apuntaba con una pistola a la cabeza de la mujer que seguía abrazada a su hijo en un charco de sangre.

Cuando me acercaba para poner fin a aquella deplorable escena, un guardia de seguridad del lugar, hombre de confianza de Alba, se acercó y antes de que pudiera defenderme disparó en mi dirección y falló.

— *¡Hijo de puta!*

En respuesta, mi hombre de confianza disparó a Alba y la asesinó.

Fue cuestión de segundos.

Inmediatamente me volví hacia el coche para comprobar que Luz estaba bien, pero lo

único que pude hacer fue presenciar cómo la mujer de la que estaba enamorado salía del coche, se agachaba y sacaba una pistola de la funda de la pierna, con la que me disparó.

Me agaché y el disparo alcanzó a otro hombre del Alba que estaba a punto de dispararme, haciéndole caer al suelo.

Volví a mirar la luz y estaba tan blanca como el papel.

— ¡Tenemos que salir de aquí, *Patrón*! Esto se va a poner feo y estamos en desventaja — gritó Juan.

En el mismo segundo, cantando neumáticos, vi mi coche doblar la esquina, Jesús al volante y aparcar rápidamente junto al coche donde Luz seguía inmóvil, habiendo matado a un hombre para defenderme.

Jesús la ayudó a subir al coche y yo me volví para mirar a Alba, que seguía llorando la muerte de su hijo.

La agarré del pelo para que me mirara.

— Nadie planea la caída de los Maldonado y se sale con la suya, ¿entiendes?

— Vete a la mierda, cabrón. Casi lo logro.

— Y con todo y eso maté a tu hijo. — Me reí de su cara de odio.

Tuve que soltarla cuando vi que metía la mano bajo el vestido y sacaba una pistola, pensando en dispararme, pero fui más rápido y la golpeé, acabando con la vieja zorra que quería acabar conmigo.

Salieron más hombres del salón y Juan y yo corrimos hacia mi coche. Era hora de irse.

Con las puertas del coche abiertas, Jesús se dirigió hacia nosotros y prácticamente con el coche en marcha subimos y nos alejamos entre intercambios de disparos.

Conseguimos salir del aparcamiento de la sala y, escabulléndonos entre la madrugada y la ciudad vacía, llegamos al hangar.

Como de todas formas nos íbamos después del baile y todo era inestable en mi mundo, el jet ya estaba preparado para nuestra partida desde el momento en que aterrizamos.

A mi lado, en el asiento trasero del coche oscuro, admiré a la pequeña y valiente mujer. Lleno de orgullo, me di cuenta una vez más de que la amaba y el miedo a perderla me persiguió aquella noche.

Tan frágil, pero tan fuerte.

Temía tanto que mis enemigos utilizaran a Luz como mi punto débil, cuando al final fue ella quien me salvó. Como un verdadero miembro del cártel, me defendió con un tiro perfecto.

— ¿Te encuentras bien? — pregunté y Luz asintió sin mirarme y empezó a ponerse los zapatos que Jesús había recogido en el baño.

Sonreí, porque cuando le pedí a mi fiel hombre que cogiera las cosas de Luz, me refería a su bolso, y siendo tan eficiente como siempre, el hombre, tan grande que era como una pared, cogió hasta los tacones de mi mujer.

Salí de mis pensamientos cuando, con una rápida maniobra, llegamos al hangar y, por suerte, no nos siguieron.

En pocos minutos estábamos dentro del avión y listos para despegar.

Esta vez estuvo cerca, pero no sentí miedo por mí ni por mis hombres, sino por poner en peligro a Luz.

Ella no me miraba y en ese momento, sentada a mi lado, lo único que sentí fueron unas ganas locas de abrazarla y besarla para calmar mi cuerpo y mi corazón al darme cuenta de que estaba bien.



Luz

Capítulo veinticinco

El avión acababa de despegar y sólo entonces me permití sentir el momento. Mi pecho subía y bajaba con la respiración acelerada.

Estaba drogado, disparó a un hombre y escapó entre disparos de una sala de columpios.

¿En qué me he convertido?

Empecé a reír, luego reí y finalmente la risa se convirtió en llanto. Un llanto doloroso, agobiada por todo el peso de aquel día, pero no era todo lo malo lo que me afectaba, sino la idea de haber sido puesta en aquella situación por un hombre que ni siquiera me respetaba.

— Sé que fue demasiado para ti. — Andrés intentó cogerme la mano y con un movimiento brusco le aparté.

— Me engañaste —dije sin mirarle — Pasaste la noche con otra mujer. — Las lágrimas corrían por mi cara.

— ¿Cómo? — preguntó, genuinamente tan confundido que casi me creí la expresión de su cara.

— Me has traicionado — grité. — Escuché tu conversación con los gemelos en el pasillo. Sobre seducir a la mujer de tu primo y que una noche con ella no fue suficiente.

Andrés cerró los ojos y miró a los gemelos, que escuchaban nuestra pelea, con cara de pesar.

— Se equivoca, jefe. No hubo nada de eso — intentó defenderse Jesús.

— Andrés utilizó a una de las chicas a las que servían, que probablemente era algo de Lozano, para burlarse de su primo. Era guapa, pero nada más", dijo también Juan.

— Ven conmigo. — Andrés se desabrochó el cinturón, se levantó y yo permanecí sentado. — Vamos, Luz.

— No voy a ninguna parte contigo. Déjame en paz. No quiero nada de ti, ni siquiera...

— Abrí el bolso que aún llevaba con la intención de huir y empecé a sacar los billetes de cien y a lanzarlos hacia Andrés. — Aquí tienes tu dinero. Te lo he robado, pero ni siquiera eso quiero. Empezaré de nuevo sin nada.

Esquivó las notas.

— Para y ven conmigo. Hablemos.

— No quiero nada de ti. — Bajé la cabeza y me tapé los ojos con las manos.

— Oh, sí, lo harás. — Como si no pesara nada, deslizó una mano bajo mi pierna y la otra bajo mi brazo y me levantó. — Ya te he dejado bastante al mando, ahora lo harás a mi manera.

Me llevó a la habitación privada y me tumbó en la cama, volviendo a cerrar la puerta. Aproveché su marcha y me levanté, dirigiéndome de nuevo a la puerta.

— ¡Abre la puerta! — Le di una bofetada.

— Vuelve. Me escucharás. — Me cogió de los brazos.

— No me voy, sólo quiero alejarme de ti.

— Basta, Luz, te quiero. — Con un rápido movimiento, me dio la vuelta en la cama y puso su cuerpo sobre el mío. — Te quiero.

— ¿Y quién puede garantizar que dices la verdad y no me has traicionado, o que si no lo has hecho esta vez no lo volverás a hacer?

— Se lo garantizo.

— Intentaste seducir a la mujer de tu primo.

— Sólo para provocarlo. Vi lo protector que era con la chica. Sabía que ella era su punto débil y ahí tuve que arriesgarme para descubrir la verdad.

Intenté zafarme de su pesado cuerpo, pero me detuvo.

— Es a ti a quien amo, Luz.

— ¿Y cuando tenga que irme a la cama con otra mujer para averiguar algo?

— Eso nunca ocurrirá.

— No se puede saber.

— Es una promesa. U otro de nuestros acuerdos.

Intenté de nuevo zafarme, pero era tan fuerte que quedé atrapada bajo su agarre sin hacer ningún esfuerzo.

— Te quiero, Luz.

— ¡No lo hace!

— Me encanta.

— No lo tiene. — Luché.

— Te quiero. — Me cogió la cara con las manos y me besó.

Al principio forcejeé y quise morderle los labios, pero luego me dejé besar porque no podía resistirme a él. Cuando vio que me había calmado, se apartó para mirarme.

— Nunca te traicionaría. — Casi le creí y empecé a llorar.

— No llores. ¿Por qué lloras, Cristal?

— Porque te quiero y no sé qué hacer con este sentimiento de duda.

— Cree en mí. Nada es más fuerte que mi amor por ti. Ninguna mujer podría hacer que te traicionara. Mi amor es real. — Me pasó la nariz por el cuello y me olió. — Te juro que no ha pasado nada, pero perdóname por causarte dudas. Te demostraré que sólo soy tuya.

Apreté los labios, sin saber qué hacer, pero le besé como un sí.

Me lo replanteé y aunque le odiaba, tenía miedo de perderle en medio de aquel cúmulo

de disparos y cuando le tuve para mí, entero, aunque seguía sintiendo rabia al pensar en él con otra, tuve que creer en el amor que afirmaba.

— No me jodas.

— ¿Cómo?

— Fóllame ahora — le supliqué. — Hazme olvidar todo.

Con agilidad se bajó la cremallera del pantalón y sacó su duro pene, luego me dio la vuelta, me bajó la cremallera del vestido, dejándolo a un lado, me arrancó las bragas de un tirón que me quemó la piel y levantó mis caderas hacia él, empujando sin delicadeza y haciéndome gemir.

— Eso es... duro. — Empujó varias veces y el sonido de los cuerpos chocando me excitó.

Con su cuerpo sobre el mío, su mano alcanzó mi clítoris y con movimientos de vaivén y sin dejar de penetrarme, me excitó.

— Eres increíble, Luz.

Sorprendiéndole de nuevo, me di la vuelta, poniéndome encima de él y cabalgándole, pero dándole la espalda. Lo cabalgué, dejándole ver mi culo.

Una bofetada me golpeó y me quemó la piel, y luego sentí sus manos abriéndome para admirar su polla entrando y saliendo.

Rodé sobre mí misma, frotándome el clítoris con el movimiento, echando la cabeza hacia atrás en busca de mi placer para que, al alcanzar el clímax, pudiera olvidar todo lo que me había hecho dudar.

— Siéntelo, nena, siente cuánto me excitas y cuánto te deseo. — Andrés apretó mis caderas, mientras yo seguía rebotando en busca del orgasmo. — Siente lo dura y loca que me pones.

Apoyé las manos en la cama y levanté las caderas, deslizándome sobre su polla.

— Nadie, ninguna mujer en el mundo me conmueve así, Cristal. Sólo tú, a la que amo.
— Giré mi cuerpo sobre él, sin desconectarnos, y lo miré de frente. Andrés levantó su cuerpo y se sentó, de modo que yo quedé sobre su regazo. — Te amo y no me voy a cansar de repetírtelo hasta que lo creas.

— Creo... creo. — Con sus manos en mi pelo me besó y su lengua penetró en mi boca al mismo tiempo que su polla entraba y salía.

En medio de nuestro sexo, realmente creí en el amor de Andrés y en que decía la verdad. Me corrí mientras clavaba mis uñas en su espalda y luego sentí su líquido llenarme.

Satisfechos, caímos sobre la cama y exigí:

— Por ahora te creo, pero tendrás que demostrarme cada día que lo que dices es cierto.

— Tenemos un nuevo acuerdo y prometo cumplirlo con éxito.

Aprovechó las dos horas de vuelo para demostrarme lo mucho que me quería en su vida y en su corazón.



Andrés

Epílogo

Un mes después

Acababa de enterarme de que la última persona implicada en la organización de Alba sobre mi caída había muerto.

Mis hombres de confianza se han dedicado a rastrear a todos los que estuvieron involucrados con la traidora dueña de la mansión y que la ayudaron de alguna manera.

Tenía que contarle a mi primo la amenaza que habíamos sufrido, sobre todo después de haber sido buscado por uno de sus hombres de confianza que quería traicionarlo. Estaba lleno de traidores y no quería ayudar a uno a tramar la caída de Lozano. Así que me debía una.

Después de pensarlo mucho, expliqué el plan de Alba para ponernos en contra y, finalmente, reafirmamos el acuerdo de nuestros padres, cada uno con su lado de Colombia.

Pensé que podríamos ser socios o incluso dirigir un solo cártel, Héctor era un hombre de palabra e incluso en medio del caos al que nos estaban sometiendo nuestras vidas, tenía principios, pero nuestros padres habían decidido que así iba a ser.

Confiaba en nuestro acuerdo, pero estábamos cada uno por nuestra cuenta.

Aunque todo iba bien, no tardé en pedirle a mi primo que me devolviera el favor que le había hecho. Había algo en lo que sólo Héctor podía ayudarme.

Me afectaba al ego, pero por mi Cristal haría cualquier cosa, incluso abrir mis sentimientos a mi rival en los negocios. Él conocería mi debilidad, pero a cambio, yo también había aprendido la suya.

Guardé la sorpresa hasta el día de la boda.

El mes estuvo lleno de Luz organizando nuestra boda y volviéndome loco con todo. Incluso con una erección, imaginándola de blanco y definitivamente mía.

Dijo que no tenía a nadie a quien invitar, pero que quería que todos los cosechadores y

empleados de la granja asistieran a la ceremonia.

Cuando llegó el día, era lo más parecido al paraíso.



Luz

Vestida de blanco, caminé por el pasillo de la capilla de la finca Maldonado hacia el amor de mi vida.

En mis años en la calle, nunca imaginé que mi príncipe, en lugar de montar un caballo blanco, aparecería montado en una bolsa de café cubierta de cocaína... bueno, al menos el polvo era blanco y conservaba algo del cuento de hadas original.

Acababa de cumplir veinte años y lo celebramos viajando a San Andrés, la isla colombiana que lleva su nombre. Fueron unos días de sexo intenso y mucho amor. También muchos hombres de confianza a nuestro alrededor.

No me importaba lo ilegal que fuera, había visto a mucha gente mala en mi vida y Andrés era mejor que todos ellos. Mi único miedo era perderlo por la vida que llevaba.

Intenté limpiar de alguna manera el dinero sucio que entraba en nuestras vidas, devolviéndolo de alguna forma en beneficio de Barichara.

Convertí la mansión de Alba en una organización de ayuda a mujeres sin hogar. Incluso me reencontré con la mujer y el bebé que compartieron cola conmigo la lluviosa noche en que conocí a la bruja de Alba.

Se llamaba Marta y su bebé María. Trabajaba conmigo en la organización y su pequeña era una princesa.

A las mujeres que conocí en la mansión, algunas se fueron a rehacer su vida lejos de allí, otras encontraron a alguien, como Maribel que se casó con un campesino, y en general no las volví a ver. Lo cual era bueno, pues mi lado celoso gritaba al pensar que Andrés ya se había acostado con todas esas mujeres.

Esto llevó a unas cuantas peleas en las que él se reía y decía que no era culpa suya que fuera así antes de conocerme, y yo le decía que tenía que ser virgen y haberse guardado para mí.

Mientras pensaba en los cambios que se habían producido en mi vida hasta llegar a ese momento, la ceremonia transcurrió de forma tan hermosa y emotiva como había imaginado.

— ¿Tomas a Andrés Maldonado por esposo? — preguntó el cura un poco a regañadientes, pero quizá era su forma de mostrar temor al encontrarse en medio del cártel que dirigía Barichara.

— Sí — respondí con una sonrisa de felicidad.

Yo tenía muchas ganas de tener una ceremonia religiosa, mi abuela era devota de la Madre de *Chiquinquirá* y si estuviera viva hubiera querido verme casada con la bendición de Dios.

¿Bendeciría Dios mi unión con un mafioso?

Estaba rezando para que así fuera.

También vi a Andrés dar el sí con su preciosa sonrisa y me volví a enamorar. La fiesta: al terminar la ceremonia, nos fuimos a la finca, donde celebramos hasta el amanecer con mucho *aguardiente, reggaetón y cumbia*.

Sonaba la canción *Cúrame* de Prince Royce con Manuel Turizo, mientras Andrés y yo bailábamos juntos en medio de nuestros invitados, hasta que él se detuvo y jaló mi cara entre sus manos para darme un beso.

— Tengo algo que mostrarte.

Junté las cejas.

— ¿Cómo?

Andrés sacó su móvil y allí estaba el vídeo de una hermosa pareja. A su lado, la mujer de pelo rizado sonreía, al contrario que el hombre, que parecía forzado:

Estamos aquí para asegurarnos de que no pasó nada entre Andrés y yo la noche en que mi marido y él se pelearon por mi culpa. Espero que te lo tomes con tanta calma en el otro lado de Colombia como yo en este lado.

La mujer terminó el vídeo.

— ¿Qué es esto? — Mi sonrisa era amplia.

— Me estás haciendo un favor con Lozano. — Se encogió de hombros. — Al parecer, su mujer se había divertido haciendo su regalo de bodas.

Le acerqué la cara para darle un beso.

— No puedo creer que le pidieras a tu primo que hiciera eso.

— Era la única forma de asegurarle que no había pasado nada esa noche en la cena.

Sonreí ampliamente, porque cobrar un favor de un rival por mi culpa era la mayor prueba de amor que mi mafioso podía darme.

— ¡Te quiero! Te quiero... — Grité y salté en su regazo.

Andrés me hizo girar en sus brazos.

— Ahora que todo está más que arreglado, quiero pedirte algo como regalo de bodas.

— Pieza.

— Un hijo.

Contuve la risa.

— ¿Un niño?

— Sí.

— ¿Podría ser dentro de cinco años? Sólo tengo veinte. Aún quiero mucho tiempo libre para... — Me acerqué a su oído. — Jódete en cada rincón de esta granja.

— En dos años.

— Cuatro.

— Tres.

— ¡Trato hecho! ¿Tenemos un trato?

— Acuerdo sellado.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos oía.

— Mientras tanto, podemos escaparnos y entrenar entre los cafetos.

Sus ojos brillaban de deseo.

— Ya podemos irnos, mi insaciable.

Asentí entusiasmada y riendo, nos colamos entre los invitados, cogimos una botella de cachaca y corrimos al centro del cafetal donde nos amamos, borrachos, enamorados, con el olor del café y el cielo estrellado como testigos.

Con Andrés, yo cerraba todos los tratos que me ofrecía, porque sabía que siempre eran los mejores. Seguía enfrentándome a él de la mejor manera que podía, porque cuanto más le contradecía, más nos llevábamos bien. Era mi arma de seducción contra el mafioso, para volverlo loco y calmarlo después.

Fin de la historia

Redes Sociais (da editora)

Site da Editora: <https://grupoeditorialportal.com.br/>

Instagram: <https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/>

Facebook: <https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/>

Shopee: <https://shopee.com.br/grupoeditorialportal>



Lea también:



Mi

Esposa por Contrato

Enlace <https://amzn.eu/d/55yqccY>

Sinopsis:

A la muerte de su padre, el playboy y soltero empedernido Theodoro Tavares Assumpção, descubrió que había recibido un testamento en el que se decía que sólo podría tomar posesión de lo que le correspondía si se casaba en el plazo de tres meses; de lo contrario, todo sería donado a la beneficencia.

Natália Alves Viera siempre había soñado con casarse con su novio, con el que llevaba seis años. Sin embargo, en vísperas de la boda, lo sorprendió en la cama con su mejor amiga, lo que provocó un gran trauma en la relación, ella puso fin a todo y empezó a albergar deseos de venganza en su corazón.

Durante una noche de borrachera en un pub, ambos, que no querían involucrarse con nadie, se conocieron y decidieron contraer un matrimonio de conveniencia para alcanzar sus objetivos.

Todo parecía perfecto, si no fuera por los sentimientos y la fuerte atracción que empezó a surgir entre ellos



Mía por

contrato (Familia Mazzi nº 1)

Enlace <https://amzn.eu/d/j8kLeCC>

Sinopsis:

Casarme era algo que nunca había imaginado hacer. La soltería me ofrecía muchas ventajas y las disfrutaba mucho.

Nací en el seno de una familia influyente que poseía una compañía aérea y siempre lo tuve todo, pero la política me dio el poder. Sin embargo, siempre he sido un hombre muy ambicioso.

Quería más, quería la presidencia del país.

Yo creía que era la mejor opción, no sólo por mi ego, sino por mis logros políticos. Sin embargo, muchos miembros del partido parecían no estar de acuerdo con mi candidatura.

No era el hombre perfecto a sus ojos, incluso con todo su dinero e influencia. Habrían preferido otro candidato, alguien que favoreciera los valores tradicionales, un hombre comprometido con su familia.

Tenía que casarme.

Pero el dinero podía solucionarlo todo, sin que yo tuviera que cambiar mi estilo de vida. Un matrimonio por contrato era lo que necesitaba.

Penélope es doce años más joven que yo, ingenua, pobre y fácil de moldear. A mi lado, sería la decoración perfecta. Nunca tuvo nada y se comportaría para mantener el mundo que yo le ofrecía.

Lo controlaría todo, como siempre he hecho. Pero no podía prever que ella sería capaz de infiltrarse en las barreras de mi corazón.



Mi

mejor amiga (Familia Mazzi nº 2)

Enlace <https://amzn.eu/d/ejEKxi4>

Sinopsis:

Excéntrico, insensible, grosero, maleducado. Estos eran algunos de los muchos adjetivos que la gente utilizaba para describirme, pero pocos me conocían realmente.

Nacido en el seno de una familia adinerada propietaria de una gran compañía aérea, siempre estuve a la sombra de mi hermano mayor, pero no me importaba porque, a diferencia de Maxwell, a quien le gustaba el protagonismo, yo prefería mantenerme alejada del resto del mundo.

Aunque la reclusión era mi mejor estilo de vida, mi mayor pasión me llevaba a socializar con la gente, aunque la mayoría de las veces no supieran cómo lidiar con mis "extrañas" maneras de relacionarme.

Director general de una compañía de danza de Broadway, solían tacharme de insensible porque me resultaba muy difícil relacionarme con los empleados. Entonces apareció ella, el puente entre el resto del mundo y yo.

Aline era mucho más que una secretaria, se convirtió en mi mejor y única amiga. Era una relación que no quería perder por nada del mundo. No podía dejar que la atracción que sentía por ella la alejara de mí.



En los Brazos de mi Protector

Enlace: <https://amzn.eu/d/jgiEfCo>

Sinopsis:

Fabrizio Flauzi es el único heredero de una de las mayores haciendas del país, pero hasta que pueda hacerse cargo del imperio, persigue su sueño en la policía civil.

Hermoso y misterioso, el agente de narcóticos cometió uno de los mayores errores de su carrera, al creer sólo en las pruebas. Seguro de estar resolviendo un crimen, acabó llevando a una familia a la ruina.

Mariana Vaz es una ingenua joven de dieciocho años con una belleza única. La chica, decidida y torpe, sólo tiene un objetivo en la vida: demostrar la inocencia de su padre y hacer que el diputado pague por la injusticia cometida. Sospechando quién puede ser el culpable del crimen, inicia una investigación en solitario, convirtiéndose en el objetivo de la mayor red de corrupción, contrabando y explotación sexual del país.

Encuentros insólitos ponen a los dos frente a frente, provocando emociones incontrolables. Sin conocer la verdadera identidad del otro, acaban vencidos por la fuerza del deseo y se entregan a una inolvidable noche de amor, en la que la chica pierde la virginidad con su mayor enemigo.

El romance se ve condenado cuando ella descubre a la mañana siguiente quién es Fabrizio. El amor será puesto a prueba en esta historia de mentiras, sexo, crímenes e investigaciones. Descubre los peligros de escuchar a tu corazón.



Alianza Contractual

Enlace: <https://amzn.eu/d/6pfyCT5>

Sinopsis:

Damon Lins es el soltero más codiciado de Seattle. Guapo y procedente de una familia adinerada propietaria de una cadena de concesionarios de coches de alta gama, atrae todos los focos al ganar numerosos premios por los diseñadores que crea para sus exclusivos clientes. Todo este éxito no hace, sino alimentar el perfil arrogante y frío del empresario.

Thayla Walther es una camarera que lucha por llegar a fin de mes y pagar la medicación de su madre. Endeudada hasta el último pelo, se encuentra aún más perdida cuando una amiga la lleva a salir una noche, que acaba en un gran lío, con una pérdida económica que no podía permitirse.

Pero el destino deja claro que no se cruzó en su camino en vano. Dispuesto a todo por ocupar la silla del negocio familiar, el empresario decide hacerle a Thayla una oferta que no podrá rechazar.

Desesperada e incapaz de encontrar una salida a sus problemas, la chica acepta el trato. El problema ahora será cumplir todas las normas estipuladas, sobre todo cuando Damon es una tentación...



La Secretaria del CEO

Enlace: <https://amzn.eu/d/dnxwyjF>

Sinopsis:

Diana Williams es una mujer equilibrada que ha trabajado duro para convertirse en la secretaria personal del director general Felipe Corppin. Todo está a punto de cambiar cuando el Sr. Felipe abandona la empresa y su hijo se hace cargo de ella. Es uno de los mayores magnates, un hombre apuesto y extremadamente sexy. Maycon Corppin también es orgulloso y decidido en lo que quiere, tiene a la mujer que desea y cuando surge un problema, lo resuelve con sexo



Casado Inesperadamente

Enlace: <https://amzn.eu/d/iiMRX4U>

Sinopsis:

Andrey Bianchi iba a heredar un gran imperio comercial. El encantador y sarcástico joven estaba dispuesto a seguir las normas de sus padres, hasta que conoció a una universitaria defensora de los personajes literarios.

Gabriella Lira había vuelto a su ciudad natal. Con su abuela y su hermano centrados en la gestión de la Cafetería Allegra, era libre para descubrir nuevos lugares y personas.

La atracción estaba ahí desde la primera mirada. Él necesitaba cumplir una obligación y ella ya había perdido demasiado como para rechazar aquella propuesta. Un falso matrimonio, un verdadero noviazgo.

Incluso los sentimientos más profundos pueden despertarse con las historias más ligeras y divertidas.

[\[1\]](#) Cachaça colombiana

[\[2\]](#) Traducción: el diablo es astuto en español

[\[3\]](#) Fruta tropical colombiana

[\[4\]](#) Traducción del español al portugués: cala a boca.

[\[5\]](#) Traducción de español a portugués: bêbados

[\[6\]](#) Traducción del español al portugués: ¿qué ocurre?

[\[7\]](#) Traducción de español a portugués: desgraçado

[\[8\]](#) Traducción de español a portugués: filho da puta

[\[9\]](#) ¡Traducción del español al portugués: puta que o pariu!

[\[10\]](#) Traducción de español a portugués: querido

[\[11\]](#) Traducción de español a portugués: bem-vindo

[\[12\]](#) Plato típico colombiano, una especie de empanada o empanadilla, rellena y frita.

[\[13\]](#) Traducción del español al portugués: mamá

[\[14\]](#) Estilo música que tiene sus raíces en la música latina

[\[15\]](#) Comida típica colombiana

[\[16\]](#) Traducción de español a portugués: garoto

[\[17\]](#) Traducción: Bienvenido a la noche del pecado